

Samanta Schweblin
El núcleo del disturbio



se

Trenes cuyo destino es seguir siempre de largo, perros que son el espejo de lo humano metamorfoseado, mujeres en cofradía al borde de una ruta, la muerte viajando en la valija de un asesino, un bar suburbano que desvela el sueño de sus parroquianos: historias donde los personajes intentan imposibles salidas para el núcleo de un disturbio inesperado, o ensayan un escape en la grieta imperceptible de la realidad.

Nombrar lo kafkiano es ya en sí mismo un guiño cómplice, una contraseña inmediata arrojada a la inocencia de quien se dispone a leer; pues bien, la verdad que se abisma en esta escritura refuerza aquel adjetivo paradigmático: su condición de ser está anclada en la categoría de la espera, como en las pesadillas de Kafka, como en el lenguaje de Beckett.

Descarnados, violentos, esperanzados, oníricos, desesperados, absurdos hasta la comicidad nerviosa del involuntario testigo de una verdad feroz, los cuentos de Samanta Schweblin perturban poéticamente la comprensión del mundo.

«La inusual creatividad y el talento desplegado en estos cuentos convierten a su autora en una de las jóvenes escritoras argentinas más interesantes de su generación.»

DIEGO PASZKOWSKI

«Cortázar decía que todo gran cuento “es una presencia alucinante que se instala desde las primeras frases para fascinar al lector”. Los cuentos de Samanta Schweblin atrapan y alucinan. No existe el libro perfecto, lo sé, pero *El núcleo del disturbio* se acerca bastante a esa utopía.»

VICENTE BATTISTA

Samanta Schweblin

El núcleo del disturbio

Samanta Schweblin, 2002

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

CUARTO ANIVERSARIO



PROYECTO SCRIPTORIUM - MÁS LIBROS, MÁS LIBRES



*Para mis abuelos
Susana Soro
y Alfredo de Vincenzo*

Hacia la alegre civilización de la Capital

Ha perdido su pasaje y tras las rejas blancas de la boletería se le ha negado la compra de otro por falta de cambio. Desde un banquito de la estación, mira el inmenso campo seco que se abre hacia los lados e intuye que pronto sucederá algo terrible. Cruza las piernas y extiende las páginas del periódico para encontrar artículos que apuren el paso del tiempo. La noche cubre el cielo y a lo lejos, sobre la línea negra en la que se pierden los rieles de la estación, una luz amarilla anuncia próximo el último tren de la tarde. Gruner se incorpora. El diario cuelga de su mano como un arma que ya no tiene utilidad. Adivina en la ventanilla de la boletería una sonrisa que, oculta tras las rejas, está exclusivamente dirigida a él. Un perro flaco que antes dormía se incorpora atento. Gruner avanza hacia la ventanilla, confía en la hospitalidad de la gente de campo, en la camaradería masculina, en la buena voluntad que nace en los hombres que son bien encarados. Va a decir por favor, qué le cuesta, usted sabe que ya no hay tiempo de encontrar cambio. Y si el hombre se niega va a preguntar por otras opciones, usted sabe, comprar el boleto en el tren o, al llegar, pedirlo en la boletería de la terminal. Hágame un vale al menos, facilíteme un papel que indique que debo abonarlo después. Pero al llegar a la ventanilla, cuando las luces del tren prolongan las sombras y la bocina es fuerte y molesta, Gruner descubre que tras las rejas no hay nadie, sólo un banco alto y una mesa atiborrada de inscripciones sin sellar, futuros boletos hacia distintos destinos. Con el tren que entra a la estación a velocidad considerable, los ojos de Gruner encuentran, a un lado de las vías y en el campo, al hombre que aún sonríe y mediante señas indica al conductor que no debe detenerse. Después, al alejarse el sonido de la máquina, el perro vuelve a echarse y una lámpara de la estación parpadea hasta apagarse por completo. El diario ahora enroscado vuelve a apoyarse en el regazo de

Gruner sin que ninguna conclusión logre incorporarlo para ir en busca del miserable que le ha negado la civilización alegre de la Capital.

Todo permanece quieto y en silencio. Incluso Gruner, sentado en la punta de un banco con la noche fresca pasando entre su ropa, permanece inmóvil y respira con tranquilidad. Una sombra que él no ve se mueve entre faros de luz y bancos de plaza y se revela como el hombre de la boletería cuando, ya sin sonreír, se sienta en la otra punta del banco y apoya junto a él un tazón con un líquido humeante. Después lo arrastra hasta dejarlo a unos pocos centímetros de Gruner, que nota en el hombre una falsa indiferencia y comprende que espera su petición. Pero, impaciente, el hombre no puede contenerse y habla. Se aclara la garganta para asegurar que uno no sabe el bien que tiene hasta que lo pierde y, como quien busca algo que no encuentra, mira el gran campo negro que se extiende frente a ellos. Gruner, con el humo del tazón despertándole el apetito, se concentra en la resistencia. Piensa que después de todo, de alguna forma llegará a la Capital y podrá denunciar lo ocurrido. Pero pronto descubre que sin querer ha acercado su mano al tazón, y el calor entre los dedos lo distrae. Si quiere hay más, dice el hombre, y entonces Gruner, no, él no lo hubiese hecho, las manos de Gruner, toman el cálido recipiente y lo llevan a la boca, donde como un remedio milagroso reanima el cuerpo que deja de temblar. Con el último sorbo comprende que, de tratarse de una guerra, el miserable contaría ya con dos batallas ganadas. Porque ahora, tras la cálida saciedad, sigue una cólera de difícil contención que obliga a Gruner a cerrar los puños mientras el hombre, victorioso, se incorpora, toma el tazón vacío y se aleja.

El perro permanece enroscado, el hocico escondido entre el estómago y las patas traseras, y aunque Gruner lo ha llamado varias veces no hace caso. Se le ocurre que lo que había en el tazón era la comida del perro y está preocupado por saber cuánto tiempo hace que ese perro está allí. Saber si en algún momento ese perro también habrá querido viajar de un sitio a otro, como él esa misma tarde. Tiene la ocurrencia de que los perros del mundo son el resultado de hombres cuyos objetivos de desplazamiento han fracasado. Hombres alimentados y retenidos a puro caldo humeante, a los que los pelos les crecen y las orejas se les caen y la cola se les estira, un sentimiento de terror y frío que incita a todos al silencio, a permanecer

acurrucados bajo algún banco de estación, contemplando a los nuevos fracasados que, como él, aún con esperanza, aguardan impávidos la oportunidad de su viaje.

Una sombra se mueve en la boletería. Gruner se incorpora y camina con decisión. Desde el enrejado blanco escapan vapores de calefacción impregnados de aromas hogareños. El hombre sonríe con amabilidad y ofrece más caldo. Gruner pregunta a qué hora pasa el próximo tren y es informado: todavía falta, dice el hombre, y su mano ofendida cierra la ventana de la boletería para dejarlo otra vez solo.

Todo se repite como en un ciclo natural, piensa Gruner una hora más tarde mientras observa desolado la nueva línea de vagones que otra vez se aleja reproduciendo la imagen del tren anterior. De todos modos amanecerá y los trabajadores se acercarán a la estación para comprar boletos, muchos de ellos probablemente con cambio. Si hay trenes a la Capital es gracias a los pasajeros que cada mañana deben volver a viajar en tren. Sí, en cuanto llegue denunciará a ese hombre y en algún día libre regresará con cambio a la estación del miserable sólo para comprobar que él ya no trabaja allí. Con el alivio de esa certeza se sienta en el banco y aguarda. Pasa un tiempo en el que los ojos de Gruner se acostumbran a la noche y leen formas hasta en los sitios más oscuros.

Así es como descubre a la mujer, su figura apoyada en el marco de la puerta del salón de espera, y el gesto de su mano que lo invita a pasar. Gruner, seguro de que el gesto ha sido para él, se incorpora y camina hacia ella, que sonríe y en efecto lo invita a pasar.

En la mesa hay tres platos, los tres servidos, y la comida humeante no es sopa, caldo, o comida para perros, sino presas sustanciosas bañadas en una aromática crema blanca. Huele a pollo, a queso y a papa, y después, cuando la mujer suma a la mesa la cacerola repleta de verduras, Gruner recuerda las cenas típicas de la alegre civilización de la Capital. Aquel hombre miserable, inaccesible a la hora de comprar un boleto, entra y ofrece a Gruner un asiento.

—Siéntese, por favor. Como en su casa.

El hombre y la mujer comen satisfechos. Junto a ellos está Gruner, con su plato también servido. Sabe que afuera el frío es húmedo e inhóspito y sabe

también que ha perdido otra batalla, puesto que no tarda en llevarse a la boca el primer bocado de una exquisita presa de pollo.

Pero la comida no asegura una pronta salida.

—Usted no me vende el boleto por alguna razón —dice Gruner.

El hombre mira a la mujer y reclama un postre. Del horno surge una tarta de manzana que pronto se reparte equitativamente. La mujer y el hombre se abrazan con ternura al ver cómo Gruner devora su porción.

—Pe, llévalo al cuarto que debe estar cansado —dice la mujer, y entonces el primer bocado de una segunda porción de tarta que se dirigía a la boca de Gruner se detiene y espera.

Pe se incorpora y pide a Gruner que lo acompañe.

—Puede dormir adentro. Afuera hace frío. No hay más trenes hasta la mañana.

No hay opción, piensa Gruner, y deja el resto de tarta para seguir al hombre hasta el cuarto de huéspedes.

—Su cuarto —dice el hombre.

Gruner no pagará por esto, piensa Gruner, mientras comprueba que las dos frazadas de la cama son nuevas y abrigadas. Hará la denuncia de todos modos, la hospitalidad no compensa lo ocurrido. Del cuarto de al lado llegan débiles los comentarios de la pareja. Antes de quedarse dormido, Gruner escucha a la mujer decirle a Pe que debe ser más cariñoso, que el hombre está solo y debe extrañar, y la voz de un Pe ofendido, contando cómo lo único que le importa a ese miserable es comprar su boleto de regreso. Desagradecido es lo último que llega a sus oídos, el sonido de la palabra se pierde gradualmente y renace por la mañana cuando el silbato de un tren que ya se aleja de la estación lo despierta en un nuevo día en el campo.

—No lo despertamos porque dormía muy tranquilo —dice la mujer—; espero que no le moleste.

Café con leche caliente y tostadas de canela con manteca y miel. Mientras Gruner desayuna en silencio, sigue con la mirada los pasos de la mujer que cocina lo que al parecer será el almuerzo. Entonces algo ocurre. Un oficinista, un hombre de facciones orientales vestido como él, uno que posiblemente tome el próximo tren y lleve consigo suficiente cambio para dos boletos, entra a la cocina y saluda a la mujer.

—Hola Fi —dice, y con el cariño de un hijo besa a la mujer en la mejilla —, ya terminé afuera, ¿ayudo a Pe en el campo?

Una vez más, la comida que se dirigía a la boca de Gruner, en este caso una tostada, se detiene a mitad de camino y permanece en el aire.

—No, Cho, gracias —dice Fi—, Gong y Gill ya fueron, tres alcanzan para eso, ¿podrías conseguir un conejo para la cena?

—Seguro —responde Cho que, ganando entusiasmo, toma el rifle que cuelga junto a la chimenea y se retira.

La tostada de Gruner regresa al plato y queda allí. Gruner va a preguntar algo pero entonces la puerta vuelve a abrirse y otra vez entra Cho, que primero lo mira a él, y después, con curiosidad, se dirige a la mujer.

—¿Es nuevo? —pregunta.

Fi sonríe y mira a Gruner con cariño.

—Llegó ayer.

La tostada ya no vuelve a dirigirse a la boca de Gruner. Cuando él se retira la mujer levanta el plato y deja caer su contenido en un gran tachó, junto al resto de la basura.

Las acciones de Gruner en el primer día son iguales a las de todas las personas que alguna vez estuvieron en esa situación. Recluirse ofendido y pasar la mañana junto a la boletería de un tren que no llega. Después, negarse a almorzar y, por la tarde, estudiar en secreto las actividades del grupo. Bajo el mando de Pe, los oficinistas trabajan la tierra. Descalzos, los pantalones arremangados hasta los tobillos, sonríen y festejan sus propias ocurrencias sin perder el ritmo de sus tareas. Después Fi trae té para todos y todos, Pe, Cho, Gong y Gill, le hacen señas a Gruner, que se creía oculto, para invitarlo a unirse al grupo.

Pero Gruner, lo sabemos, se niega. Nada más terco que un oficinista como él. De escritorios sin divisiones, pero con línea telefónica particular, en el campo aún conserva su orgullo y sentado en un banco de madera se esfuerza por permanecer inmóvil durante toda la tarde. Aunque no pase ningún tren, piensa. Aunque me pudra en este asiento. Hasta que la noche los reúne a todos en la preparación de una cálida cena familiar, donde las luces de la casa se encienden poco a poco y los primeros aromas de lo que será una gran comida escapan hacia el frío por las rendijas de las puertas. Gruner, con

la paciencia y el orgullo atenuados con el correr del día, se rinde sin culpa y se prepara para aceptar la invitación, una puerta que se abre y la mujer que, como en la noche anterior, lo invita a pasar. Dentro, el murmullo familiar y un Pe que con fraternales palmadas felicita a sus hombrecitos de oficina mientras ellos, agradecidos por todo, preparan una mesa que a Gruner le recuerda a aquellas íntimas festividades navideñas de su infancia y, por qué no, a la alegre civilización de la Capital. Ante el complacido rostro de cazador exitoso, el rostro de un Cho triunfal, se sirve un conejo que no ahora, pero sí en otros tiempos, ha corrido alegremente por el campo que rodea las instalaciones. En la mesa rectangular, Pe y Fi se ubican a las cabeceras. A un lado se encuentran los oficinistas y, solo frente a ellos, Gruner, que a pedido de Gong y Gill pasa a uno y a otro lado de la mesa un salero que se solicita constantemente pero nunca alcanza a ser utilizado, hasta que Pe descubre que en las caras infantiles de Gong y Gill crecen sonrisas ansiosas e infectadas de malicia, y con un llamado de atención concede a Gruner la posibilidad de abstenerse de ese pase agotador y de probar, por fin y ya de noche, su primer bocado del día.

En los días siguientes Gruner ensaya diversas estrategias. Sobornar a Pe, o incluso a Fi, en busca de cambio es lo primero que se le ocurre. Después, con lágrimas en los ojos, ofrecer el boleto a la ciudad a cambio de todo su dinero, nada de vuelto, suplica, quédese con todo, suplica una y otra vez, y escucha con desesperación una respuesta que habla de cierta ética ferroviaria que implica la imposibilidad de quedarse con dinero ajeno. Propone Gruner en esos días comprarles algo. La suma del precio de su boleto más cualquier cosa que ellos deseen venderle será el total de su dinero, el trato sería perfecto. Pero tampoco. Y debe soportar las risas escondidas de los oficinistas, y otra cena en familia. Las primeras tareas de Gruner que comienzan a hacerse habituales son el lavado de los platos después de la cena y, en la mañana, la preparación de la comida del perro. Después suplica otra vez. Ofrece pagar a cambio de su trabajo. Pagar por cualquier cosa, pagar por la merienda. Arrimarse poco a poco a las tareas de campo. Charlar una que otra vez con los hombrecitos de oficina. Descubrir en Gong facultades increíbles en lo que se refiere a teorías de eficiencia y trabajo grupal. En Gill, a un abogado de alto prestigio. En Cho, a un contador capaz. Volver a llorar

frente a la boletería y por la noche ofrecerse para preparar el almuerzo del día siguiente. Cazar con Cho conejos de campo, sugerir pagar en agradecimiento a la buena voluntad de la familia, pagar al menos los servicios de cocina. Procurar saber cómo se hace esto y cómo lo otro y procurar también pagar por aquella información tan importante, que la cosecha se levanta por la mañana cuando aún el sol no molesta, y las horas del mediodía se destinan a las tareas de la casa. Y cada tanto, con la esperanza que sólo renace en algunos días, la de conseguir cambio para pagar su pasaje, sentarse en el banco de la estación y contemplar un nuevo tren que, ante las inevitables señas de Pe, pasa sin detenerse.

Después, poco a poco, considerar la alegría oficinista como una falsa alegría. Sospechar de todo aquello, del ingenuo agradecimiento de Cho, de la animosa hospitalidad de Gong y de la constante actitud servicial de Gill, e intuir en todos ellos las acciones de un plan secreto contrario al amor que Pe y Fi les profesan. Y al escuchar a Cho proponer armar la cama de Papá y Mamá, confirma su teoría cuando juntos, los cuatro, Gruner también, entran a la habitación matrimonial y en equipo extienden las sábanas y controlan los pliegues que mal doblados podrían dibujar diagonales. Entonces Gong sonríe y mira a Gill, y juntos, enfrentados a los lados de la cama, levantan cada uno una almohada y, ante la mirada sorprendida de Gruner y Cho, escupen las sábanas antes de volver a apoyarlas.

Es el momento en que están rebelándose y Gruner lo sabe, tanto amor no podía ser real. Así que se anima y con voz temblorosa, que sin embargo se afianza hacia el final, pregunta:

—¿Tienen cambio?

Los tres parecen sorprendidos. Quizá la pregunta aún es precipitada, pero también lo es la respuesta:

—¿Y usted?

Gruner dice:

—¿Creen que estaría acá?

Y ellos:

—¿Y nosotros?

En un largo silencio las conclusiones de todos parecen encontrarse y formular un plan que, aún no definido, los une ahora en un reciente pero

sincero sentimiento de hermandad. Como si esa acción pudiese ocultar las palabras pronunciadas, Gill acomoda con timidez las sábanas de una cama que aún no se ha desarreglado. Es así que en la noche, cuando renace el eufórico amor familiar, Gruner comprende que todo es y ha sido siempre parte de una farsa que ha comenzado muchos años antes de su llegada. Nada le impide entonces disfrutar de los consejos instructivos de Pe ni de los besos tiernos que Fi reparte en la frente de sus hombrecitos cuando éstos se despiden para ir a dormir. Por la mañana se somete con gusto a las actividades cotidianas, y en la noche, cuando la duda lo invade y reconsidera el plan como una táctica audaz de su autoengaño, descubre que los ruidos que ahora lo molestan en su cuarto son en realidad pequeños golpecitos de alguien que llama a su puerta. Golpecitos que, como claves a descifrar, lo invitan a incorporarse, abrir, y descubrir a un Cho ansioso que bajo el mando organizativo de Gong ha ido a buscarlo para participar de su primera reunión.

El encuentro es en los baños públicos, junto a la boletería. Gill, eficiente, ha tapado con cartón las ventanas rotas para que no pase el frío y ha conseguido velas y comida. Encendidas las primeras y presentada la segunda, todo se dispone sobre un mantel prolijamente extendido en el piso del centro del baño. Sentados como indios pero con la profesionalidad atenta de los verdaderos oficinistas, los cuatro se ubican alrededor del mantel y reúnen su dinero en la mano de Gong. Cuatro billetes grandes y nuevos. Es raro para Gruner descubrir en las caras infantiles de sus compañeros una expresión para él desconocida hasta entonces, mezcla de angustia y recelo. Quizá hace meses, hace años que están aquí, quizá sospechan que en la Capital ya han perdido todo. Mujeres, hijos, trabajo, un hogar, esas cosas que podrían tenerse antes de quedar varado en una estación como ésta. Los ojos de Gill se humedecen y pronto sobre el mantel cae una lágrima. Cho le da a Gill unas palmadas en la espalda y le hace apoyar la cabeza en su hombro. Entonces Gong mira a Gruner; saben que Gill y Cho son débiles, que están agotados y que ya no creen en la posibilidad de un escape sino sólo en el penoso consuelo de más días de campo. Gong y Gruner, que son fuertes, deberán luchar por los cuatro. Un plan implacable, piensa Gruner, y en la mirada de Gong descubre a un compañero que sigue con atención todos sus pensamientos. Gill continúa llorando, y se lamenta:

—Con todo este dinero podemos comprarles parte de la huerta, y al menos vivir de forma independiente...

—Hay que detener el tren —propone Gong, con seriedad desconocida.

—¿Qué pretende? —dice Gruner—. ¿Cómo se detiene un tren?, acá hay que ser realista, la objetividad es la base de todo buen plan.

—Díganos, Gruner, ¿por qué cree usted que el tren no para? —dice Gong. Y la respuesta ansiosa de Cho es:

—Por las señales de Pe, que avisa que no hay pasajeros y por eso los trenes no paran.

—Cho, deje que Gruner deduzca solo... —dice Gong, y aclara—: Como verá, Gruner, detener el tren sí es posible. Sólo es cuestión de reemplazar a Pe por uno de nosotros y cuando el tren se acerque no hacer ninguna señal.

—Habrà que rezar para que la ausencia de señal signifique para el conductor que debe detenerse —dice Gruner—; de tantas veces que pasó de largo debe estar acostumbrado.

—Habrà que rezar —repite Gill, limpiándose los ojos con una servilleta de papel.

Todo sucede como debe suceder, como el plan lo indica. Antes que nada, amanece. Fi se asoma por la puerta de la cocina e invita a la familia a desayunar. Los pequeños oficinistas, cada uno en su cuarto, colocan calcetines en sus pies, sacos sobre los pijamas, alpargatas en los pies con calcetines. Pe es el primero en utilizar el baño y el resto sigue por orden de llegada: Gong, Gill, Cho, y al fin Gruner, que como se sabe último aprovecha el tiempo para alimentar al perro, que a esa hora aguarda en la puerta. Fi saluda a todos y los apura para que el desayuno no se enfríe. Entonces Cho distrae a Fi llevándola hasta la ventana y señalándole algo en el campo, quizá un posible animal para almorzar o cenar ese día. Mientras tanto, Gong vigila el baño para que Pe no salga, después de todo el turno siguiente es el suyo y no es raro que aguarde junto a la puerta. Y es ahí que Gruner y Gill diluyen en la gran taza de café de Pe las pastillas sedantes que han robado de la mesita de luz de Fi. Cuando todos están sentados y la ceremonia del desayuno puede comenzar, los oficinistas no hacen otra cosa que mirar la taza de Pe. Pero en la concentración que implica esa primera comida, ni Pe ni Fi perciben las miradas y con las delicias que se sirven a la mesa los mismos

oficinistas olvidan el tema. Al concluir, Gill levanta la mesa y Cho lava la vajilla. Gong y Gruner declaran que irán a ordenar los cuartos y a tender las camas y ante la permisiva sonrisa de Fi, se retiran.

En el cuarto de Gruner, lugar acordado para el encuentro posterior al triunfo de la primera parte del plan, los oficinistas, o mejor dicho, Gill y Cho, y no Gong y Gruner, encuentran la nostalgia. Porque Gill cree que después de todo Fi ha sido como su madre y Cho acepta que ha aprendido mucho sobre el campo de la mano de un hombre como Pe. Las horas de trabajo conjunto y los desayunos en familia no podrán ser olvidados con facilidad. Gong y Gruner realizan actividades paralelas a estas conclusiones: empacar en bolsitas unos pocos recuerdos, como piedritas y otras cosas que han recolectado Gill y Cho, y algunas manzanas para degustar en el viaje de regreso.

Entonces suena la alarma del reloj de Gong, y suena porque es la hora. Pronto pasará el tren, porque este es el preciso momento en que todos los días Pe se incorpora del matinal sillón de lectura y camina hacia el campo para colocarse junto a las vías y efectuar la señal. Gruner se incorpora, se incorpora también Gong, y ahora todo está en manos de ellos. Gill y Cho aguardarán sentados en el banco de la estación. En el living encuentran a Pe dormido en su sofá. Prueban con palabras fuertes y ruidosas: roer, estrepitar y escudriñar son las propuestas por Gong, rapataplan es la elegida por Gruner y la repite tres veces, pero Pe, sumido en el profundo sueño que provocan los sedantes, no despierta. Gill lo besa en la frente y Cho lo imita, en sus ojos hay lágrimas de despedida. Gong se asegura de que Fi se encuentre en el jardín trasero, regando sus plantas como cada mañana, y allí está. Perfecto, se dicen entre sí, y al fin salen de la casa. Gill y Cho hacia la estación, Gong y Gruner hacia el campo, bordeando las vías. En el horizonte, el humo de un tren que aún no se ve pero ya se oye.

Después de dar varios pasos, Gong se detiene. Gruner deberá seguir, se necesita sólo un hombre para hacer la no señal. Tras aceptar las palmadas de Gong, Gruner continúa andando. Va a ser difícil ver el tren acercarse y desear que se detenga, y sin embargo sólo contar con la no señal. Permanecer junto a las vías sin hacer nada, sólo rezar, como dijo Gill, porque quizá esa sea la señal de Dios para que el tren se detenga.

El tren se acerca, avanza sobre las dos líneas que cruzan el campo de horizonte a horizonte. Y pronto está sobre la estación. Gruner se concentra. Permanece tan quieto como le es posible, y cuando el tren pasa junto a él le es difícil deducir si ese es el ruido de un tren que acelera o de uno que va a detenerse. Entonces mueve los ojos hacia abajo, hacia las ruedas que siguen los rieles y nota que los brazos de hierro que lo empujan comienzan a disminuir el énfasis de su marcha. No ve a Gong, no sabe dónde está, pero escucha sus gritos de alegría. El tren se aleja de él y Gruner puede comprobar cómo, en la estación, se detiene del todo. Victorioso, contempla de qué forma la estación comienza a poblarse de pasajeros y, distraído por los ruidos del tumulto, deja de escuchar los gritos desesperados de Gong que lo llaman. Sólo después de un rato, cuando el silbato del tren suena dos veces, comprende que los gritos le advierten lo lejos que se encuentra él de la estación y al descubrir la gran distancia que lo separa del tren comienza a correr tan rápido como puede.

En la estación, Gill y Cho, para subir al tren, deben empujar a decenas y decenas de pasajeros que aún descienden. La estación repleta de gente, valijas y paquetes. Comentarios de sorpresa y llanto. Lágrimas de emoción. Gente que se abraza y exclama:

—Pensé que nunca podríamos bajar —y llora.

—Hace años que viajo en este tren, pero hoy al fin he logrado llegar — dicen, y se abrazan.

—Ya no recuerdo el pueblo, y en cambio ahora, de pronto, llegar... — dicen y, agotados, se sientan en los bancos de la estación.

Gente que festeja y grita, gente que ya no cabe en la estación. Entonces un nuevo silbato y el ruido del tren que comienza a arrancar. Gruner, con la asistencia de Gong que lo ayuda a treparse, sube a la estación sin perder tiempo en ir hasta las escaleras. Un grupo de hombres ha desempacado sus instrumentos y tocan una melodía alegre para celebrar la ocasión. Gong y Gruner avanzan entre niños, hombres, mujeres, globos y serpentinas, y antes de que puedan llegar a la primera puerta el tren ya avanza junto a ellos. Es entonces cuando Gruner ve, entre los colores alegres de los pasajeros jubilosos que lograron descender, la figura delgada y gris de un perro al que él conoce, y se detiene.

—¡Gruner! —grita Gong, que ya ha alcanzado la primera puerta.

—Sin el perro no me voy —declara Gruner, y como si esas palabras le diesen la fuerza que necesitaba para hacerlo, retrocede hasta el animal y lo alza en brazos. El perro se deja llevar, su cara de espanto avanza gracias a Gruner entre cuerpos eufóricos que no llegan a advertir el peligro y la desesperación que viven ellos cuatro. Gruner alcanza la cola del tren y se empareja con ella. Intuye que desde alguna ventana Gill y Cho lo observan con lágrimas en los ojos, y sabe que no puede fallarles. Una mano fuerte, que es la de Gruner, se aferra a uno de los caños que forman las rejas de la escalera trasera del tren y el mismo impulso de la velocidad de la máquina desprende a Gruner y al perro de la estación como de un recuerdo que se ha pisado hasta hace poco pero que ahora se aleja y se pierde como una mancha en el campo verde.

La puerta trasera del vagón se abre y Gong ayuda a Gruner a subir. Dentro Gill y Cho toman al perro y felicitan a Gruner. Están los cuatro, los cinco, y están a salvo. Pero, y siempre hay un pero, en la puerta trasera hay una ventana, y desde esa ventana aún pueden verse vestigios de esa mancha que se aleja en el campo. Una mancha que, ellos lo saben, es una estación llena de gente alegre, repleta de artículos de oficina y probablemente repleta de cambio. Una mancha que ha sido para ellos un sitio de amargura y miedo y que sin embargo ahora, imaginan, se asemeja a la civilización alegre de la Capital. Una última sensación, común a todos, es de espanto: intuir que, al llegar a destino, ya no habrá nada.

Matar a un perro

El Topo dice: nombre, y yo contesto. Lo esperé en el lugar indicado y me pasó a buscar en el Peugeot que ahora conduzco. Acabamos de conocernos. No me mira, dicen que nunca mira a nadie a los ojos. Edad, dice, cuarenta y dos, digo, y cuando dice que soy viejo pienso que él seguro tiene más. Lleva unos pequeños anteojos negros y debe ser por eso que le dicen el Topo. Me ordena conducir hasta la plaza más cercana, se acomoda en el asiento y se relaja. La prueba es fácil pero es muy importante superarla y por eso estoy nervioso. Si no hago las cosas bien no entro, y si no entro no hay plata, no hay otra razón para entrar. Matar a un perro a palazos en el puerto de Buenos Aires es la prueba para saber si uno es capaz de hacer algo peor. Ellos dicen: algo peor, y miran hacia otro lado medio disimulando, como si nosotros, la gente que todavía no entró, no supiéramos que peor es matar a una persona, golpear a una persona, golpear a una persona hasta matarla.

Cuando la avenida se divide en dos calles opto por la más oscura. Una línea de semáforos rojos cambia a verde, uno tras otro, y permite avanzar rápido hasta que entre los edificios surge un espacio oscuro y verde. Pienso que quizá en esa plaza no haya perros, y el Topo ordena detenerse. Usted no trae palo, dice. No, digo. Pero no va a matar un perro a palazos si no tiene con qué. Lo miro pero no contesto, sé que va a decir algo, porque ahora lo conozco, es fácil conocerlo. Pero disfruta el silencio, disfruta pensar que cada palabra que diga son puntos en mi contra. Entonces traga saliva y parece pensar: no vas a matar a nadie. Y al fin dice: hoy tiene una pala en el baúl, puede usarla. Y seguro que debajo de los anteojos los ojos le brillan de placer.

Alrededor de la fuente central duermen varios perros. La pala firme entre mis manos, la oportunidad puede darse en cualquier momento, me voy

acercando. Algunos comienzan a despertar. Bostezan, se incorporan, se miran entre sí, me miran, gruñen, y a medida que me voy acercando se hacen a un lado. Matar a alguien en especial, alguien ya elegido, es fácil. Pero tener que elegir quién deberá morir requiere tiempo y experiencia. El perro más viejo o el más lindo o el de aspecto más agresivo. Debo elegir. Seguro que el Topo mira desde el auto y sonríe. Debe pensar que nadie que no sea como ellos es capaz de matar.

Me rodean y me huelen, algunos se alejan para no ser molestados y vuelven a dormirse, se olvidan de mí. Para el Topo, tras los vidrios oscuros del auto y los oscuros vidrios de sus anteojos, debo ser pequeño y ridículo, aferrado a la pala y rodeado de perros que ahora vuelven a dormir. Uno blanco, manchado, le gruñe a otro negro y cuando el negro le da un tarascón un tercer perro se acerca, ladra y muestra los dientes. Entonces el primero muerde al negro y el negro, los dientes afilados, lo toma por el cuello y lo sacude. Levanto la pala y el golpe cae sobre las costillas del manchado que, aullando, cae. Está quieto, va a ser fácil transportarlo, pero cuando lo tomo por las patas reacciona y me muerde el brazo, que enseguida comienza a sangrar. Levanto otra vez la pala y le doy un golpe en la cabeza. El perro vuelve a caer y me mira desde el piso, con la respiración agitada, pero quieto.

Lentamente al principio y después con más confianza junto las patas, lo cargo y lo llevo hacia el auto. Entre algunos árboles se mueve una sombra, el borracho que se asoma dice que eso no se hace, que después los perros saben quién fue y se lo cobran. Ellos saben, dice, saben, ¿entiende?, y se acuesta en un banco. Cuando voy llegando al auto veo al Topo sentado, esperándome en la misma posición en la que estaba antes, y sin embargo veo abierto el baúl del Peugeot. El perro cae como un peso muerto y cuando cierro el baúl me mira. En el auto, el Topo sigue mirando hacia delante. Dice: si lo dejaba en el piso se levantaba y se iba. Sí, digo. No, dice, antes de irse tenía que abrir el baúl. Sí, digo. No, tenía que hacerlo y no lo hizo, dice. Sí, digo, y me arrepiento enseguida, pero el Topo no dice nada y me mira las manos. Miro las manos, miro el volante y veo que todo está manchado, hay sangre en mi pantalón y sobre la alfombra del auto. Tendría que haber usado guantes, dice. La herida duele. Viene a matar a un perro y no trae guantes, dice. Sí, digo. No, dice. Ya sé, digo, y me callo. Prefiero no decir nada del dolor. Enciendo

el motor y el coche sale suavemente.

Trato de concentrarme, descubrir cuál de todas las calles que van apareciendo podría llevarme al puerto sin que el Topo tenga que decir nada. Ya no puedo darme el lujo de otra equivocación, Quizá estaría bien detenerse en una farmacia y comprar un par de guantes, pero los guantes de farmacia no sirven y las ferreterías a esta hora están cerradas. Una bolsa de nylon tampoco sirve. Puedo quitarme la campera, enrollarla en la mano y usarla de guante. Sí, voy a trabajar así. Pienso lo que dije: trabajar, me gusta saber que puedo hablar como ellos. Tomo la calle Caseros, creo que baja hasta el puerto. El Topo no me mira, no me habla, no se mueve, mantiene la mirada hacia delante y la respiración suave. Creo que le dicen el Topo porque debajo de los anteojos tiene ojos pequeños.

Después de varias cuadras Caseros cruza Chacabuco. Después Brasil, que sale al puerto. Volanteo y entro con el coche inclinándose hacia un lado. En el baúl, el cuerpo golpea contra algo y después se oyen ruidos, como si el perro todavía tratara de levantarse. El Topo, creo que sorprendido por la fuerza del animal, sonríe y señala a la derecha. Entro por Brasil frenando y con el coche de costado otra vez hay ruido en el baúl, el perro tratando de arreglárselas entre la pala y las otras cosas que hay atrás. El Topo dice: frene. Freno. Dice: acelere. Sonríe, acelero. Más, dice, acelere más. Después dice frene y freno. Ahora que el perro se golpeó varias veces, el Topo se relaja y dice: siga. Y ya no dice nada más. Sigo. La calle por la que conduzco ya no tiene semáforos ni líneas blancas, y las construcciones son cada vez más viejas. En cualquier momento llegamos al puerto.

El Topo señala a la derecha. Dice que avance tres cuadras más y doble a la izquierda, hacia el río. Obedezco. Enseguida llegamos al puerto y detengo el auto en una playa de estacionamiento ocupada por grandes grupos de containers. Miro al Topo pero no me mira. Sin perder tiempo, bajo del auto y abro el baúl. No preparé el abrigo alrededor del brazo pero ya no necesito guantes, ya está todo hecho, hay que terminar pronto para irse. En el puerto vacío sólo se ven, a lo lejos, luces débiles y amarillas que iluminan un poco unos cuantos barcos. Quizá el perro ya esté muerto, pienso que sería lo mejor, que la primera vez le tendría que haber pegado más fuerte y seguro ahora estaría muerto. Menos trabajo, menos tiempo con el Topo. Yo lo hubiera

matado directamente, pero el Topo hace las cosas así. Son caprichos. Traerlo medio muerto hasta el puerto no hace más valiente a nadie. Matarlo delante de todos esos otros perros era más difícil.

Cuando lo toco, cuando junto las patas para bajarlo del auto, abre los ojos y me mira. Lo suelto y cae contra el piso del baúl. Con la pata delantera raspa la alfombra manchada de sangre, trata de levantarse y la parte trasera del cuerpo le tiembla. Todavía respira y respira agitado. El Topo debe estar contando el tiempo. Vuelvo a levantarlo y algo le debe doler porque aúlla aunque ya no se mueve. Lo apoyo en el piso y lo arrastro para alejarlo del auto. Cuando vuelvo al baúl a buscar la pala el Topo se baja. Ahora está junto al perro, mirándolo. Me acerco con la pala, veo la espalda del Topo y detrás, en el piso, el perro. Si nadie se entera de que maté a un perro nadie se entera de nada. El Topo no gira para decirme ahora. Levanto la pala. Ahora, pienso. Pero no la bajo. Ahora, dice el Topo. No la bajo ni sobre la espalda del Topo ni sobre el perro. Ahora, dice, y entonces la pala baja cortando el aire y golpea en la cabeza del perro que, en el suelo, aúlla, tiembla un momento, y después todo queda en silencio.

Enciendo el motor. Ahora el Topo va a decirme para quién voy a trabajar, cuál va a ser mi nombre, y por cuánta plata, que es lo que importa. Tomá Huergo y después doblá en Carlos Calvo, dice.

Hace rato que conduzco. El Topo dice: en la próxima frene sobre el lado derecho. Obedezco y por primera vez el Topo me mira. Bájese, dice. Me bajo y él se pasa al asiento del conductor. Me asomo por la ventanilla y le pregunto qué va a pasar ahora. Nada, dice: usted dudó. Enciende el motor y el Peugeot se aleja en silencio. Cuando miro a mi alrededor me doy cuenta de que me dejó en la plaza. En la misma plaza. Desde el centro, cerca de la fuente, un grupo de perros se incorpora poco a poco y me mira.

Mujeres desesperadas

Al asomarse a la ruta, Felicidad comprende su destino. Él no la ha esperado y, como si el pasado fuese tangible, ella cree ver en el horizonte el débil reflejo rojizo de las luces traseras del auto. En la oscuridad llana del campo sólo hay desilusión y un vestido de novia.

Sentada sobre una piedra junto a la puerta del baño concluye que no debió haber demorado tanto, que quizá las cosas debieron haber sucedido más rápido. Le resulta extraño encontrarse allí, quitando del bordado del vestido granitos de arroz, sin nada más que el campo, la ruta y, junto a la ruta, un baño de mujeres.

Pasa un tiempo en el que Felicidad logra desprenderse de todos los granitos de arroz. No llora todavía, sino que, absorta en un shock de abandono, corrige los pliegues del vestido, analiza sus uñas, y contempla, como quien espera el regreso, la ruta por la que él se ha alejado.

—No vuelven —dice Nené, y Felicidad grita espantada por el susto como si esa mujer que ahora la mira fuese un espectro maligno.

—La ruta es una mierda —dice Nené, que acostumbrada a la histeria femenina no hace caso a los gritos de Felicidad y con movimientos relajados enciende un cigarrillo—. Una mierda, de lo peor.

Felicidad logra controlarse y entre los restos del temblor se reacomoda los breteles.

—¿El primero? —pregunta Nené y espera sin aprecio que el coraje de Felicidad le permita dejar de temblar para mirarla con interrogación—, te pregunto si el tipo es tu primer marido.

Felicidad logra una sonrisa forzada. Descubre en Nené el rostro viejo y amargo de una mujer que de seguro ha sido mucho más hermosa que ella. Entre las marcas de una vejez prematura se conservan los ojos claros y unos

labios de perfectas dimensiones.

—Sí, el primero —dice Felicidad con esa timidez que lleva el sonido hacia adentro.

Una luz blanca aparece en la ruta, las ilumina al pasar, y se esfuma con su tono rojizo.

—¿Y qué? ¿Vas a esperarlo? —pregunta Nené.

Felicidad mira la ruta, el lado por el que, de volver su marido, vería aparecer el auto, y no se anima a responder.

—Mirá —dice Nené—, te la hago corta porque esto no da para más. —Pisa el cigarrillo como enfatizando las frases—: Se cansan de esperar y te dejan, parece que esperar los agota.

Felicidad sigue con cuidado el movimiento repetitivo de un nuevo cigarrillo que la mujer se acerca a la boca, del humo que se mezcla en la oscuridad, de los labios que otra vez aprietan el cigarrillo.

—Entonces ellas lloran y los esperan... —continúa Nené—, y los esperan... Y sobre todo lo demás, y durante todo el tiempo: lloran, lloran y lloran.

Felicidad deja de seguir el recorrido del cigarrillo. Cuando más necesita del apoyo fraternal, cuando sólo otra mujer podría entender lo que ella siente junto a un baño de damas, en la ruta, tras haber sido abandonada por su reciente esposo, sólo tiene a esa mujer arrogante que antes le hablaba y ahora le grita.

—¡Y siguen llorando y llorando a cada hora, cada minuto de todas las malditas noches!

Felicidad respira profundamente, sus ojos se llenan de lágrimas.

—Y meta llorar y llorar... Y le voy a decir algo. Esto se acaba. Estamos cansadas, agotadas, de escuchar sus estúpidas desgracias. Nosotras, señorita... ¿Cómo dijo que se llamaba?

Felicidad quiere decir Felicidad, pero sabe que si abre la boca sólo saldrá el sonido de un llanto ahora incontenible.

—Hola... ¿se llamaba...?

Entonces el llanto es incontenible.

—Fe, li... —Felicidad trata de controlarse, y aunque no lo logra resuelve la frase—:... cidad.

—Bueno Felicidad, le decía que nosotras no podemos seguir soportando esta situación, esto se acaba, ya es insostenible. ¡Felicidad!

Tras una gran aspiración también ruidosa el llanto vuelve a expandirse y humedece todo el rostro de Felicidad que tiembla al respirar y niega con la cabeza.

—No lo puedo creer, que... —Felicidad respira—, que que me haya...

Nené se incorpora. Estampa en la pared, con fuerza, el cigarrillo que aún no ha terminado, mira con desprecio a Felicidad y se aleja.

—¡Desconsiderada! —le grita, y unos segundos después se incorpora ella también y la alcanza campo adentro.

—Espere... No se vaya, entienda...

Nené se detiene y la mira.

—Cállese —dice Nené y enciende otro cigarrillo—. Cállese, le digo, y escuche.

Felicidad deja de llorar y traga lo que podrían ser los comienzos de nuevos brotes de pena que se avecinan y aguardan impacientes.

Entonces hay un momento de silencio en el que Nené no siente alivio sino que, aún más afligida y nerviosa que antes, dice:

—Bueno, ahora escuche. ¿Lo siente? —Nené mira hacia el campo.

Ahora Felicidad hace verdadero silencio y se concentra.

—Lloró demasiado, ahora tiene que esperar que se le acostumbre el oído. Y... ¿Oye?

Felicidad mira hacia el campo y tuerce un poco la cabeza. Como los perros, piensa Nené, y espera impaciente que Felicidad por fin comprenda.

—Lloran... —dice Felicidad, en voz baja y casi con vergüenza.

—Sí. Lloran. ¡Sí, lloran! ¡Lloran toda la maldita noche! —Nené señala su rostro—: ¿No me ves la cara? ¿Cuándo dormimos? ¡Nunca!, nunca. Lo único que hacemos es oírlas todas las malditas noches. Y no lo vamos a soportar más, ¿se entiende?

Felicidad la mira asustada. En el campo voces y llantos de mujeres quejumbrosas repiten los nombres de sus maridos una y otra vez.

—¿A todas las dejan?

—¡Y todas lloran! —dice Nené.

Entonces gritan:

—Psicótica.

—Desgraciada, insensible.

Y otras voces se suman:

—Déjanos llorar, histérica.

Nené mira furiosa hacia todos lados. Nerviosa y más enojada que antes, grita al campo:

—¿Y qué hay de nosotras, mariconas...? ¿Qué hay de las que hace más de cuarenta años que estamos acá, también abandonadas, y tenemos que oír sus estúpidas penitas todas las malditas noches?, ¿eh?, ¿qué hay?

Hay un silencio en el que Felicidad mira con espanto a Nené.

—¡Tomate un calmante! ¡Loca!

Aunque están campo adentro ven que en la ruta, a su altura, una luz blanca se detiene frente al baño.

—Otra —dice Nené, y como si este episodio fuese el último que puede soportar, su cuerpo se relaja. Nené, agotada, se sienta en el piso.

—¿Otra? —pregunta Felicidad—. ¿Otra mujer? Pero... ¿La va a abandonar? Por allí la espera...

Nené se muerde los labios y niega. En el campo los gritos son cada vez menos amistosos.

—¡Vení, turrita! A ver cómo venís y das la cara...

—Vení ahora que no estás con tus amiguitas rebeldes...

—¡Insípida!

Felicidad toma la mano de Nené y trata de levantarla.

—¡Hay que hacer algo! ¡Hay que avisarle a esa pobre chica! —dice Felicidad.

Pero después se detiene y permanece en silencio, porque Felicidad ha visto, como quien ve sin estar preparado, la imagen exacta de su penoso pasado reciente, el auto que se aleja sin que la mujer que ha bajado haya tenido oportunidad de volver a subir, y de qué forma las luces, antes blancas y brillantes, ahora rojizas, se alejan.

—Se fue —dice Felicidad—, se fue sin ella. —Y como antes lo hizo Nené, deja que su cuerpo se desplome en el piso. Nené apoya su mano sobre la mano de Felicidad.

—Siempre es así, querida. Es inevitable. En la ruta al menos... Siempre.

—Pero... —dice Felicidad.

—Siempre —dice Nené.

—¿Dónde estás, turra?, ¡hablá!

Felicidad mira a Nené y comprende cuánto más grande es la tristeza de aquella mujer comparada con la suya.

—¡Infeliz!

—¡Vieja fea!

—¡Cuando vos ya estabas acá llorando nosotras todavía salíamos con ellos, desgraciada!

Algunas voces dejan de gritar para reírse.

—¡Déjenla en paz! —dice Felicidad. Se acerca a Nené y la abraza como se abraza a una niña.

—Ay... Qué miedo —dice una de las voces—, así que ahora tenés compañerita...

—Yo no soy compañerita de nadie —dice Felicidad—, sólo trato de ayudar...

—Ay... Sólo trata de ayudar...

—¡Cállense! —dice Nené, y al hacerlo se aferra a los brazos de Felicidad, como si necesitara de más fuerza que la propia para enfrentar a aquellas mujeres.

—¿Saben por qué la dejaron en la ruta?

—¡Porque es una morsa flaca!

—No, la dejaron porque... —se ríen—, porque mientras ella se probaba su vestidito de novia, nosotras ya nos acostábamos con su maridito...

Todas se ríen.

—Miren, ahí viene otra...

Las voces cada vez se oyen más cerca. Se hace difícil separar a las que lloran de las que ríen.

Desde el baño de la ruta la figura de una mujer pequeña avanza hacia Nené y Felicidad a paso lento.

—¡Turra!

A medida que la mujer se acerca descubren la cara de horror de una vieja que poco comprende. Vestida en tonos dorados, deja ver en su escote el sensual encaje negro de una prenda interior. Cada tanto, se detiene y

contempla la ruta. Ya cerca, antes de que pueda preguntar algo, Felicidad se adelanta con la voz entrecortada por la angustia.

—Siempre. En la ruta siempre, abuela.

La vieja endereza su postura y mira indignada hacia la ruta.

—¿Pero cómo...?

Felicidad la interrumpe:

—No llore, por favor...

—Pero no puede ser... —dice la vieja, y en la desilusión cae de su mano al piso la libreta de matrimonio. Mira con desprecio la ruta por la que se ha ido el coche y dice sinvergüenza, viejo impotente...

—¡Vení, turra!

—¡Por qué no se callan, cotorras! —grita Nené.

La vieja mira con espanto.

—¡Urracas! —Nené insiste y se incorpora con violencia.

—¡Te vamos a agarrar, culebra!

En busca de comprensión, la vieja mira a Felicidad, que al igual que Nené se ha incorporado y estudia con angustia la oscuridad del campo.

—Poné la cara, vení —las voces de las mujeres se oyen cada vez más cerca.

Felicidad y Nené se miran. Bajo los pies sienten el temblor de un campo por el que avanzan cientos de mujeres desesperadas.

—¿Qué pasa? —dice la vieja—, ¿qué son esas voces, qué quieren? —se agacha, recoge la libreta y como Felicidad y Nené, retrocede hacia la ruta sin voltearse, sin perder de vista la masa negra de la oscuridad del campo que parece acercarse a ellas cada vez más.

—¿Cuántas son...? —dice Felicidad.

—Muchas —dice Nené—, demasiadas.

Los comentarios y los insultos son tantos y tan cercanos que es inútil responder o tratar de llegar a un acuerdo.

—¿Qué hacemos? —dice Felicidad. En el tono de su voz los signos del llanto contenido. Retroceden cada vez más rápido.

—No se te ocurra llorar —dice Nené.

La vieja se toma del brazo de Felicidad, se aferra al vestido de novia y lo arruga en sus manos nerviosas.

—No se asuste, abuela, todo está bien —dice Felicidad, pero las burlas son ya tan fuertes que la vieja no alcanza a entender.

Ya sobre la ruta, a lo lejos, un punto blanco crece como una nueva luz de esperanza. Quizá Felicidad piense ahora, por última vez, en el amor. Quizá piense para sí misma: que no la deje, que no la abandone.

—Si para nos subimos —grita Nené.

—¿Qué dice? —pregunta la vieja.

Ya están cerca del baño.

—Que si el auto para... —dice Felicidad.

—¿Cómo? —insiste la vieja.

El murmullo avanza sobre ellas. No las ven, pero saben que las mujeres están ahí, a pocos metros. Felicidad grita. Algo como manos, piensa, le roza las piernas, el cuello, la punta de los dedos. Felicidad grita y no entiende las órdenes de Nené que se ha alejado y le indica que agarre a la vieja y corra. El coche se detiene frente al baño. Nené se vuelve hacia Felicidad y le ordena que avance, que arrastre a la vieja. Pero es la vieja quien reacciona y arrastra a Felicidad hacia Nené, que espera que la mujer se baje para sentarse ella y obligar al hombre a conducir.

—No me sueltan —grita Felicidad—, no me sueltan —mientras espanta desesperada las últimas manos que la retienen.

La vieja empuja. Otra vez ha dejado caer la libreta de matrimonio y ahora tira de Felicidad con todas sus fuerzas porque ya no importa nada, piensa, ni la libreta, ni el encaje, ni el poco amor que creyó haber conseguido.

Nené espera ansiosa que se abra la puerta, que la mujer baje. Ella sabe, piensa Nené, sabe y no se baja. Pero el que se baja es él. Con las luces recortando el camino, aún no ha visto a las mujeres y baja apurado buscando en su pantalón la hebilla de la bragueta con la que bajará el cierre. Entonces el barullo aumenta. Las risas y las burlas se olvidan de Nené y se dirigen pura y exclusivamente a él. Llegan a sus oídos. En los ojos del hombre, el espanto de un conejo frente a las fieras. Se detiene pero ya es tarde. Nené ha subido al auto. Abre la puerta trasera, por la que ahora suben Felicidad y la vieja, y a la vez sostiene a la mujer que la mira con espanto e intenta zafarse.

—Sosténganla —dice Nené, suelta a la mujer para dejarla en manos de la vieja que sin preguntar obedece la orden.

—Si se quiere bajar dejala —dice Felicidad—, por ahí ellos sí se quieren y nosotros no tenemos por qué meternos.

La mujer logra zafar de la vieja pero no se baja, dice qué quieren, de dónde vienen, una pregunta tras otra, hasta que Nené le abre la puerta y con un gesto le da la opción de bajar.

—Baja, rápido —le dice.

Desde el auto se escuchan los gritos de las mujeres y frente a ellas permanece, despegada de la oscuridad por las luces del auto, la figura inmóvil y aterrada de un hombre que ya no piensa en lo mismo que pensaba hace un rato.

—No me bajo nada —dice la mujer. Mira al hombre sin aprecio y después a Nené—: Arrancá antes de que vuelva —dice, y traba la puerta de su lado.

Nené enciende el motor. El hombre oye el automóvil y se vuelve para mirar.

—¡Arranca! —grita la mujer.

La vieja aplaude nerviosa, dice dele mujer, y aprieta con firmeza la mano de Felicidad que con espanto mira al hombre que se acerca. Con dos ruedas laterales fuera de la ruta, el auto patina sobre el barro. Nené mueve el volante sin control y por un momento los faros del coche iluminan el campo. Pero lo que se ve entonces no es justamente el campo: la luz del auto se pierde en la inmensidad de la noche pero alcanza para diferenciar en la oscuridad la masa descomunal de centenares y centenares de mujeres que corren hacia el auto, o mejor dicho hacia el hombre que, entre ellas y la multitud, aguarda inmóvil la llegada como se espera la muerte.

Una patada de la mujer sobre el pie de Nené activa el acelerador y, con la imagen de las mujeres ya sobre el hombre, Nené logra regresar el auto a la ruta. El motor esconde los gritos y las burlas y pronto todo es silencio y oscuridad.

La mujer se acomoda en el asiento.

—Nunca lo quise —dice la mujer—, cuando se bajó pensé en tomar el volante y dejarlo en la ruta, pero no sé, el instinto maternal...

Ninguna de las mujeres le presta atención. Todas, incluso ella ahora, prefieren ver el pequeño espacio de la ruta que dibujan las luces y

permanecer en silencio. Es entonces cuando sucede.

—No puede ser —dice Nené.

Frente a ellas, a lo lejos, el horizonte comienza a iluminarse de pequeños pares de luces blancas.

—¿Qué? —dice la vieja—. ¿Qué pasa?

La mujer permanece en silencio y cada tanto mira a Nené, como esperando de ella la respuesta.

Los pares de luces crecen, avanzan rápido hacia ellas. Felicidad se asoma entre los asientos delanteros.

—Vuelven —dice, sonrío y mira a Nené.

En la ruta Nené contempla los primeros pares de luces que ya como autos pasan junto a ellas y los otros tantos que se van acercando. Enciende un cigarrillo y advierte tras su asiento los movimientos alegres de Felicidad.

—Son ellos —dice Felicidad—, se arrepintieron y vuelven a buscarlas.

—No —dice Nené, suelta una bocanada de humo y agrega—: vuelven por él.

Adaliana

Esta noche, cuando Escudero descienda a los pisos que habita la servidumbre y llame a la puerta de la loca Adaliana, sucederá algo terrible. Pero hasta aquí no habrá sorpresas. Acostumbradas a los pasos del hombre, acurrucadas ya entre las sábanas, las mujeres permanecerán atentas e intuirán las figuras que, al paso de Escudero, dibujarán los candelabros con sus sombras en los pasillos transitados. Cuando el hombre se detenga frente a la puerta elegida, desde las sábanas cálidas y suaves cada una de ellas escuchará los golpes que llamarán a la propia puerta, o a la puerta vecina, y todas concluirán que da lo mismo. Las jóvenes esperarán en silencio, las niñas dormirán con las manos de sus madres aferrándoles con fuerza las muñecas. En silencio aguardarán impacientes los movimientos de la elegida. Sin decir palabra alguna, ella abandonará la cama para salir de inmediato y caminar tras Escudero. Las que queden escucharán los ruidos en la escalera, la puerta que se cierra con ansiosa bestialidad. Después, con el sueño, pasará la noche, y aún demasiado temprano para que las pequeñas ventanas iluminen sus cuartos, las mujeres de la casa despertarán al oír la puerta abrirse y cerrarse, los pasos de una única persona que desciende las escaleras y avanza penosamente hacia el cuarto que, en la noche, habrá esperado con la puerta abierta. La mujer se recostará con cuidado en la única cama vacía y dormirá hasta entrada la tarde, puesto que ninguna de ellas reclamará su ayuda en el trabajo diario y, aunque muchas la alentarán a conversar, guardará silencio durante varios días.

Pero esta noche será diferente. Adaliana, su joven imagen frente al espejo, cepilla un largo y lacio pelo negro que no conoce otras manos que las propias. Escudero la ha visto esta tarde lavar ropa junto al río y no habrá azar en la elección: llamará a su puerta con la urgente necesidad que le inspira todo lo nuevo. Lo que no sabe Escudero, y sospechan las mujeres, es que

Adaliana está loca: la han visto peinarse frente al espejo, han visto el delirio en sus ojos ausentes al mirar sus propios ojos. Atentas, sabrán que la puerta elegida es la de ella y darán comienzo a un rezo que se repetirá en silencio hasta aún entrada la noche, puesto que, acostumbradas a los quehaceres culinarios intuyen el espanto como un aroma que proviene de lejos pero que de a poco se propaga, como ahora, en los espacios de todos los cuartos de la casa. Mientras, las manos oscuras de la comadrona reconocen el futuro como se anticipa una tormenta y dibujan con sudor, aferradas a la ropa, un destino que ya se ha visto en sueños y que ella conoce bien.

Pero esta noche será diferente: Adaliana no escuchará el llamado. Mientras los golpes se repitan, las mujeres suplicarán desde sus camas que ella ceda, que abra la puerta. El llamado será cada vez más impaciente, las manos de las mujeres se aferrarán a las sábanas con angustia. Al fin un último golpe derribará la puerta. Como un veneno que se lleva en la sangre, el pelo oscuro de Adaliana reflejará su movimiento en las pupilas famélicas de Escudero: ya nada podrá evitar la predicción de la comadrona. En la pared, en los pasillos, en los cuerpos de los dos, las marcas de las uñas de Adaliana dejarán rastros en el camino que recorrerá esta noche. Una lucha frenética la irá empujando hasta la salida al tiempo que todo lo que la rodea caerá sin remedio al piso. Se aferrará a los muebles, a los marcos, a los poros ásperos de las paredes. El terror de sus gritos obligará a las mujeres a asomarse. Sin reconocerlas, ella intentará tomarlas de los brazos arrastrándolas con ella varios metros, hasta que el resto de las mujeres acudan en su ayuda y las separen de sus manos desesperadas. Las que reconozcan en sus ojos la furia de la locura se harán a un lado. Contemplantas como una pesadilla la fuerza inagotable que se duplica en la lucha de Adaliana. Desearán que todo acabe de una vez por todas, que Escudero la lleve al fin a la salida y ambos se pierdan en la noche. La comadrona, tras la puerta, no verá pero recordará lo que ya ha visto en sueños. Adaliana resistirá cuantas horas lleve junto al hombre. Incluso por la noche, las mujeres permanecerán despiertas, encerradas en sus cuartos, escuchando. Al final, no habrá un último grito, sino que se irán perdiendo poco a poco como los ejércitos en la guerra, o como se pierde la sangre.

Más tarde, la puerta se abrirá con lentitud. Los pasos descansarán de

escalón en escalón, como si para avanzar hiciera falta sumar fuerzas. Después de un largo camino, sentada frente al espejo, Adaliana encontrará, en una imagen ajena, ojos que seguirán siendo los suyos pero serán distintos. Escudero no volverá a llamar a la puerta de Adaliana, pero cada noche optará por los mínimos parecidos que el resto de las mujeres tienen con ella. Y ella, por su parte, guardará un silencio que se mezclará en el aire y, durante nueve meses, cubrirá los espacios con una húmeda neblina espesa.

El vientre de Adaliana crecerá desproporcionadamente, deformado, consumiéndole el cuerpo como una gigantesca garrapata. Alentada con firmeza por aquellos ojos que la miran desde el espejo, aferrará el mango de su cepillo como se sostiene un puñal, y en las noches largas, en todas las noches, alisará su pelo con la precisión con la que se decide una estrategia.

Acostumbradas, abocadas sólo a las tareas diarias, las mujeres tardarán en entender que los golpes son contra la criatura, y al fin descubrirán a Adaliana abandonar su cuerpo frente a las escaleras más altas, dejarse caer hacia abajo ajena al dolor. Las manos oscuras, los dedos fuertes de la comadrona, se unirán cada noche al rezar porque la noticia de aquel crimen diario no llegue a escucharse en los pisos superiores. Pero al fin, la gran puerta se abre más temprano de lo que esperan las mujeres. Los pasos del hombre bajan acompañados de otros pasos y otras manos, y tras los golpes a la puerta no habrá tiempo para que Adaliana conteste al llamado. Entrarán con violencia. Ella se dejará arrastrar sin miedo. Las mujeres reconocerán más fuerte que nunca ese aroma espantoso que impregnará sus ropas, las sábanas y el resto de los pisos de toda la casa.

Adaliana, atada a su propia cama de pies y manos bajo la orden de Escudero, será custodiada día y noche por las mismas mujeres. Obligada a comer, bañada cada noche, vestida y desvestida por manos sumisas de mujeres carceleras. Y dos veces al día, como se recibe las manos de una madre, los dedos oscuros de la comadrona le separarán los labios secos, le abrirán la boca a la fuerza y la obligarán a beber. Adaliana sentirá el agua fresca correr por su cuerpo como se siente correr la vida, la nueva vida en la sangre y en la sangre el alimento de una criatura que crece sin piedad, una sustancia acuosa y débil que irá afianzándose en su vientre como una enfermedad nefasta.

Al fin llegará el momento, y será, como debe ser, en una calurosa tarde de lluvia. Tras meses de silencio se escuchará el primer grito de Adaliana: inapelable, siguiendo el camino que sus uñas marcaron en las paredes, viajará como una sentencia rabiosa escaleras arriba, llegará al cuarto de Escudero y trepará hasta él erizándole de frío los pelos de la nuca. Las cocineras harán a un lado la comida, las jardineras abandonarán sus tijeras y sus bolsas de tierra fértil, las camareras dejarán caer las sábanas de las últimas camas que a esa hora se arreglan para la noche. Escudero sabrá, sin ninguna duda, que la criatura que nace es la elegida, no uno más entre otros tantos bastardos que nacen sino un único y primer hijo heredero. Como si en el grito de este hijo, aun antes de escucharlo, él ya pudiese leer los signos claros de su propia sangre.

La tormenta se intensificará. La comadrona y otras dos mujeres asistirán al parto. Desatarán las manos de Adaliana que tras meses de inmovilidad permanecerán en su sitio, cerrados los puños como si aferraran una forma de dolor. Tras la puerta, en el pasillo, el murmullo de una multitud de mujeres. Pero Adaliana sólo escuchará otros sonidos: los latidos fuertes de un corazón que no es el propio y luego un sonido débil, en el que percibirá con claridad los pasos firmes del hombre que, desde los pisos superiores, se acerca triunfante. Las manos oscuras depositarán en los débiles brazos de Adaliana una pequeña criatura rosada: la predicción de cada noche se cumplirá rigurosa ante los ojos de la comadrona. Al fin, rindiéndose al destino, las mismas manos oscuras apartarán a las mujeres para dejar a solas, en el cuarto, a Adaliana y a la criatura.

Pronto llegará Escudero. Se detendrá ante la comadrona, preguntará por el niño. La mujer dirá: esa muchacha no lo quiere, se lo comería si pudiera con tal de que vuelva a su vientre. Y con el horror ya naciéndole en los ojos, con las primeras lágrimas de una pena que será llorada durante generaciones, la comadrona dejará que el hombre ingrese al cuarto de Adaliana. En los ojos de la comadrona la multitud de mujeres leerá lo que sigue: la tormenta que cede, el hombre que se tarda. Ruidos que son quejidos, o llantos. Un gruñido sediento que más tiene que ver con lo animal que con lo humano. Y al fin, lo que todas esperan. Ya no las sábanas, ni los cuartos, ni los pasillos, ahora es el hombre quien huele a espanto. De rodillas, dejará caer su cuerpo frente a

las mujeres y, por primera vez llorando, mostrará a la comadrona sus manos ensangrentadas, los posibles restos de algo que fue pequeño, y suyo, y que ya no es.

Por eso es que la comadrona, rodeada de velas, une sus palmas y reza: es que esta noche sucederá algo terrible, piensa, mientras la gran puerta del pasillo se abre y en el cuarto contiguo, peinando su pelo negro, Adaliana mira en el espejo sus propios ojos ausentes.

La pegajosa baba de un sueño de revolución

Las luces destellan un par de veces, señal de que todo va a terminar. Un aire espeso envuelve a la clientela en un hálito de feliz resaca. Pocos se han servido una sola vez, y casi todos levantan en el aire las copas ahora vacías. Es tiempo de una última vuelta. Se levantan de golpe, habrá que reponer el trago en una barra que cerrará en cualquier momento. No hay tiempo para la hermandad, para la charla, para elegir un acompañamiento sólido que ayude a la cerveza. Miradas de presuntos filtradores contienen la euforia y el tumulto. Es tiempo de reponer lo importante, lo imprescindible. Los cuerpos se acumulan apretados. Las palabras no son amables. Los que avanzan se abren camino a la posibilidad. Un nuevo destello intranquiliza a la clientela, los fuertes empujan en dirección a la barra, los bajos aprovechan las ventajas del avance entre piernas, los altos contemplan, evalúan y rezan por la distancia que los separa del final feliz. Todos parecen encontrar la ventaja adecuada y la suma de todos compacta la masa en un solo cuerpo desesperado que, frenético, copia la forma de la barra. Copas afortunadas, en orden sospechosamente lento, se llenan y retiran. No muchos parten llevando en sus manos el elixir de un alivio que durará poco. Entonces sucede. Las manos amigas que llenaban las copas traban la caja, tapan las botellas, las juntan y las guardan. Dejan desnuda la barra que segundos atrás exponía el néctar sagrado de cien modos distintos. La multitud permanece absorta. Clientes insatisfechos persiguen meseros que aún no logran ocultarse. Cuando el tumulto se desarma la vuelta a las mesas es lenta y triste. Pero algo ocurre: quienes en las mesas, pocos, aún demoran la última vuelta, ven la decepción de quienes vuelven sin nada y, sin olvidar la imagen de la bebida burbujeante, piensan en compartir y se miran entre sí a la espera de alguna señal. Otro destello se lleva las luces de la barra. Sonido a vajilla que se reúne, que se

apila, se lava, que vuelve a apilarse, se enjuaga, se seca, se apila otra vez y al fin se ordena o se aparta. Oculta pero firme, una voz anuncia que el bar cerrará en unos minutos. Un escaso resto de bebidas repartidas entre todos incita risas burlonas y comentarios encontrados. Las últimas gotas de alcohol tienen su efecto en abrazos generosos, amistosas palmadas que se transmiten de mesa en mesa, felicitaciones y halagos sinceros que reconocen nuevos rostros y anudan relaciones de último momento. Un brindis espontáneo se repite en un gesto general, el ruido de cientos de copas que suenan a un mismo tiempo concientiza a la masa de la importancia del evento. Los rostros sonríen y hay para todos buenos deseos. Se sabe que afuera hace frío, que las esposas esperan en las casas, que habrá que salir, acostarse, levantarse solos al amanecer. Con el último destello de luz, en el sonido de las copas han participado todos. Pero entonces las luces principales se encienden y los dejan al descubierto. El aire viciado que los protegía del viento se escapa al abrirse la puerta de salida. Se oyen golpes desde la cocina. La voz firme, pero aún oculta, reclama la retirada. «Habrá que levantarse», se oye. «Permaneceremos sentados», proponen, «con el cuerpo en las sillas no podrán acomodar las mesas». Se repiten los ruidos que provienen de la cocina. Ruido de madera contra madera, de madera contra hierro, de hierro contra hierro. Ruido de armas que remiten a un disgusto ancestral y hace que mantengan, ahora más que antes, el cuerpo rígido en las sillas. En sus mentes las cruzadas de los guerreros, las órdenes de sus superiores, las risas de sus esposas. «Cuerpo en silla», se grita desde una mesa. «Cuerpo en silla», se responde desde las otras. Y en una sola frase, que se repite de boca en boca, la voz definitiva de una decisión conjunta. Pero algo sucede. Un acto inteligente del bando opuesto desactiva de una vez el sueño colectivo. Los han golpeado con sus propias armas, pues desde la cocina llega, gastado y desprolijo, de seguro emitido desde un parlante improvisado, el himno nacional. El enemigo ha sido audaz y no quedan alternativas. Guerreros, superiores y esposas han enseñado durante años la lección de incorporarse de inmediato ante las primeras notas del himno nacional. No es obediencia sino dolor lo que incorpora de uno en uno a la clientela derrotada. Permanecen en el lugar, alertas pero ya sin esperanzas. Personal contrario irrumpe con violencia y aparta las sillas que, invertidas, pronto son colocadas sobre las

mesas en un acto que despoja al piso de su hospitalidad. Se bajan las cortinas. Aunque seguridad entra a escena, la multitud se alimenta de ilusiones. En un gesto que aclara ser el último, la clientela es invitada, una vez más, una última vez, a retirarse. Marchar al compás del himno es la reacción gradual pero al fin la acción de todos. En la conciencia general otra vez esa idea milenaria, el recuerdo ausente en cada uno, aunque presente en la masa, de que el himno es lo que se escucha antes de la batalla. Muchos conservan en sus manos las copas vacías. Los dedos de esas manos se aferran al vidrio, y las manos libres, que también se cierran, forman puños que quizá no vuelvan a abrirse. Saben que el final podría no ser bueno, saben que sus esposas podrían enterarse de todo, pero la causa es justa y en el grupo hay confianza. Cuando los rociadores de agua contra incendios se activan, surge la incertidumbre. Pensar en qué sucederá mañana ya no es tan sencillo. Hay desilusión, muchos creen que todo ha terminado. Saldrán mojados a la calle y mañana, con la cabeza baja, regresarán al bar, volverán a pedir alcohol y volverán a luchar porque la salida se atrase lo más posible. Es entonces cuando se abren los pocos paraguas con los que cuenta la resistencia. Aumenta el calor. Respirar cuesta. El mal humor exaspera al grupo rebelde. Hombres uniformados empujan cuerpos hacia afuera. Movimientos bruscos golpean piernas que no quieren moverse, hay impotencia, disgusto, y una terrible sensación de derrota. El hombre que decide la suerte del local espera en la calle. Desde la vereda de enfrente memoriza sin esfuerzo los rostros que encabezan los cuerpos arrojados hacia el exterior. Y en la calle, donde no hay música, ni alcohol, ni calefacción, todo parece perdido. El grupo se dispersa. No hay remedio que incentive la alegría cuando todos se han rendido, cuando cada uno, borracho, recorre una calle diferente, sintiendo que de los hombros cuelgan brazos pesados y de las manos dedos cuyas puntas parecieran arrastrarse sobre el cemento áspero de una ciudad que ninguno de ellos ha elegido. En sus casas aguardan las esposas, que en la punta de la lengua contienen violentas las palabras que van a gritar. La palabra que quiere ser escupida, los labios que la retienen hasta que la expresión «estúpido» se libera y las bocas de esas mujeres demasiado delgadas, obesas, altas, bajas, jóvenes y viejas, pero todas ellas esposas al fin, parecen quedar más relajadas. Ya no hay fuerzas para cambiar el destino. Al final del día está la

cama y en el sueño ellas nunca aparecen. Pero suceden otras cosas. No hace falta trabajar todo el día para regresar al bar. Se llega al cerrar los ojos. El hombre que abre y cierra el bar controla las acciones, reconoce los rostros desde la mirilla ubicada en la pared de la barra. Otra vez el recuerdo ancestral, el alcohol y la música antes de comenzar la guerra. Las luces no parpadean y aún faltan varias horas para que todo comience a desvanecerse. Pero algo ha cambiado. La barra queda vacía. Las manos que en la barra administran la bebida se mueven nerviosas, sospechan en la quietud aparente los primeros pasos de una conspiración. La clientela se estudia los rostros. En sus mentes la sospecha de que aquello no es un sueño, de que se han levantado, han ido a trabajar, y que por eso es real todo lo que ahora ocurre. La certeza de que sus ojos leen en los ojos de los demás una intención clara y aviesa. Y, tras la mirilla, el hombre lo ve todo: manos quietas que ahora se mueven al unísono, toman las copas y las arrojan al piso. La puerta de entrada se cierra, se cierran todas las puertas y se cierran los puños. Alguien llama a los guardias, pero nadie más se suma al conflicto. Las manos, apoyadas en el borde de las mesas, ayudan a los cuerpos a incorporarse con decisión. La música marca los pasos de la marcha. Las sillas han quedado vacías. En el ambiente, una sensación pegajosa de algo que crece. Al hombre le tiemblan las piernas, los cuerpos que avanzan hacia él se alimentan del alcohol que él mismo les ha ofrecido. Y hay una idea en la mente de todos. En el hombre la esperanza de que eso sea un sueño, y el deseo de pertenecer, alguna vez, a esa revolución de hombres valientes. En los otros la extraña certeza, cargada de angustia, de que todo lo que ocurre es, en efecto, real. Lejos de ellos, la posible imagen de manos ásperas de esposas o de jefes que los despierten sin piedad de sus sueños para reincorporarlos al trabajo, que los despierten sin piedad, como cada mañana, para que al fin dejen, sobre la almohada o sobre el escritorio, la baba pegajosa de un sueño de revolución.

El destinatario

El barco, que se había inclinado, permaneció inmóvil. Desde la escotilla adiviné el muelle, pequeño en la noche que escondía la selva bajo una sola forma. Nos habíamos detenido en tantos pueblos, en tantos muelles, y todos tan oscuros, tan silenciosos y escondidos, que yo había perdido la ansiedad y permanecía en mi recámara para disfrutar en las noches de descanso el silencio de la embarcación deshabitada.

Imaginé los hechos aún antes de que sucedieran, como si Flishvein me fuese dictando los pasos: El capitán que me mira y señala el pueblo, mis manos que toman el sobre y lo guardan en el bolsillo, la tripulación que abandona el barco. Ese era el lugar.

Había pasado tanto tiempo que pensar en Flishvein muriendo en su habitación, ordenándome que entregara el sobre, no parecía razón suficiente para encontrarme en un sitio como aquel. Tanto que, al releer el destinatario, tuve la sensación de no haberlo hecho nunca, de ver por primera vez el nombre de «Xhul Acher».

El muelle desembocaba en una ancha calle de tierra, apenas cinco cuabras que sin rastro terminaban frente al paredón oscuro de una selva que lo envolvía todo. Me sorprendió el silencio, la tranquilidad de un pueblo escaso en el que hacía sólo segundos había anclado mi tripulación de más de treinta hombres. Sin embargo encontraba las calles vacías, las puertas cerradas, algún farol amarillento que sacudido por la brisa golpeaba la pared. En otros pueblos había visto a los hombres desembarcar nerviosos, escabullirse en grupo por tabernas y prostíbulos y aprovechar frenéticos las pocas horas de la noche en tierra. Pero allí sólo un letrero aclaraba «bar» colgado del umbral de una construcción pequeña. Dentro, una mujer fregaba nerviosa las copas en desuso, ni rastro de los hombres. Entré y pregunté por Xhul Acher. Ella me

hizo repetir el nombre un par de veces y al fin hizo un gesto de negación. «Si no lo conozco, no es del pueblo: debe ser del desfile.» Depositó sobre la barra un nuevo juego de copas oscuras y comenzó a lustrar la primera de ellas. Dije que había llegado en el barco, que partiríamos pronto, que no había tiempo para esperar. Preguntó qué barco y señalé hacia el puerto, como si ella pudiera ver el mar a través de la pared. «No sé de ningún barco», dijo, dejó la copa brillante del otro lado de la barra y tomó una nueva copa, «de todos modos sucede en cualquier momento» agregó. Pedí un trago y elegí una mesa, debería esperar.

Cuando, más tarde, pagué la cuenta y salí a la calle, aún me costaba imaginar un desfile en un pueblo vacío, en cinco cuadras oscuras atrapadas entre el mar y la selva. Para apurar el paso del tiempo decidí caminar, recorrer varias veces la misma calle. La inmovilidad resaltaba los mínimos cambios: una luz que se apaga, una rata que cruza la calle de lado a lado, peces en el agua. Desde la última cuadra estudié la selva. Por curiosidad, o quizá porque no había nada más que hacer, calculé por dónde entraría el desfile. No desde la selva, eso era imposible, y tampoco llegaría por mar, porque de ser así ya se verían las luces de la embarcación. Quizás el mismo pueblo saliera de sus casas, todos vestidos de fiesta, para bailar o festejar algún hecho memorable. Pero cualquier opción me parecía ridícula, y también era ridículo permanecer allí solo, a kilómetros de distancia de un hogar que había abandonado hacía tiempo. Entonces escuché los primeros ruidos.

El principio fue confuso. Recuerdo las acciones apresuradas, la alarmante rapidez con que los pobladores cerraron las ventanas, trabaron las puertas y apagaron las luces. En pocos segundos sólo quedaba en la calle la escasa claridad de la noche. Y, fragmentados, indescifrables al principio, los ruidos que antes parecían lejanos ahora anticipaban su cercanía. Acometían desde el mar, desde la selva. De los sonidos se desprendían tambores, aplausos, el ruido del inexorable paso de una multitud. Carretas, gritos, olor a carne ahumada y también a alcohol, todo me envolvía, todo me advertía que no debía permanecer allí, solo, el único hombre en toda la calle.

Con la cercanía pude precisar cuántos tambores eran, cuánta gente. Un resplandor amarillento revelaba las sombras, figuras negras que, asomadas

tras las casas, crecían gigantescas sobre la angosta línea de tierra que separaba las construcciones de la oscura muralla de la selva. Sostenidas por palos largos, vi máscaras como banderas asomarse entre los techos de las casas transversales. Máscaras que brillaban, dibujos que sonreían adornados con largas tiras de tela sacudidas por el baile y avanzaban hacia mí.

Aún conservo la imagen de la multitud que entraba al pueblo. Hombres morenos, blancos, altos, bajos, niños, mujeres. Un paso monótono guiaba las primeras filas. Detrás, todo se desordenaba en bailes, fuego, gritos, el fuerte aliento del alcohol. Alguien me empujó, o algo, y otra vez, y otra. Me vi obligado a avanzar entre la multitud, hacia el río. No alcanzaba a verlo, pero sabía que seguíamos esa dirección. Una mujer de manos frías tomó mis manos y me guio por entre un grupo que bailaba. Luego, cuando perdí las manos de la mujer, alguien me colocó una máscara. Alguien, después, me sacó esa máscara y me colocó otra. Un niño se acercó hacia mí, reía, y sin dejar de mirarme bailó a mi alrededor. Pensé que ya habíamos avanzado mucho, que ya deberíamos llegar al muelle, pero el desfile continuaba. Me rodeaban carros, gente que no dejaba de bailar, hombres que insistían en ofrecerme carne ahumada.

Nuevas manos tomaron las mías y me condujeron a otros sectores donde también se bailaba. Más hombres reían, hombres enmascarados. Tambores, trompetas, instrumentos desconocidos para mí. Una máscara que me pareció haber visto antes volvió a acercarse para volver a perderse. Me asombró comprobar lo fuertes que eran esos cuerpos. En mi intento por seguir la marcha apenas lograba mantenerme en pie. Ellos, en cambio, avanzaban o retrocedían según pautas que me eran ajenas, gritando y ofreciendo al cielo sus máscaras gigantes. Recordé el sobre y con el sobre lo que dijo la mujer de la taberna: Acher debía estar aquí, en el desfile. Miré a los lados, intenté imaginar los rostros bajo las máscaras, como si pudiese reconocer en ellas a quien nunca había visto.

Alguien me empujó y bailó sin dejar de mirarme. Dudé, pero al fin dije el nombre, no me animé a más, dije Xhul Acher sólo para escuchar mi propia voz perderse entre el tumulto; repetí, más fuerte todavía, Acher, Xhul Acher, pero no había forma, los ruidos eran demasiado intensos. Otros, hombres o mujeres, se unieron al baile del primero. Dejé que el desfile me llevara, no

podía durar mucho más, hacía rato que debíamos haber llegado al muelle. Después de un tiempo comencé a dudar sobre si realmente habría un final: el pueblo tenía cuatro cuadras hacia el río, y el desfile avanzaba por ellas desde hacía más de media hora.

De a poco los sonidos se hicieron más fuertes y ahora llegaban a mí como uno solo, agudo y violento, que me nublaba la vista, me estremecía el cuerpo y me quitaba el control.

Entonces vi a la niña, tan distinta a todos los que me rodeaban. No era parte del desfile: caminaba asustada entre las piernas del resto y no llevaba disfraz. Habrá pensado lo mismo de mí, porque me vio y también se esforzó por acercarse. Pero ellos, que tal vez supieran lo que necesitábamos, evitaron el encuentro. Se interpusieron entre nosotros, nos desviaron una y otra vez, nos obligaron a adelantarnos, a retrasarnos, a perdernos de vista en varios momentos. Llegamos a estar cerca: ella estiró sus brazos y tocó la punta de mis dedos, dijo algo que no pude entender, palabras que pudieron haber sido «Xhul Acher», y su imagen desapareció tras uno de los carros. Pensé que Xhul Acher podía ser ella. Como estaba agotado, fue fácil abstraerme de los ruidos e imaginarla en silencio. La llamé Xhul Acher, y cuando giró para verme la descubrí llevando una máscara. Los ruidos, de pronto, cesaron.

Desperté en el centro del pueblo, sobre la tierra, en el mismo lugar del que había partido con el desfile: la oscura calle vacía y el silencio. Traté de incorporarme, pero me sentía débil y opté por permanecer un momento en el piso. Entonces volvieron los sonidos, tan reales como la vuelta de llave de una puerta y una mujer que, desesperada, sale de la casa, cruza la calle y golpea otra puerta con la furia de quien golpea al culpable de su propia muerte. Alguien abrió la puerta, abrazó y consoló a la mujer mientras una tercera persona, quizás el marido, salió de la primera casa, dio unos pasos y se dejó caer en medio de la calle. Lo vi llorar sobre la tierra, preguntarse por qué su hija, por qué si la niña nunca salió. «Yo la vi» dije, pero ninguno de los tres dijo nada. «Yo vi a la niña» repetí a la primera mujer, la tomé con fuerza del brazo para volver a gritar «vi a la niña» casi a su oído. Ella se hizo a un lado, gritó aún más fuerte. Después, con cautela, estudió las sombras de la calle, las puertas de ambas casas que permanecían abiertas. «Todavía están acá», dijo a la vez que retrocedía, «están acá», repitió en voz baja. Se miraron

asustados y de común acuerdo corrieron a sus casas y trabaron las puertas.

Permanecí inmóvil. De pie en la oscuridad pensé en la niña y miré hacia el muelle. Fue entonces que descubrí la luz, los primeros reflejos sobre el río, la orilla húmeda y, sólo más tarde, la imagen borrosa, lejana, increíble, del muelle de madera, el único muelle en miles de kilómetros, y vacío. Pensé en los padres de la niña que hacía un momento me habían conmovido y concluí que ahora, sin el barco, nadie era tan desgraciado como yo. Un hombre que al principio fue un extraño y que después reconocí como Flishvein, caminó hacia mí desde el río. Le pregunté qué hacía él en ese lugar, qué hacía yo, por qué me había enviado hasta allí con el sobre, por qué a mí que me odiaba tanto, por qué no contestaba a ninguna de mis preguntas. Saqué el sobre del bolsillo y permití a Flishvein comprobar en mi rostro el resultado de reconocer, por fin, el nombre del destinatario. Al mirar otra vez el pueblo supe que entre el río quieto y la selva oscura, ese lugar no podía ser otro que el lugar de la muerte.

Agujeros negros

El doctor Ottone se detiene en el pasillo y, muy despacio al principio, comienza a balancearse sobre las plantas de sus pies, con la mirada fija en alguno de los azulejos blancos y negros que cubren todos los pasillos del hospital, así que el doctor Ottone está pensando. Después toma una decisión, vuelve a entrar al consultorio, prende las luces, deja sobre el sillón sus cosas y busca, entre todo lo que hay en su escritorio, la carpeta de la señora Fritchs, así que Ottone está ocupado con algún tema y se propone encontrar una solución, una repuesta al menos, o derivar ese tema a otro doctor, por ejemplo al doctor Messina. Abre la carpeta, busca una página determinada que encuentra y lee: «... *Agujeros negros. ¿Me entiende? Usted está acá, por ejemplo, y de pronto está en su casa, en su cama, con el pijama ya puesto, y sabe perfectamente que no ha cerrado el consultorio, ni apagado las luces, ni recorrido lo que tenga que recorrer para llegar a su casa, es más, ni siquiera se ha despedido de mí. ¿Entonces? ¿Cómo puede ser que usted esté en su cama con el pijama puesto? Bueno, eso es un espacio vacío, un agujero negro como le digo, un tiempo cero, como lo quiera llamar, ¿qué más si no?...*»

El doctor Ottone guarda la carpeta, recoge sus cosas, apaga las luces, cierra con llave y se dirige hacia el consultorio del doctor Messina, a quien está seguro de encontrar a esa hora. Ottone efectivamente encuentra a Messina pero dormido sobre el escritorio y con una estatuilla en la mano. Lo despierta y le entrega la carpeta de la señora Fritchs. Messina, un poco dormido aún, se pregunta, o le pregunta a Ottone, por qué se ha despertado con una estatuilla en la mano. Con un gesto, Ottone responde que no sabe. Messina abre el cajón de su escritorio y le ofrece una galleta a Ottone, galleta que Ottone acepta. Messina abre la carpeta.

—Lea la página quince —dice Ottone.

Messina busca, encuentra y lee, todo cuidadosamente, la página quince. Ottone espera atento. Cuando termina su lectura, Ottone le pide una opinión.

—¿Y usted cree en esto, Ottone?

—¿En agujeros negros?

—¿De qué estamos hablando?

Así que Ottone recuerda el vicio de Messina de responder sólo con preguntas y eso lo pone nervioso.

—Hablamos de agujeros negros, Messina...

—¿Y usted cree en eso, Ottone?

—No. ¿Y usted?

Messina abre otra vez su cajón.

—¿Quiere otra galleta, Ottone?

Ottone agarra la galleta que Messina le ofrece.

—¿Cree o no cree? —insiste Ottone.

—¿Yo conozco a esta señora...?

—... Fritchs, la señora Fritchs. No, no creo que la conozca, sólo vino a verme dos veces y es su primer tratamiento.

Alguien toca la puerta del consultorio y se asoma. Ottone reconoce al portero y pregunta:

—¿Qué necesita, Sánchez?

El portero explica con sorpresa que la señora Fritchs espera al doctor Ottone en la sala de ese piso. Messina recuerda al portero que son las diez de la noche y el portero explica que la señora Fritchs se niega a irse.

—No quiere irse, está en pijama, sentada en la sala y dice que no se va si no habla con el doctor Ottone, qué quiere que le haga yo...

—¿Por qué no la trajo, entonces? —pregunta Messina mientras mira la estatuilla.

—¿La traigo acá? ¿A su consultorio? ¿O al del doctor Ottone?

—¿Qué le pregunté yo a usted?

—Que por qué no la traje.

—¿No la trajo a dónde, Sánchez?

—Acá.

—¿Dónde es acá?

—A su consultorio, doctor.

—¿Entiende ahora, Sánchez? ¿A dónde tiene que traerla entonces?

—A su consultorio, doctor.

Sánchez se inclina levemente, saluda y se retira. Ottone mira a Messina, la mandíbula de Messina que oprime la fila de dientes superior con la inferior, así que Ottone está nervioso y aún espera una respuesta de Messina, doctor que comienza a guardar sus cosas y a acomodar papeles del escritorio. Ottone pregunta.

—¿Se va?

—¿Me necesita para algo?

—Dígame al menos qué opina, qué cree que conviene hacer. ¿Por qué no la ve usted?

Messina, ya desde la puerta del consultorio, se detiene y mira a Ottone con una leve, apenas marcada, sonrisa.

—¿Qué diferencia hay entre la Señora Fritchs y el resto de sus pacientes?

Ottone piensa en contestar, así que su dedo índice empieza a subir desde donde reposa hacia la altura de su cabeza, pero se arrepiente y no lo hace. Queda entonces el dedo índice de Ottone suspendido a la altura de su cintura, sin señalar ni indicar nada preciso.

—¿A que le tiene miedo, Ottone? —pregunta Messina y se retira cerrando la puerta, dejando a Ottone solo y con su dedo índice que baja lentamente hasta quedar colgado del brazo. En ese momento entra la Señora Fritchs. La señora Fritchs lleva un pijama, celeste, con detalles y puntillas blancas en cuello, mangas, cinto y otros extremos. Ottone deduce que esta señora está en un estado nervioso considerable, y deduce esto por sus manos, que ella no deja de mover, por su mirada y por otras cosas que, aunque comprueban esos estados, Ottone considera que no necesitan ser enumeradas.

—Señora Fritchs, usted está muy nerviosa, va a ser mejor si se calma.

—Si usted no me soluciona este problema yo lo denuncio doctor, esto ya es un abuso.

—Señora Fritchs, tiene que entender que usted está haciendo un tratamiento, los problemas que tenga no se van a solucionar de un día para el otro.

La Señora Fritchs mira indignada a Ottone, rasca el brazo derecho con la

mano izquierda y habla.

—¿Me toma por estúpida? Me está diciendo que tengo que seguir dando vueltas por la ciudad en pijama, pijama en el mejor de los casos, hasta que usted decida que el tratamiento está terminado. ¿Para qué pago yo ese seguro médico, a ver?

Ottone piensa en el doctor Messina bajando las escaleras principales del hospital y esto le provoca diversas sensaciones, sensaciones en las que no va a profundizar ahora.

—Mire —dice Ottone con paciencia, empezando a balancearse, lentamente al principio, sobre las plantas de sus pies— cálmese, entienda que usted está con problemas psicológicos, usted inventa cosas para ocultar otras cosas más importantes. Todos sabemos que usted no pasea en pijama por el hospital.

La señora Fritchs desenrosca pliegues de las puntillas de su pijama, así que Ottone entiende que la charla será larga.

—Siéntese por favor, relájese, vamos a hablar un rato —dice Ottone.

—No, no puedo. Va a llegar mi marido a casa y yo no voy a estar, tengo que volver, doctor, ayúdeme.

Ottone desarrolla rápidamente la primera de las sensaciones postergadas de Messina bajando las escaleras. Aire entrando por las costuras del abrigo, entonces frío, un poco de frío.

—¿Tiene dinero para regresar?

—No, no llevo plata cuando ando en pijama por casa...

—Bueno, yo le presto para que vuelva a su casa y pasado mañana, en el horario que a usted le corresponde, hablamos de estos problemas que tanto le preocupan...

—Doctor, yo le acepto el dinero si quiere, y vuelvo a casa, perfecto. Pero ya le expliqué, sabe, dentro de un rato estoy acá de nuevo, y cada vez es peor. Antes pasaba cada tanto, pero ahora, cada dos o tres horas, zas, agujero negro.

—Señora...

—No, escuche, escúcheme. Me recupero, o sea, vuelvo a donde estaba. ¿Cómo le explico? A ver, desaparezco de casa y aparezco en casa de mi hermano, entonces me desespero, imagínese, tres de la mañana y aparezco en

piyama, piyama en el mejor de los casos, en el cuarto matrimonial de mi hermano. Entonces trato de volver. ¿Sabe doctor qué sufrimiento? Hay que salir del cuarto, de la casa, todo sin que nadie se de cuenta, tomar un taxi, todo en piyama, doctor, y sin plata, imagínese, convencer al taxista de que le pago al llegar. Y cuando estoy por llegar, zas, fin del agujero y aparezco en casa otra vez.

Ottone aprovecha este tiempo para analizar la segunda sensación de Messina escaleras abajo. Entrada a un auto, ambiente más agradable, alivio al dejar el peso del portafolio en el asiento del acompañante.

—Aparte imagínese, andaba por casa siempre con dinero y un abrigo atado a la cintura del piyama, no sea cosa. Pero ahora no, basta, cuando caigo en agujeros ya no vuelvo. Si igual nunca llego, tomo taxis que casi nunca alcanzan a dejarme donde les pido. No, basta, ahora me quedo donde esté hasta que pase el agujero y listo.

—¿Y cuánto tiempo tardan en pasar estos agujeros negros?

—Y, vea, yo no puedo decirle con exactitud, una vez fui y volví en el momento, sin problema. Y otra estuve en casa de mi madre unas cuántas horas, diga que ahí sé donde están las cosas, preparé unos mates y paciencia, tardó tres horas, doctor, una vergüenza.

Ottone piensa en cuántos minutos ya ha estado la señora Fritchs en el hospital y no obtiene un número definido, quizás cinco, quizás diez, no sabe.

Sánchez toca la puerta del consultorio y se asoma. Ottone pregunta:

—¿Qué pasa, Sánchez?

—Lo busca el doctor Messina.

—Cómo, ¿no se fue?

—Sí, se fue, pero al rato estaba acá de vuelta, me parece que el doctor está un poco angustiado, anda a medio desvestir, o vestir, no sé decirle, doctor, y pregunta por usted.

—¿Qué pregunta, Sánchez?

—Si usted está, si puede usted hacerle el favor de ir a verlo. Me parece que está enojado, doctor...

El doctor Ottone mira a la señora Fritchs, señora que rasca con la mano derecha su brazo izquierdo y contesta la mirada de Ottone con un gesto recriminatorio.

—Va a tener que disculparme.

—No, lo acompaño.

—No, hágame el favor, señora, quédese acá. El doctor Messina enojado es ya de por sí todo un problema.

Sánchez acompaña la opinión de Ottone con un movimiento de cabeza y se retira caminando por el pasillo, pasillo que Ottone recorre ahora, unos metros detrás.

Se asoma Messina, minutos después, no sabe bien Messina después de qué, tras el biombo de su consultorio, para descubrir a la señora Fritchs sentada en un sillón. Messina mira su propia mano y se pregunta por qué tiene, otra vez, esa estatuilla. Mira desconcertado el escritorio, el lugar vacío donde la había dejado un rato atrás. Luego mira a la Señora Fritchs y la señora Fritchs, con las manos aferradas a los brazos del sillón, como si fuese a caer hacia o desde algún lado, mira al doctor Messina.

—¿Y usted quién es? ¿Qué hace en mi consultorio?

—El doctor Ottone dijo...

—¿Por qué está en pijama?

—El portero y el doctor Ottone fueron a buscarlo al...

—¿Usted es la señora Fritchs?

—Usted también está en pijama —dice la señora Fritchs mientras observa asustada la estatuilla en la mano del doctor.

Messina verifica su apariencia, plantea mentalmente distintas hipótesis sobre las razones de su propio paradero actual, deja la estatuilla en su lugar y acomoda el cuello de su camiseta hasta que éste queda centrado con respecto al eje del cuello, posición de camiseta que hace de Messina un hombre más seguro.

—¿Usted es la señora Fritchs?

—El doctor Ottone dijo que lo esperara acá.

—¿Yo le pregunté algo sobre Ottone, señora?

—Sí, soy la señora Fritchs, espero al doctor Ottone.

—¿Le parece que éste puede ser el consultorio de un doctor como el doctor Ottone?

—No sé, me parece que no, yo solamente lo espero.

Compara Messina mentalmente la figura de esa señora con la de su mujer

y no obtiene ningún beneficio.

—¿Usted es la señora que tiene problemas con los agujeros negros?

—¿Usted no los tiene?

En ese momento Messina comprende algunas cosas, cosas de las que sólo rescata dos como planteos pertinentes. Primero, lo que puede estar pasándole; segundo, que tras la señora Fritchs se esconde una persona de suma inteligencia. Piensa una pregunta para comprobar el segundo planteo:

—¿Por qué espera al doctor Ottone?

—Ottone y el portero fueron a buscarlo a usted al hall. ¿Usted es el doctor...?

—¿Messina?

—Eso, Messina, necesito que alguien me ayude.

Messina busca y encuentra sobre su escritorio la carpeta de la señora Fritchs y, de espaldas a esta señora, revisa el contenido, a la vez que relaciona ideas de agujeros negros, gente en pijamas y estatuillas. Pregunta:

—¿Qué cree usted que nos esté pasando?

—A usted no sé doctor, pero a mí nada —responde Sánchez que entra por la puerta y le alcanza un juego de llaves. Messina mira rápidamente el sillón vacío donde un segundo antes estaba la señora Fritchs.

—¿Qué hace acá, Sánchez? ¿No tiene nada mejor que hacer?

Sánchez, brazo extendido hacia Messina con llaves enganchadas al extremo del dedo índice, habla:

—Acá tiene las llaves doctor. Yo me voy.

—¿A dónde se va usted? ¿Dónde está la Señora Fritchs?

—Mi horario termina a las diez, ya son diez y media, yo me voy.

—¿Dónde está la señora Fritchs?

—No sé, doctor, por favor tome las llaves.

—¿Y Ottone? ¿Dónde está Ottone?

—Lo está buscando a usted, doctor, yo me voy.

Messina sale de su consultorio sin tomar las llaves y recorre el pasillo de azulejos blancos y negros hasta el hall, donde encuentra a Ottone.

Pliega Ottone los dedos de su mano derecha hasta obtener un puño cerrado, sin aire en el interior, para luego forzar estos dedos con la mano izquierda, lo que produce una serie de crujidos en los nudillos, así que Ottone

ha visto a Messina, está sumamente angustiado, y le desagrada ver a este doctor, el doctor Messina, a medio vestir, o desvestir, Sánchez no ha sabido decirle y él no alcanza ahora a elaborar una definición correcta.

Messina va a preguntarle algo pero descubre en su propia mano la estatuilla, así que se pregunta, o le pregunta a Ottone, por qué tiene esa estatuilla en la mano. Ottone, con un gesto, responde que no sabe. Messina abre el cajón de su escritorio y le ofrece una galleta a Ottone. Galleta que Ottone acepta sin preguntarse por qué ambos, Ottone y Messina, ya no se encuentran en el hall, sino en el consultorio del segundo de los doctores mencionados.

Y aunque Messina piensa en decirle algo a Ottone, decide que será mejor no hacerlo y simplemente deja la estatuilla sobre una mesada del hall, porque, en efecto, ya están otra vez en el hall y no en el consultorio del doctor Messina.

—¿Está usted bien? —pregunta Ottone.

—¿Usted cree que yo puedo estar bien en el estado en que me encuentro? Observa Ottone la camiseta desarreglada de Messina.

—¿Qué opina ahora de esto, Messina?

—¿De qué?

—De los agujeros negros.

—¿Dónde está la señora Fritchs?

—Está en su consultorio.

—¿Me está cargando, Ottone? ¿No se da cuenta de que venimos de ahí?

Piensa Ottone en algo que no explica, y cuando ve a la señora Fritchs, corriendo, lejos, de un pasillo a otro, propone a Messina ir a buscar a esta señora. Abre grandes los ojos Messina y se acerca a Ottone como quien piensa en contar un secreto. Ottone escucha:

—¿No se da cuenta de que ella sabe?

—¿Que sabe qué cosa?

—¿Por qué cree usted que corre así la señora?

Amaga Ottone un nuevo crujimiento de sus dedos, pero Messina reacciona rápido, toma fuerte su muñeca, y dice:

—¿No se dio cuenta?

—¿De qué?

—¿No se dio cuenta de lo que pasó la última vez que usted crujió sus dedos?

—¿Estuvimos ahí?

—¿En un agujero negro?

—¿Sí?

—¿Hace falta que le responda?

Interrumpe la conversación el sonido de las llaves de la puerta, colgadas del dedo de Sánchez a la altura de la frente de ambos médicos. Sánchez:

—Las llaves, yo me voy.

Propone Messina a Sánchez:

—¿Por qué antes de irse no nos va a buscar a la señora?

A lo que asiente Ottone, contento, y agrega:

—Sí, traiga a la señora y le aceptamos las llaves.

Messina le señala a Sánchez los pasillos por donde, salteadamente, cruza la señora Fritchs, a veces caminando preocupada, a veces con paso presuroso. Da Messina unas palmaditas en la espalda de este Sánchez a quien Ottone sonríe y dice alegre:

—Vaya, Sánchez, vaya y traiga a la señora.

Mira Sánchez hacia los pasillos y ve un par de veces a la señora Fritchs cruzar de una puerta a otra. Luego mira al doctor Messina, al doctor Ottone, deja las llaves sobre la mesada del hall y explica a estos doctores:

—Yo soy el portero, mi turno terminó a las diez. Veo que tienen algunos problemas, pero yo no tengo nada que ver, no sé si me interpretan... —y se retira.

Messina mira las llaves que han quedado al lado de la estatuilla y luego, desesperanzado, mira a Ottone, doctor que a la vez mira a Messina, aunque sus percepciones tienen que ver ahora con otras cosas, cosas como Sánchez bajando las escaleras, Sánchez sintiendo el aire frío de la calle en la cara, Sánchez pensando en que siempre está más desabrigado de lo que debería, y que todo es culpa de su madre que, a diferencia de otras madres, nunca le recuerda las cosas. Piensa entonces Messina en Sánchez subiendo al colectivo ciento treinta y cuatro, ramal dos, o tres, los dos van, y cuando está a punto de pensar en Sánchez abriendo la puerta de su casa, casa lógicamente de este mismo Sánchez, lo que ve es a la señora Fritchs, o mejor dicho, no la ve, o

más bien la ve desaparecer ante sus ojos. Entonces dice Messina al doctor Ottone:

—¿Vio eso, Ottone?

—¿Ver qué?

—¿No vio eso?

Ottone está a punto de responder, y este inminente momento se deduce por su dedo índice que, lentamente, comienza a ascender hacia la altura de su cabeza, pero cuando lo hace, cuando este dedo llega a la altura citada y Ottone enuncia sus primeras palabras, entonces este Doctor, el doctor Ottone, se encuentra no con el doctor Messina, sino con Clara, es decir su esposa, en su casa, los dos en pijama.

En un pasillo del hospital, ahora aún más lejos de su consultorio, Messina se pregunta, una vez más, qué hace ahí a esas horas de la noche, a medio vestir, o desvestir, con una estatuilla en la mano y, cuando va a preguntarse eso pero en voz alta, lo que queda ahora es, simplemente, el pasillo del hospital, vacío.

Mismo lugar

A través de un vidrio circular, que se repite en las doce puertas siguientes, se ve a Desya recorrer el pasillo de la V200-P. Empuja las puertas, que seguramente crujen, pero desde aquí no se oyen ruidos. Tengo tres balas en el estómago, en la mano el control de las compuertas centrales, ella debe llegar antes de que yo caiga al suelo. Imagino el ruido de las puertas. Es agudo, nace de golpe cuando ella las abre. El movimiento de Desya es rápido pero me llega lento, y se apaga cuando se apaga el ruido de las puertas. Abre una y la suelta, la abandona y deja que, sola, regrese a su sitio. La puerta cruza de un extremo al otro del marco. Los movimientos de Desya son cada vez más lentos. No es que la puerta agote el impulso, sino el aire, que va espesándose hasta acabar con el movimiento, que se endurece y entonces ya no es posible respirar. Cuando me dejo caer, la imagen de Desya sube en los círculos de vidrio, que ahora me muestran el final de las puertas, el borde de las paredes, el techo roto, pedazos de cielo. Muy oscuro, pienso. Demasiado oscuro para ser el cielo, dice Desya, pero pienso que ella, todavía lejos, no puede ser quien lo dice. O tal vez sí, quizás ahora, aquí, repita siempre esa frase tonta. Pobre Desya, no podrá respirar este aire, ojalá haya encontrado el control entre mis manos. Hay una sombra que se mueve y entonces luces. Pienso en un sitio grande. Un parque, por ejemplo. Es de noche y el parque está lleno de gente. Miro otra vez al cielo, las cintas de luces se cruzan sobre la feria y dividen la oscuridad en gigantescos triángulos, dejando atrás, lejanas, grises torres incompletas. Demasiado oscuro para ser el cielo, dice Desya. Pero el cielo a mí me parece hermoso y no me gusta que ella repita esa frase todo el tiempo. Me mira y se ríe. Dice demasiado oscuro para ser el cielo. Me besa, toma mi mano y me empuja hasta lograr que me levante y camine. Ahora me suelta, camina hacia atrás, me mira a los ojos y hace señas para que la siga.

Llega a la puerta de una carpa y, antes de que yo la alcance, entrega dos boletos y desaparece tras la cortina. Intento leer el cartel de la carpa, pero el boletero corre la cortina y me indica que pase. Adentro está oscuro. Desya me da la mano y avanza por un túnel circular. Es molesto para los tobillos y hay que agacharse un poco. Después, el círculo crece y se hace más cómodo. Hay efectos de luces, música extraña, parejas que se abrazan y se besan. Le recuerdo a Desya cuánto odio estos lugares y ella se ríe. En el centro de la carpa la gente baila sobre un gran escenario cubierto de lona roja. Hay barras para pedir bebidas, sillones, y dos grandes pantallas de cine. Desya me suelta y empieza a bailar. ¿Por qué ella no es como yo quiero que sea? Me abraza y me besa. Le digo que basta, que quiero irme, que no quiero estar acá, que basta. Otra vez se ríe, toma mi mano, vuelve a besarme, dice que la siga, cruza la pista y avanzamos hasta otro pasillo. Pronto el espacio es acotado y me falta el aire. El pasillo se ilumina por un momento y casi puede verse el final a través de los círculos de vidrio que se repiten en las puertas que lo atraviesan. Ella me suelta, avanza por el pasillo hasta dejarme atrás. Las puertas que abre regresan solas para cruzar a través del marco varias veces. Ella se adelanta demasiado, las puertas me resultan cada vez más pesadas. Si estuviese solo lloraría. Creo que Desya se detiene y vuelve, no estoy seguro, no veo bien. Sí, se detiene y vuelve. Estoy en el suelo, tengo tres balas en el estómago y un control en la mano, ella debe llegar antes de que yo muera. Tengo que darle la clave para desconectar el control. Pienso en un parque. Estamos en la carpa donde la gente baila. Ella se ríe, toma mi mano, me vuelve a besar. Dice que la siga, cruza la pista y me lleva a otro pasillo. Me detengo frente a la puerta, le digo que esta vez no voy a entrar, que volvamos. No, dice Desya, vamos a entrar, y se ríe. Siempre se ríe. No me gusta que se ría pero siempre se ríe. Vamos por acá, le digo, y la llevo a otro pasillo, cerca del anterior. Sobre el umbral leo el cartel de salida. Comenzamos a correr. En el medio del pasillo hay una nena. Permanece quieta, con las manos juntas, y nos mira. Me mira cuando pasamos junto a ella y me sigue con la vista. Al final del pasillo me doy vuelta para comprobar que ella sigue allí, mirándome, y ella sigue allí, mirándome. Desya pregunta si la conozco. Sí, la conozco, pero digo que no, que no sé quién es. El pasillo sale a otra carpa. Hay poca luz y muchas columnas. A cada paso capiteles adornados se unen

para formar bóvedas pequeñas pero altísimas, bóvedas que de ningún modo cabrían en una carpa. Desya me suelta. A medida que avanzamos la luz es más anaranjada. Entonces ya no hay bóvedas ni carpas: sólo cielo. Demasiado oscuro para ser cielo, dice Desya, pero pienso que ella, todavía lejos, no puede ser quien lo dice. Mis ojos se cierran, trato de mantenerme despierto. Falta poco para que ella llegue. Debo decirle la clave, seis, dos, quince, cero, pienso. Hay una, dos, ocho puertas delante de ella. Las puertas que ya pasó aún se mueven de un lado a otro, cruzando los marcos tras el cuerpo de Desya. Tengo frío. Pienso en el parque. Intento leer el cartel de la carpa pero el boletero corre la cortina y me hace pasar. Desya me da la mano y avanza por el pasillo circular hasta llegar a la pista. Alguien, un hombre que ahora veo bien, acaba de pasar empujándome, y baila con ella. Cuando pienso en pegarle él sufre un dolor en el estómago que a mí me alivia. Desya, avergonzada, me espía por sobre los hombros de él. Por un pasillo ancho, que antecede las compuertas centrales, corro hacia la nena que aún me mira. La alzo en brazos, miro el reloj. Si no me apuro no llegaré a la compuerta, pienso. La nena llora. Por los transmisores de la V200-P me habla el Capitán. ¡Segundo!, tiene poco tiempo, dependemos de usted, si no corre no podrá cruzar con el control antes de que la compuerta se cierre. ¡Deje a la nena, Segundo! ¿Me escucha?, ¡Segundo!, olvídense de la nena, ¡tiene que correr! En la carpa empujo al hombre y estoy por golpearlo cuando recibo una patada en el estómago, un golpe en la cara, y caigo al suelo. Sólo me doy cuenta de que cerré los ojos cuando vuelve la luz, luces de colores que al ordenarse me muestran a Desya que, aún borrosa, avanza por las puertas del pasillo. De pronto se detiene, se toca la frente con una de sus manos y mira hacia atrás, y luego hacia delante. ¿Por qué no avanza? ¿No me ve? Trato de incorporarme pero es inútil. No puedo moverme. Sólo siento mi cuerpo por el denso aire que lo rodea. Tengo frío, señor, dice la nena y aunque tengo el control en la mano y debo pasar la compuerta antes de que se cierre, aunque sé que estoy herido, que tengo poco tiempo, que no podré llegar si no corro, y no puedo correr bien, pienso que esa nena no tiene nada que ver con lo que sucede, que no debo dejar que la compuerta se cierre con ella de este lado. El resto de los tripulantes podría morir, pero ella no. La tomo en brazos, ella llora y siento una puntada en el estómago. Imagino que soy su padre y comprendo que la

amo más que a Desya o que a cualquier otra persona, incluido yo mismo. ¡Segundo, deje a la nena!, corra, Segundo, y la nena me abraza más fuerte. Desya avanza otra vez por el pasillo. De modo que me vio. Sí, me vio. Gira hacia atrás y grita algo a alguien. Deberá ser algo así como está acá, lo encontramos. Y ahora, en el parque, ella vuelve a sentarse en el banco, junto a mí. ¿Ves?, dice, y me muestra los boletos, ¿vamos a la carpa? Le digo que no, que esta vez no. Ella se ríe y mira el cielo. Dice algo. Desde un carrusel, la nena me mira asustada, me sigue con la vista hasta que el dorado caballo que monta se esconde tras la columna del centro. A la espera de que vuelva, miro los caballos que reaparecen del otro lado de la columna central, busco el de ella pero son muchos y con ella tras la columna, el carrusel pareciera marchar más lento, como si fuese a detenerse de un momento a otro. Yo conozco a esa nena. ¿Habré sido su padre? Pero ¿para qué ser su padre? Después comprendo: ella es la nena que abandoné en el pasillo, la que dejé en el suelo para avanzar hacia la compuerta. Cada vez que vuelvo la vista ella está ahí, en silencio, atenta a mis pasos, las obedientes manos juntas a la altura del pecho. Siempre la misma imagen, ella inmóvil hasta que la compuerta termina de cerrarse. Cuando el carrusel se detiene, alguien, que no soy yo, se acerca con apuro para bajar a la nena del caballo y, antes de irse, dedicarme una mirada de reproche. Pienso en levantarme, en explicar por qué dejé a la nena, porque dejé a su nena ahí, a mi nena sin aire. Entonces, con el aire que entra por mi boca, vuelvo a sentir dolor, y a descubrir que otra vez he cerrado los ojos. Intento abrirlos, pero no puedo. Espero que frente a mí se abra la última puerta del pasillo. Alguien entra. Alguien no, dos personas. La voz del Capitán. Intento mover mi brazo para que descubran el control, pero ahora Desya, se distrae y me besa. Al fin lo encuentra, ella o el Capitán. ¡Segundo, diga la clave! Seis, dos, quince, cero en el cartel de la carpa, y como Desya ya entró, obedezco la señal del boletero y la sigo. Adentro está oscuro. Desya me da la mano y camina. Algo me pica en la cara, me toco y la siento húmeda. Cuando pienso en gotas de transpiración, pequeños flashes de luces, que siguen el ritmo de la música, me muestran sangre en mi mano, y luego sangre en mi otra mano. Miro mi estómago y espero la luz, sangre. Los pantalones, el flash de luz, sangre. Miro mis hombros, otra vez luz y sangre. Me detengo. Le digo a Desya que hay que salir, que tenemos que salir ahora.

La tomo de la mano para regresar pero descubro que la nena me observa desde el pasillo. Siempre quieta, las manos juntas. Desya se ríe. Se ríe de mí. La suelto y corro hacia la nena. Las luces dejan de parpadear y todo queda oscuro, la música también se detiene. El Capitán está hablándome. Desya vuelve a besarme. Ya no ríe. ¿Por qué no ríe? ¡Segundo, si no dice la clave no podemos desconectar el control! ¡Segundo! ¡Míreme! ¡Abra los ojos y diga la clave! ¡Ahora Segundo! Seis, dos, quince, cero, pienso, y en la oscuridad el rostro de la nena me sonríe. La abrazo y empezamos a correr. No queda tiempo. Si no salimos rápido el aire se acabará sin que hayamos pasado la compuerta. Desya no me importa. Como la nena no puede seguirme, decido alzarla. Llegamos a la pista, la gente baila. ¿Por qué a la pista, si corrí hacia la salida? Avanzo hacia el otro lado. No veo bien, pero a mitad de camino identifico la risa de Desya. En la otra punta del pasillo, otra vez la pista. Hay un hombre, quizás el que bailaba con Desya, tirado en el suelo. Desde las pantallas, el Capitán me grita, pero no comprendo lo que dice. En la pista la música demasiado fuerte. Elijo un pasillo, uno en el que nunca entré. La nena me abraza fuerte. Me alegra saber que no voy a dejarla otra vez, y que ella lo sabe. El pasillo termina en otro pasillo. Cuando pasamos de uno a otro, una compuerta se cierra y nos deja frente a un vidrio circular que se repite en las doce puertas siguientes. Giro para volver, busco un interruptor, algo para abrir la compuerta pero no encuentro nada. No hay forma de volver. Dejo a la nena. Con el dolor insoportable, me dejo caer apoyándome en la pared. Los círculos de vidrio me muestran el final de las puertas, el techo roto, pedazos de cielo. La nena se acerca y me abraza, y sólo al abrazarla descubro que el control aún está en mis manos. Otra vez el aire se espesa, tanto que ya no es posible respirar. Tengo frío. La nena toca mi rostro, sus manos tibias me limpian el sudor y me relajan. Cierro los ojos y besa mi frente. Dejo que mis brazos caigan a un lado del cuerpo. Alguien me besa y no sé si es la nena o Desya, aunque en realidad ya no importa porque ahora ambas ríen, cualquier persona que yo imagine la imagino riéndose de mí, y cualquier pasillo que elija me lleva siempre al mismo lugar. Intento recordar la clave, pero ya no puedo. Al abrir los ojos no logro comprender si lo que veo es lo que ven mis ojos o lo que imagino, porque lo que ahora veo es el cielo, aunque cuando digo demasiado oscuro, ya nadie continúa la frase.

El momento

Un destello luminoso y fino atraviesa el campo y la ruta de un lado a otro. La camioneta, un punto blanco en la ruta gris y la noche oscura, baja a la banquina y frena bruscamente. No puede ser el lugar, esto no puede ser ningún lugar, piensa Ernesto, mientras contempla el campo liso y negro, el cielo estrellado, la fina línea débil del camino y, a lo lejos, un cartel de neón intermitente que anuncia «La taberna de Dios» a pocos kilómetros.

Otra vez en camino comprueba que el paisaje no cambia, que todo está siempre en el mismo lugar, y piensa en volver. Pero es entonces que una luz pequeña crece en la ruta hasta parecerse a una casa, a una taberna, a un cartel de tubos luminosos anaranjados seguido de motos y autos estacionados en la puerta. Ernesto disminuye la velocidad y detiene el coche. Al apagar el motor, el silencio de la ruta.

Entra a la taberna con la timidez con que se entra a los lugares desconocidos, pero el ambiente cálido y el aroma del café lo tranquilizan. El lugar es como cualquier taberna, pero a miles de kilómetros de todo. Del otro lado de la barra, una mujer vestida de blanco lo saluda y le pregunta qué desea tomar.

—Busco al señor Dios —dice Ernesto, dudando él mismo de la existencia de un hombre que lleve ese nombre.

—No sé si está, a ver...

—Espero.

La mujer sale por una puerta lateral y Ernesto aprovecha para mirar la taberna. Cerca, dos hombres discuten:

—No se trata de los feos, usted no entiende nada.

—Mire, Vian, que tengo cara de estúpido no se discute, no vale la pena, pero, ¡mi calidad como lector, Vian! ¡Eso no me lo discuta! Usted quiere que

se mueran los feos.

—No, mire...

—No mire nada. Usted porque es canchero y se cree lindo, pero a mí, con esta cara, no me da ninguna gracia ¿vio?

—Disculpe... —dice alguien detrás de la barra—, disculpe, joven.

Ernesto entiende que se dirigen a él y cuando mira hacia atrás encuentra un hombrecito gordo y feo que lo mira interrogativamente.

—Disculpe, ¿usted busca a Dios?

—Sí, por favor.

—Ah, bien —dice orgulloso el hombrecito—. Soy yo.

Ernesto se sorprende de que ese hombrecito pueda llamarse Dios y entiende que ahora que se encuentra frente a él no sabe muy bien para qué lo busca.

—Vengo de la ruta, busco un lugar...

—¿Quiere un café?

—Sí, gracias.

Dios se hace más pequeño todavía, como si se bajara de una tarima o de un banco colocado junto a la barra y camina hasta una estantería alejada de donde toma dos frascos de vidrio. La conversación que se escucha de fondo se torna cada vez más violenta. Dios vuelve a subirse a la tarima y, haciéndose más alto, coloca un pocilio de café vacío frente a Ernesto, abre el primer frasco y agrega una cucharada y media de un polvo marrón dentro de la taza.

—¿Azúcar?

—No, gracias.

—Tome azúcar, acá en el campo un poco de azúcar siempre hace bien —dice Dios, y él mismo agrega una cucharada y revuelve el café.

Ernesto intenta ubicar en las mesas algún otro cliente que consuma lo mismo. Seducido por un aroma delicioso, Dios le sirve ahora café instantáneo. Al probarlo la duda anterior lo avergüenza: el café es exquisito.

—La conciencia de que las cosas sean artificiales no les quita su belleza —dice Dios.

—¿Por qué discuten esos hombres? —pregunta Ernesto.

—Boris y Oscar. Siempre discuten.

—¿Boris?

—Boris Vian y Oscar Laiño.

—¡Boris Vian! No será...

—Sí, el escritor.

—Pero está muerto, Vian está muerto.

—¿Vian?, ¿pero qué dice?, por favor, usted cree en todo lo que escucha... No importa, después va y habla con él así se convence, ahora diga quién lo mandó, para qué vino, por qué me llama. A ver...

Ernesto mira el café, las burbujas que aún giran en el borde de la taza.

—En realidad... Yo buscaba un lugar y me dijeron, me dijo un campesino, que si no lo encontraba buscara su taberna y le preguntara a usted, que usted sabe donde queda todo.

El hombrecito lo mira con pena.

—No se avergüence, usted busca el Momento. ¿No?

—Eh... No, no. Mire, resulta que yo hablé con mi médico hace unos días, y le dije que...

—Por eso, por eso. Usted, acá, lo que busca es el Momento. Mire, es fácil: toma la ruta hacia la derecha y...

—No, no. Yo no busco un momento, busco un lugar, pasa que si yo le cuento, en realidad...

—¿Qué?

—Si le cuento se va a reír.

—No, ya no me río, perdí la costumbre. Yo sé lo que usted busca, y todos los que están acá están por lo mismo.

—¿Vian también?

Dios mira a Vian y a Oscar que continúan discutiendo.

—Sí, también él. Sólo que él no se fue. Está acá desde el cincuenta y tres y desde entonces, bueno... Ya ve, acá lo tengo, instalado. Usted vio como es Boris.

Hay un momento de silencio en el que Ernesto mira a Dios como si fuera a confesar algo que no debe confesarse y al fin, apoyándose un poco sobre la barra, se acerca lo más que puede y pregunta en voz baja:

—¿Qué es el Momento?

—¡Cómo que qué es! ¿Usted no vino a ver eso?

—No, eso es lo que intento explicarle: hablé el sábado con mi médico y le conté que me sentía cansado, que ya no soportaba el trabajo, que lo único que me haría feliz sería vivir un poco el presente, y usted no sabe, pero yo le cuento, mi médico anda con la corriente Buda, ¿cómo se llama?

—Zen.

—Eso, Zen. Y me dijo: «Ernesto, hay un solo lugar en la tierra donde se vive el Momento. La carne y la mente se helarán ante la presencia de la vida en puro presente. Es el único lugar donde se vive sólo el ahora, sin pasado ni futuro, el único Momento de tu vida en que no habrás envejecido nada». Él habla así, qué sé yo.

—Impresionante ¿no? Sí, es acá.

—¿Acá? ¿En la taberna?

—No digo acá, sino a más o menos veinte kilómetros, el lugar que yo traté de explicarle desde un principio. ¿Usted vino por la derecha o por la izquierda?

Ernesto mira hacia la ruta.

—Por derecha.

—Entonces tuvo que haber pasado por ahí, ¿no lo vio?, ¿no se dio cuenta?

—¿Son los rayos de luz?

—¡Claro!

—¿Eso? ¿Así, sin nada?, ¿las luces y listo?

—Pero qué dice, si usted vivió el Momento ahora es un instante más joven, vamos, ¡sonría! —Dios mira a los otros, señala a Ernesto y grita—: ¡Muchachos! ¡Su primer Momento!

Vian deja de discutir y comienza a aplaudir con energía. Oscar, lector insatisfecho, no festeja ni el Momento de uno ni la alegría del otro, y opta por servirse otra copa de vino. Ernesto piensa que en vez de viajar tres días por la Patagonia y ver un juego de luces, podría haber ido al cine y volver temprano a casa. Cuando los clientes vuelven a sus cosas y el festejo se olvida, Vian se acerca a Dios y pregunta si Sartre va a venir hoy a la taberna. Dios dice que sí, que viene, pero que igual, como siempre, no se cruzará con él, porque Sartre llega siempre por la mañana. Vian dice que es una suerte que las cosas ocurran de esa manera, porque si Sartre viniera ahora él tendría que

marcharse.

—Sartre escribe mejor —dice Oscar.

—Cállese, estúpido lector. Usted no entiende nada.

Vian y Oscar continúan discutiendo y Ernesto los mira apoyado en la barra, así se da cuenta de lo pequeño que es Vian al lado de Oscar y de lo pequeño que es Dios al lado de cualquiera, pero no se aflige, su propia vida es bastante triste, y entonces, más que nunca, comprende que no hay otra opción que la de volver a la ciudad y al trabajo y olvidar lo sucedido.

—Vaya otra vez —dice Dios—, vaya y vea lo maravilloso que es eso. Valore. Valore que en estos tiempos ya casi nadie valora nada.

—No, mire, yo pensé que era otra cosa.

—Usted tiene que volver, de todas formas va a pasar por ahí, así que vaya y valore.

Dios mira su reloj.

—De paso lo alcanza a Boris, que ya debe andar con ganas otra vez.

—¿A Vian?

—Sí, llévelo, ¿no va para allá?

—Bueno, sí, lo llevo.

Dios aplaude dos veces, como dando por terminada la cuestión, y se acerca a Vian.

—Acá el muchacho va para el lado del Momento, ¿quiere aprovechar?

Oscar pide que también lo lleven a él.

—Oscar siempre sigue a Vian —dice Dios a Ernesto—, los lectores son así.

Una vez que la camioneta arranca, Vian y Oscar continúan conversando. Durante el viaje, Ernesto es omitido de cualquier conversación y se ve obligado a cumplir en silencio la tarea de chofer. Finalmente, Vian apoya su ojo, su mejilla, toda su cara sobre el parabrisas de la cabina y mira al cielo.

—No puede ser —dice.

—¿Qué? —dice Oscar.

Discuten sobre las estrellas. Aparentemente, según Vian, cuando la constelación de Lynx, en el Norte, está en no sabe bien él mismo qué sitio, y la de Pavo y del Triángulo Austral en no se sabe bien qué otro, entonces ahí tiene que estar el Momento. Oscar dice que eso no puede ser cierto, porque

entonces cómo pueden guiarse durante el día, y Vian dice estúpido, así nomás, estúpido, no ves que por eso nosotros siempre venimos de noche, de día nos perdemos. Y Oscar, entonces, también estampa su ojo, su mejilla, su cara contra el parabrisas y terminan de discutir así, llegando a la conclusión de que aquel sí es el lugar pero que algo ha pasado con el Momento.

Piden al chofer que detenga la camioneta y bajan. Ernesto los ve alejarse y entrar un poco en el campo. Señalan hacia el horizonte y, concentrados, se explican cosas el uno al otro. Ernesto se pregunta cómo es posible que ese hombre sea el verdadero Vian, y antes de contestarse, antes de poder encontrar él mismo una solución alegre que le permita irse de allí sin problemas de conciencia, descubre a los hombres mirándolo con seriedad e indicándole que se acerque. Él obedece, abandona su camioneta, entra en el campo y camina hacia ellos, que lo miran llegar y preguntar qué está pasando. Oscar codea a Vian y Vian se muestra dudoso primero y molesto después, pero al fin dice:

—Algo no está bien.

Hay un ruido, una frenada en la ruta, sonidos de puertas al abrirse y cerrarse, y ven en la ruta una camioneta detenida y cuatro personas discutiendo y señalando en distintas direcciones.

—Hay que hacer algo —dice Oscar, y Vian asiente.

Desde el campo, ven a los pasajeros subir a la camioneta y cómo la camioneta retrocede unos metros, frena, avanza unos metros, frena, retrocede, frena, avanza, etc., como quien busca en la ruta un lugar específico que no encuentra. Al fin Vian dice:

—Hay que solucionar esto antes de que lleguen los turistas suizos.

—¿Turistas suizos? —pregunta Oscar.

—Sí, llegan hoy, se estima que a las cuatro de la mañana. Dios viene tratando de ganar turismo europeo desde hace años y justo ahora... Que vergüenza, con el prestigio que logramos ahora llegan los suizos y ven semejante desorganización...

—Hay que revisar la máquina —dice Oscar.

Ambos caminan campo adentro largo rato. Ernesto los sigue, convencido de que cualquier película de cualquier cine de la ciudad, por más mala que sea, sería más agradable que este triste fin de semana. Y después de un

trecho, cuando ya pisan el campo que desde la ruta se veía negro, o mejor, no se veía, Vian señala hacia la derecha y Ernesto descubre allí, en medio del descampado y a muchos kilómetros de su casa, una típica cabina telefónica inglesa, roja, con picaporte dorado.

Vian y Oscar se acercan a la cabina, Ernesto sigue sus pasos más descreído que curioso. Frente al aparato, aunque ninguno de los tres hace ruido, Vian pide silencio para abrir la puerta lentamente e introducirse en la casilla. Oscar y Ernesto lo ven levantar el tubo, esperar unos momentos y colgar. Levantar el tubo, mirarlo con atención, y colgar. Levantar y colgar el tubo. Buscar algo sobre el teléfono, sobre el estante de las guías telefónicas, observar atentamente el suelo, hurgar con los dedos delgados el hueco del teléfono donde caen las monedas, revisar sus bolsillos y, finalmente, agotado al salir de la cabina, pedirle a Oscar una ficha telefónica que éste tampoco encuentra.

No se dicen nada, pero permanecen mirándose un rato, como si algo malo estuviera pasando y ninguno se dignara a decirlo. Con disimulo, Ernesto busca en sus bolsillos fichas o monedas que no encuentra, no puede ofenderse por las estupideces de aquellos individuos pero no lo han tenido en cuenta desde que salieron de la taberna.

—No hay fichas —dice Vian. Se acaricia el mentón y mira el cielo como quien busca a alguien que no está—, algo malo debe estar pasando.

—A Dios esto no le va a gustar nada —dice Oscar.

—¿Qué hora es? —pregunta Vian.

Ernesto, quizá por unos crecientes deseos de participación, atina a mirar su reloj. Pero Oscar, lector implacable, gana en velocidad:

—Las tres y media.

—¿Cómo funciona? ¿Qué hace? —pregunta Ernesto señalando la máquina.

—¿Usted es mecánico, o algo así? —pregunta Vian.

—No.

—Entonces no nos sirve explicarle —dice Vian y mira a Oscar festejando su conclusión.

—Necesitamos una moneda —dice Oscar.

—¡Ah, una moneda!, yo puedo fijarme si tengo, en una de esas... —dice

Ernesto y simula buscar en sus bolsillos.

—Se coloca una moneda y la cabina reproduce el Momento por casi tres años —dice Oscar, sin hacer caso a los movimientos de Ernesto—, cumplido ese tiempo hay que colocar otra.

Ernesto deja de revisar sus bolsillos.

—Cada vez que alguien pasa por ese tramo de la ruta —dice Oscar señalándola desde el campo—, Dios le envía como souvenir un hermoso segundo más de vida. Hay Peregrinos que pasan una y otra vez para acumular segundos. Corren de un lado a otro hasta que se cansan y caminan desilusionados a la taberna. Ahí Ángela María les explica que son más los segundos que pierden yendo de un extremo a otro del sector que los que ganan cada vez que pasan por allí.

—Ángela María es la chica del vestido blanco, ¿no? —pregunta Ernesto.

—Así es. Una mujer inteligente... Pero bueno, como usted se dará cuenta, esta cabina es una obra sin fines de lucro que envicia a los fanáticos y alegra a los prudentes. Imagínesse, un segundo más de vida...

—Un segundo hoy —agrega Vian—, porque por algo se empieza, pero la idea es crecer: un minuto, una hora, quizá días, pero si la máquina no funciona... Entienda que estamos en problemas.

—¿Todos están en el negocio? —pregunta Ernesto.

—¿Negocio?, ¿qué dice? —Vian parece disgustado—. Usted nos está insultando, esto no es un negocio...

—Vamos... —dice Ernesto—. Es como un circo, el negocio de Dios no está en el Momento sino en todo lo que los Peregrinos consumen angustiados en la taberna, en todo lo que los turistas compran eufóricos después de la visión. Yo lo vi, Dios tiene ahí una repisa llena de souvenirs y recuerdos. Y aparte, y esto es fundamental, la taberna es el único negocio que hay en kilómetros, no hay opción para parar en ningún otro lado ¿entienden? Un negocio redondo.

Vian y Oscar se miran.

—No, no. Usted está equivocado —dice Vian—, mire, yo le voy a explicar...

—No. Está claro, no hace falta —dice Ernesto.

—¡Tenga usted piedad! —suplica Oscar.

—¡Oscar!, por favor..., no se humille ante este... Nadie. Y usted, no lo escuche —dice Vian a Ernesto—. Oscar es sólo un lector, comprenda que esto es bastante importante para él.

Un llanto desconsolado llama la atención del grupo y los tres miran hacia la ruta, donde un hombre llora y a gritos pide clemencia a la vez que camina de un lado a otro. Oscar lo mira apenado y se lamenta por él.

—Pobre Peregrino —dice.

—Alguien tiene que avisarle. ¿Por qué no va? —dice Vian a Oscar—, vaya y dígame que va a tener que esperar, vaya...

A Oscar le parece bien y va a consolarlo.

Ya solos, Vian da unas palmadas amistosas en el hombro de Ernesto y lo invita a acercarse a la cabina.

—Mire... ¿Su nombre?

—Ernesto.

—Mire, yo entiendo que usted descrea un poco de todo este asunto, pero le aseguro que es mejor que esto sea un souvenir de Dios, antes que explicarle a toda esa gente otra verdad que sólo sería correcta para usted, no sé si me interpreta...

—Yo lo interpreto, Boris, lo que le pido es que no me trate de estúpido. Y que me llame por mi nombre. Los traje hasta acá, bajé con ustedes para caminar en el campo, tengo una idea de lo que está pasando, y ustedes no son capaces ni siquiera de pedirme una moneda telefónica, dese cuenta...

—¡Usted tiene una moneda telefónica!

—No. De ninguna manera, pero es la actitud, me entiende...

—Ah.

En la ruta, a medio metro de Oscar, el Peregrino recibe la noticia y cae al suelo. Vian y Ernesto no necesitan estar cerca para comprender la escena.

—¿Y funciona gracias a la cabina telefónica?, ¿con fichas de teléfono?

Vian asiente.

—¿Y si volvemos?, vamos con la camioneta hasta la taberna, buscamos unas fichas y regresamos lo más rápido posible.

—No, no hay tiempo para esas cosas. Esto a las cuatro tiene que estar funcionando: Turistas Suizos, no se olvide que hablamos de clientes prestigiosos, esto tiene que andar a la perfección en menos de veinte minutos.

Imposible viajar hasta la taberna.

—Entonces...

—Hay un existencialista... Un hombre que pasa por aquí todos los días, a las tres y cincuenta minutos —Vian mira la cabina, y luego, como quien ha perdido una batalla, continúa—, él sí tiene monedas.

—¿Existencialista?

Oscar ha abandonado al Peregrino y camina ahora hacia ellos para explicar qué ha pasado con él:

—No se resigna, dice que permanecerá aquí hasta que surja el Momento ante sus ojos, dice que es un castigo de Dios que él debe aceptar, y que nada lo apartará de... Vian, ¿qué le pasa?, ¿se siente bien?

—Sí, sí. Es la angustia, ya ve, Oscar, que esto del mantenimiento no es cosa fácil, ¿qué hora es?

—Las... tres y cuarenta.

Vian y Oscar miran la ruta, toda la ruta, a ambos lados, hasta donde las líneas comienzan a perderse. Entonces, Vian señala un punto que avanza hacia ellos y dice:

—Es él.

—¿Quién? —pregunta Ernesto.

—Un escritor —dice Oscar.

—No es escritor, Oscar. Hágame el favor. No nos vamos a poner a discutir ahora, ¿no? Es un filósofo, un pobre tipo. No tiene la menor idea de lo que es la literatura, es uno de esos existencialistas, nada más.

—Pero con monedas —dice Ernesto.

—Vaya y pídale una, Oscar —dice Vian, y Oscar, desganado, se encamina hacia la ruta.

Pero a pocos pasos se detiene:

—No.

—¿Cómo que no? Vienen los suizos, llegan en cualquier momento, y usted dice que no. ¿Qué le va a decir a Dios cuando pregunte qué pasó con el mantenimiento?, esto es nuestra responsabilidad, usted no puede andar por ahí derrochando oportunidades...

—Lo que le pasa a usted es que es un cobarde, así no más se lo digo. Va a ir usted mismo a pedirle las monedas a Sartre. Estoy cansado de ser su lector,

¿quién se cree que soy?

Vian se contiene. Hay un silencio en el que Ernesto dice:

—Si quieren yo podría...

—No —dice Oscar—, va a ir Vian.

Otro silencio, Vian mira la cabina telefónica como quien estudia el grosor de una responsabilidad, y después, con la cabeza baja, camina hacia la ruta en dirección a Sartre.

En cuanto Vian se aleja, Oscar, triunfante, refiere a Ernesto las pequeñas razones de aquel odio. Dice que la esposa de Vian es amante de Sartre y que Sartre en verdad es un existencialista, información que suscita en Ernesto cierta pena hacia Vian.

—Este Sartre cree en la existencia —dice Oscar—, en el estado mismo de las cosas —y entonces hace un gesto circular con las manos, invitando a Ernesto a un entendimiento gráfico del problema.

Sartre siempre sabe todo. Incluso sabe que aquel hombre que se acerca ahora, desde el campo, es Boris Vian y que éste lo odia carnalmente. Que seguro necesita algo, algo de suficiente valor como para rebajarse a hacer un pedido. Boris Vian es el encargado del mantenimiento nocturno de la máquina del Momento, cualquier problema en la máquina durante la noche Vian es el único y total responsable. Sartre se ocupa del mantenimiento diurno, por eso alrededor de las cinco de la madrugada ambos se cruzan en la taberna para fichar. Vian procura evitar tal encuentro, mientras Sartre sigue sus pasos con atención, y sabe más de su vida y de su mujer que el propio Vian. Por eso mismo siente una gran compasión por él y procura molestarlo lo menos posible.

Ya en la ruta, Vian espera estar a unos metros de Sartre para detenerse y levantar la vista. Sartre también se detiene.

—¿Podría usted facilitarme una ficha telefónica? —dice Vian.

Sartre no comprende cómo ese hombre, con la responsabilidad que carga su función, jamás lleva consigo una ficha. Revisa su bolsillo y saca una que entrega a Vian con sumo cuidado.

Y es así que, cuando Vian va a agradecer algo por lo que no está realmente agradecido, y desde el campo Oscar se alegra del inoportuno contacto entre tan grandes enemigos, que desde el extremo de la ruta

contrario al de la taberna, un ómnibus lleno de ávidos turistas suizos toca bocina anunciando su temprana llegada.

Vian se aferra a la nueva ficha telefónica como quien guarda con cuidado el último cospel de su salvación y comienza a correr hacia la cabina. Desde el campo, Oscar y Ernesto observan con temor cómo, en la ruta, el ómnibus avanza mucho más rápido que la figura de Vian en el campo. Sartre se mantiene atento pero al margen. Su filosofía le recuerda que la existencia humana, entendida como la experiencia íntima y personal de la angustia, el ser, la temporalidad y la muerte, llevarán a Vian a un fracaso inevitable. Oscar y Ernesto esperan ansiosos, Oscar sosteniendo la puerta de la cabina para ahorrar tiempo. El ómnibus avanza. Un guía anuncia el Momento. Las ventanillas se abren, se destapan los teleobjetivos de las cámaras fotográficas, se guardan rápidamente los caramelos y los sándwichs. Hay respiraciones profundas, pedidos urgentes de deseos a cumplir. Y es entonces, un segundo después de tantas esperanzas, un segundo después de que Vian entre a la cabina, de que la moneda de Sartre, torpemente puesta en la ranura, caiga al suelo, que el ómnibus pasa por el Momento pero sin el Momento, porque en realidad, y como Sartre predice, nada sucede. Un fracaso inevitable, repite Sartre una vez más, y la verdad es que las desgracias lo apenan desde siempre. Desesperado, Vian busca la moneda en el piso de la cabina. Aunque con esfuerzo por el poco espacio, Oscar también entra y ayuda. En la ruta, el ómnibus se detiene e intenta cruzar el Momento en la dirección contraria. El guía justifica el desperfecto culpando a la humedad y al mal tiempo, y el Peregrino, que ha observado en silencio y conserva aún y por siempre la idea de que todo aquello no es más que un castigo de Dios hacia él, hace señas al chofer para que no insista.

Sartre comienza a caminar hacia la cabina. Para él, ayudar a los hombres en sus desgracias no es un placer sino una obligación. El ómnibus se detiene y las puertas se abren para que los turistas expresen sus quejas al aire libre. Muchos de ellos se reúnen en torno al Peregrino, le sacan fotos y le ofrecen caramelos. Pero él, culpable, rechaza todo ofrecimiento e insiste en su idea hasta que todos los suizos lo escuchan.

—Dios me ha castigado, he pecado, Suizos, y ahora Él detendrá el Momento hasta que la humanidad perdone mis errores.

Ernesto sigue con la vista los pasos seguros de Sartre hasta que éste se detiene junto a él. Desde allí se escucha la discusión que ocurre en la ruta.

—Pero, ¿qué has hecho, Peregrino? —pregunta uno de los turistas.

—¿Qué has hecho, Peregrino? —preguntan todos.

—He abandonado a Dios. Y ahora que lo necesito, que necesito un segundo más en mi miserable existencia, Él me castiga por mi pecado.

—Dios te perdonará si te arrepientes —dice el guía temeroso de perder su empleo.

Sartre llama dando golpecitos en el vidrio de la cabina, interrumpiendo así la búsqueda que se desarrolla en el interior. Vian está avergonzado, pero piensa que delante de Sartre lo mejor es mostrar indiferencia y continuar con lo suyo. Oscar, en cambio, sale rápidamente de la cabina y ruega a Sartre una ayuda rápida y eficaz.

Sartre, existencialista, permanece quieto, pero habla:

—Vian, míreme por favor, voy a hablarle.

Vian, en silencio, como quien se ha rendido en batalla, sale de la cabina y se dispone a escuchar a Sartre con esquiva atención, es decir, sin mirarlo a los ojos, pero sin perder palabra alguna. En la ruta, la discusión continúa:

—Arrepíentase de su pecado, Peregrino —ruega el chofer.

—Sí, arrepíentase, Dios le devolverá aquello que le ha quitado —insiste el guía.

Sartre mira a Vian:

—Usted sabe más de la verdad humana que yo mismo —dice.

—¡Es verdad! —dice Oscar—. Vian sabe, pero no entiende.

—Dios existe, Vian, usted bien lo sabe.

Ernesto mira la ruta, el extremo de la ruta que conduce a la taberna. Vian asiente.

—Dios tiene sus hobbies, se empeña en hacer coincidir las desgracias de unos con las de otros y hacer de eso una ley, usted lo sabe.

—Sí, lo sabe —dice Oscar.

Sartre mira a Ernesto y Ernesto se alegra. Piensa que quizás, aunque ahora no sea el mejor momento, Sartre le permitirá participar.

—Ernesto, ¿entiende lo que estoy diciendo?

Ernesto duda y al fin no dice nada.

—Fíjese —dice Sartre—, observe atentamente —y señala la ruta, donde todos ponen su atención.

—¡Te ruego, Dios, que perdones mis pecados! Yo he pecado y ahora te imploro el perdón.

—¡Eso, continúe!

Turistas suizos alientan al Peregrino.

—Sí, me he arrepentido —dice el Peregrino—, ruego por tu perdón.

Después de estas palabras, Sartre sonríe.

—Ahora sí —dice.

Entonces Vian ve a sus pies algo brillante, la moneda que levanta en el acto y, entusiasmado, coloca, esta vez cuidadosamente, en la ranura del teléfono.

—Coincidencias —dice Sartre—, a Dios le encantan —y encuentra en Ernesto la mirada de un nuevo cómplice.

La moneda recorre una tubería metálica. Cuando Vian levanta el auricular en la línea ya hay tono. Oscar está feliz. Un destello blanco y fino atraviesa el campo y la ruta de un lado a otro y los ciega por un instante. Los turistas suizos preparan sus cámaras y guardan los caramelos. Como muchos de ellos corren alegres y emocionados de un sitio a otro, y también el Peregrino perdonado, el Momento se repite una y otra vez, a punto tal que el cielo es casi siempre más claro que el día mismo y nunca llega a oscurecer por completo.

Vian se alegra de que las cosas funcionen, pero no de que aquella solución sea ejemplo de una teoría existencialista. Los cuatro caminan hacia la ruta y, al llegar, Sartre se disculpa ante los turistas, en nombre de Dios, por los problemas que el retraso del Momento pudieran haberles ocasionado. Recomienda, para alivianar el cansancio del viaje, una taberna cálida y familiar que se encuentra muy cerca de allí y vuelve a disculparse. Los turistas suizos, fascinados por el servicio que la empresa ofrece incluso en aquel lugar inhóspito, se dejan llevar por las precisas instrucciones del guía y suben felices, junto con el Peregrino, al ómnibus. Vian y Oscar se dirigen hacia la camioneta de Ernesto, pero Sartre llama su atención.

—Volveremos a la taberna junto con los turistas —dice Sartre—, así Ernesto regresa en paz y se olvida de nuestros problemas.

—Sí, olvidarse por completo de nuestros problemas —dice Vian, y al darse cuenta de que ha continuado una frase de Sartre se lamenta con la plena seguridad que se tiene, al cometer un error, de que éste no volverá a repetirse.

Ernesto asiente. Mira a los tres hombres y da a cada uno un fuerte apretón de manos. Vian acepta distraído, pensando ya en qué le dirá a Dios cuando éste pregunte sobre las razones del retraso. Oscar acepta el saludo cálidamente e incluso ensaya una sonrisa. Y Sartre, con mano firme, toma la mano de Ernesto y dice:

—Cuídese de todo. Dios es buen tipo, pero es humano...

Ernesto, emocionado, se aleja. Imagina que dentro de unos minutos Dios ofrecerá en la taberna café con azúcar a todos sus clientes. Ángela María recordará al Peregrino que todos sus esfuerzos por vivir más consumirán su escaso tiempo. Vian discutirá con Oscar y Oscar admirará a cualquier escritor que amenace el éxito de Vian.

Para retomar el camino por el que había llegado, Ernesto debe cruzar el Momento. Al hacerlo, un destello blanco y fino, como un relámpago, atraviesa el cielo de un lado a otro, iluminando el campo lo suficiente como para que pueda admirar, por primera vez, aquel Momento de paz y claridad que le concede a su vida un nuevo segundo. Así, se aleja despacio, disfrutando cuanto puede de aquella cálida luz artificial, casi con nostalgia.

La verdad acerca del futuro

Hasta que alguien descubre que los problemas son tuyos y que de buena manera podrían ayudarte en la derrota. Quizá por eso Valmont pudo ser un mensaje, el pequeño Valmont, con los enrulados pelos feos en patas y orejas y la mujer de la veterinaria empujándolo, pobre perro, dentro de la jaula, diciendo qué lindo el perrito italiano, mirando a Madelaine para dejarla a ella también tocarlo, halagarlo, dejarla decir qué lindo perrito, qué lindo perrito italiano. Hasta que alguien descubre.

Ahora, varios años después, Madelaine mira el paisaje por la ventana del Jaguar y no puedo tocarla porque ya no me quiere. Es abril, es de noche, el camino es la autopista que va a Ezeiza. A esta altura Valmont, el pequeño perro Valmont y yo, hemos establecido una amistad inquebrantable y viajamos juntos en la parte trasera del coche. Mientras que el otro Valmont, el segundo Valmont, viaja adelante, conduciendo mi Jaguar y Madelaine, en el asiento de acompañante, sonríe y le dice cosas dulces al oído. Yo, con el campo oscuro hacia los lados y la mirada constante de Valmont, me pregunto si habremos tomado el camino correcto, si será verdad que, como informó mamá, en ese pueblo pequeño vive la mejor bruja de Buenos Aires y si esa señora estará dispuesta a arreglar de una vez por todas estos problemas que arrastramos desde hace tanto tiempo.

Varios años atrás, en una ruta parecida pero camino al entierro de un amigo común, yo había tomado la mano de Madelaine y ella, por primera vez, había dejado de mirar el paisaje para mirarme. Más tarde le ofrecí un café frente a la casa de San Fernando y días después veraneábamos juntos en una playa cerca de Atlántida, en Uruguay. Nos casamos cuando comenzó el invierno y en la luna de miel ella eligió recorrer la costa mediterránea de Europa, empezar por Portugal y terminar en Grecia. Pero no llegamos a

Grecia: una predicción nos detuvo en Sicilia.

Nunca suceden acontecimientos inútiles, pero sí acontecimientos que no debieran suceder, y quizá los últimos años de mi vida sean fiel ejemplo de esta observación. En la feria de una plaza de Catania, en un domingo nublado de poca actividad, Madelaine hermosa se acercó a las carpas de visiones y profecías. Me dijo que entráramos, que era sólo por curiosidad, que nos divertiríamos un rato y después comeríamos algo en algún café. Luego, en una carpa dorada, una mujer tomó sus manos y las apoyó sobre un almohadón cubierto por un pañuelo. Cerró los ojos y frunció el ceño. Madelaine la imitó. Las conclusiones a las que llegó la gitana no podían ser peores: la mía era una mujer sensible y yo un hombre racional que nada entendía del amor. Es decir que yo era el hombre equivocado y Madelaine conocería al correcto de un momento a otro. Alto y atractivo, buen compañero, cuidaría de ella para siempre. Un extranjero leal, lo más probable un italiano de Sicilia que ella reconocería sin esfuerzo. Y yo, compañero de su luna de miel, pagué por la predicción y me esforcé en divertidos temas de actualidad para que el café con tostadas ayudara a olvidar todo y nos trajera el resto del día.

En la mañana siguiente busqué a Madelaine. Recorrí el hotel, los bares de los alrededores, y pregunté por ella a los pocos conocidos locales. La encontré por la tarde, con el pelo cambiado a rubio y la falda nueva y corta, toda vestida en dorado y verde, y enfrenté sus ojos que ya dejaban de mirarme para investigar hacia los lados, buscando a aquel hombre que pronto llegaría. Acento extranjero, italiano de Sicilia, sensible y compañero. Según ella, la ciudad era hermosa y la gente amable y alegre. Varios fueron mis intentos, mis súplicas ya hacia el final, de seguir el viaje o volver a Buenos Aires, pero Madelaine se negaba; el lugar le gustaba mucho y había que disfrutarlo en profundidad, eso decía, decía que a esa altura del viaje era mejor si cada uno salía por su cuenta y visitaba la isla como le pareciera mejor.

A fuerza de presencia, de pasear solo y sin rumbo por los pasillos del hotel, mis conocidos locales terminaron por invitarme a las reuniones del restaurante que da a la calle y que se extendían siempre desde el fin de la tarde hasta la madrugada. No tuve que explicar mucho, ellos mismos vieron a

Madelaine sonreír sin mirarme, cantar sola al llegar por la noche y cantar otra vez por la mañana antes de irse. Ovidio, que se unía al grupo tarde pero se quedaba hasta el final —cuando, al ver llegar a Madelaine, todos nos levantábamos ansiosos— me dijo un día que en Italia hay tantas penas de amor como conchas en la playa, rascó su nariz inmensa y pidió mariscos para todos. Minutos más tarde vi cómo su boca terminaba de abrir un pequeño mejillón para comerlo. Ovidio me miró y dijo qué mirás. Por un momento sentí pena, compasión por Madelaine, encontrar un italiano atractivo y compañero no le sería demasiado fácil. Más tarde, cuando llegó llorando con la pintura corrida y el ánimo herido por el disgusto, comprobé lo fácil que era para mí sentirme culpable por las desgracias ajenas. Me senté en la cama y vi a Madelaine caminar de un lado a otro de la habitación, hablar sola, asegurar ser una tonta, una desgraciada, rogar a la mujer de la feria que perdonara su torpeza. Como siempre, como siempre aquellas últimas semanas, se había equivocado de hombre: en otra alma estaría su suerte. Al fin llegó a una conclusión que explicó al espejo: volvería a evaluar los consejos de la gitana y esta vez serían tomados al pie de la letra. No me costó entender que «el hombre equivocado» no hacía referencia a mí, y cegado por una nueva esperanza ayudé a armar las valijas para volver a Buenos Aires.

Pero el destino no es ciego, no se deja engañar por el tiempo, ni por las personas, ni siquiera por eventuales amantes italianos, y me preparaba una sorpresa. Quizá aún antes de salir del hotel ya estaba todo armado, quizá incluso antes de mi nacimiento mi madre eligió para mí un destino de bondad, de sinceridad, que hizo que todo en el aeropuerto de Roma desembocara en mi infelicidad y en la felicidad ajena.

Una moneda brillante y extranjera rodó por el piso. Sin ver en ella el signo de la mala suerte, no me resistí a llamar la atención del dueño. No evité tocarle el hombro, explicarle que se le había caído una moneda. «*Grazie, grazie*», dijo el hombre y una sonrisa enorme, de impecables dientes blancos, nació en su rostro. La dentadura perfecta y un par de ojos claros que me miraron como atravesándome, ojos que podían ver, aun antes de que apareciera, la imagen de Madelaine hermosa que avanzaba hacia nosotros. Su rostro fresco, sus ojos claros mirando otros ojos claros. Entonces escuché un «*Ciao ragazza*», un «*Principessa*», y la risa suave de Madelaine confirmó un

destino rigurosamente predeterminado. Palabras dulces se impregnaron en mi abrigo, y yo mismo llegué a repetirlas abrumado durante un largo viaje de risas y encuentros fortuitos primero de manos y luego de bocas con sabor a champagne. «*Come ti chiami, bambina?*», y la voz dulce de la hermosa Madelaine contestando todas las preguntas. «*Bello nome, io sono Valmont*».

Mi corazón guardaba la esperanza de saber que Valmont era un nombre de vino, un nombre de perro, un nombre francés, y de ninguna forma un nombre italiano. Pero hora a hora las sonrisas decretaron fuertes decisiones y en el aeropuerto de Buenos Aires Valmont y yo, el pequeño perro Valmont y yo, quiero decir, debimos ocuparnos de las valijas y volver a casa para vivir solos bastante tiempo. Solos festejamos nuestros cumpleaños y solos invitamos a mamá a cenar algunas veces. Por supuesto que en todos aquellos encuentros mamá preguntó por la dulce Madelaine, y aunque siempre respondimos con objetividad, ella siempre salió en su defensa. Según mamá, mi mujercita era sensible y hermosa, y yo, que era como era, decía mamá señalándome, no tenía derecho a reclamar nada.

Hasta que una tarde de lluvia sonó el timbre, era Madelaine hermosa. Más hermosa que nunca, empapada y temblando de frío, me enseñó que en invierno debía encender el hogar y pude ver que cerca del hogar la piel de las mujeres siempre es más anaranjada, más cálida que de costumbre, y cuando pensé que otra vez me quería dijo que ese amor, el nuestro, era diferente de lo que yo pensaba, era un amor como lo es el de mamá hacia mí, o como el de ella hacia el pequeño Valmont. Era un amor para ayudarnos y protegernos como hermanos, y eso era justamente lo que ella necesitaba ahora, que la aceptara otra vez en casa, que la aceptara con todas sus cosas. Y al día siguiente, porque a las princesas hermosas no se les puede decir que no, Madelaine había regresado.

Muchas cosas cambiaron entonces. El pequeño Valmont y yo tuvimos que ir cediendo espacios. Hubo que hacer más lugar en los placares, tirar cosas viejas para que entraran sus nuevos adornos, vaciar mi escritorio para que ella y el otro Valmont tuviesen un lugar apropiado donde dormir y estar tranquilos.

En una cena que organizamos en casa, mamá conoció a Valmont y felicitó a Madelaine, la abrazó y le dijo que ella seguía siendo su dulce niña,

que cada día estaba más hermosa y que su nuevo novio era guapísimo; Valmont, que las miraba con cariño, sonrió y ofreció más helado a las mujeres. Él no trabajaba pero ayudaba en la casa y siempre cocinaba por las noches. Según mamá y la hermosa Madelaine sus platos eran exquisitos y yo tenía mucho que aprender de él.

Pero la felicidad es breve y nunca faltan razones para desaprovecharla. Mi hermosa Madelaine, durmiendo sin mí en el cuarto de al lado, me quitaba el sueño y perturbaba cualquier momento del día en que pensara en ella, es decir todos. Y mamá, que cuando tiene que serlo es sincera y dura, pero también comprensiva y conocedora de su hijo, advirtió un día que yo estaba triste, yo sentado en un banco y triste, y me dijo que había que solucionar el problema. Preparó té e hizo que le contara lo que estaba pasando. Yo obedecí y ella escuchó; después permanecemos en silencio hasta que ella tomó la decisión de que confiar en la predicción de una gitana de feria no era correcto, o que en todo caso lo que estaba mal era confiar en una sola predicción. Había que consultar otra vez y quitarse las dudas. La bruja debía ser la mejor de Buenos Aires. Mamá se abrigó, la bufanda bien ajustada al cuello, y salió de casa. Tres horas después llamaba por teléfono para dictarme una dirección que anoté con ansiedad.

El Jaguar sale de la autopista Jorge Newbery y toma la ruta cincuenta y ocho. Poco a poco la ciudad va quedando atrás y sólo se ve lo que muestran las luces del coche: un tramo de la ruta y, hacia los lados, una fina línea de tierra que deja adivinar el campo oscuro. Cada tanto, a lo lejos, un pequeño cartel iluminado hace variar el paisaje, carteles que pasan para perderse detrás y que anticipan grupos de casas y luces, grupos pequeños y lujosos. «St. Thomas», «El Solar del Bosque», «Campo Azul», «El Lauquen». Miro a Valmont, al pequeño Valmont sentado junto a mí, y nos preguntamos, el perro y yo, si serán countries, clubes o cementerios, y si en todo caso no será lo mismo; nos preguntamos si ahora vamos camino a la solución de nuestros problemas, o si eso, justamente, es lo que estamos dejando atrás.

Valmont disminuye la velocidad y dobla para tomar un sendero de tierra. Parece conocer el camino y no puedo evitar pensar en mamá indicando roles y funciones para que la trampa que me tienden salga perfecta. Sentirse solo entristece incluso al hombre mejor predispuesto. Pero pronto el miedo pasa,

porque entrando por detrás al pueblo de San Vicente, con las calles de barro y como única luz la luz amarilla de las casas, en un rancho pequeño donde el sonido de la ruta ya no se oye, autos de la alta burguesía esperan el momento de la predicción. Apenas el otro Valmont estaciona, el pequeño y yo corremos hacia la casa y reservamos turno. Madelaine hermosa sonríe y ninguno de nosotros se muestra nervioso, todos creemos saber cuál será nuestro destino y sólo hemos venido para confirmarlo.

Pronto nos hacen pasar. El otro Valmont, el pequeño Valmont y yo, ocupamos un mismo sillón. Madelaine se arrodilla frente a una mesa, muy cerca de nosotros, y deja que la mujer le tome las manos y las apoye en un pañuelo anaranjado, sobre un almohadón. Una fiebre de nervios trepa por mis piernas y en la tranquila mirada del pequeño Valmont me parece descubrir la verdad acerca del futuro. La mujer pregunta el nombre de Madelaine y la hermosa Madelaine dice su nombre. Después, durante toda la predicción, sólo se escucha la voz de la mujer. Las mismas palabras y la misma voz de meses atrás repite, pobre de mí, el mismo vaticinio como un dictamen del cielo: italiano de Sicilia, extranjero leal, sensible y buen compañero. El otro Valmont apoya su mano sobre el hombro de Madelaine y juntos se miran con ternura. No es difícil ver en sus ojos que hace tiempo ya que Valmont ha descubierto la piel anaranjada y cálida de Madelaine hermosa. Cuando un frío cruel me cala los huesos no me queda más que aceptar mi destino.

Despierto en el asiento trasero. El auto recorre a la inversa la ruta oscura que hace unas horas me llenaba de esperanza y euforia. Como una pesadilla, Madelaine y Valmont hablan con alegría. Pensar en quién habrá pagado la predicción, o ver a mi lado al pequeño Valmont bostezando, me distraen del gran cambio que se avecina. Miro al pequeño y descubro que, si bien en un primer momento pudo ser portador de un mensaje terrible, ahora es el único ser en el que puedo confiar. Volver a empezar no es mala idea, y quizá a mí también me esperen buenas predicciones, futuros tangibles y felices buscando dueño en cualquier carpa dorada y verde.

Me asomo por entre el asiento del conductor y el del acompañante, los miro con firmeza y explico que ellos no me quieren, que las cosas están claras para mí y que por eso de ahora en más todo debe cambiar. El otro Valmont, que nunca opina demasiado, dice estar de acuerdo y cuando, con un

extraño brillo en los ojos, mira a mi Madelaine, ella sonríe y me besa en la mejilla. Después sólo puedo concentrarme en el sonido del auto que disminuye la velocidad hasta detenerse.

En la ruta el viento es frío y hace difícil escuchar lo que dice Madelaine, que desde la ventanilla me mira y mueve los labios. Podría estar diciendo te amo, o no voy a olvidarte, o quizá diga que todo es una trampa y que me ha hecho bajar del auto obligada por el otro Valmont. Pero deja de hablar y cierra el vidrio de la ventanilla. Sus labios rojos empañan una marca que es un beso y que es para mí, pero que ahora, lentamente, se aleja con el auto, con todo lo que antes me rodeaba y que, a la distancia, se oscurece de a poco. El pequeño Valmont me mira desde el asiento trasero, una imagen borrosa y oscura, como un mal augurio en el horizonte de la ruta.

Más ratas que gatos

Marga estira, desde el suelo, sus brazos finos y blancos que apenas rozan la madera tibia del altillo, y cuando mamá Alejandra suelta la púa, suavemente, sobre el disco, Marga siente la música llegar hasta ella, escapar por las ventanas, esfumarse entre la ropa, entre los pelos de seda y lana de Arístides, que ladra ahora mientras salta a su alrededor. Papá Ovidio llega a casa y toca la puerta tres veces, tres golpes dulces en el tímpano de Arístides. Arístides no corras, espérame Arístides. Oh, querido, no sabes cuánto te he extrañado, y entonces mamá Alejandra besa a papá Ovidio y el vestido blanco y largo hace de Marga, al bajar las escaleras, un ángel celestial. Todos somos ángeles, dicen en la radio, la tarde de hoy será hermosa. He preparado tu pastel predilecto, mi querido Ovidio. Miren, Arístides ha traído el diario vespertino y espera ahora una caricia a los pies del amo Ovidio. Es que todos somos tan felices en los días soleados, dice la radio, por eso es que no deben perderse el atardecer de hoy, sean todos felices hermanos y concurran juntos al gran teatro de la ciudad, el sol caerá sobre el lago a las seis. Son las cinco y media, padre, ¿podremos ir a ver el atardecer? Sabes que haremos todo lo que te haga feliz, Marga mía, angelito de mi corazón. Y entonces ella atándose los zapatitos blancos mientras un aroma fresco, a rosas, llega desde el jardín y mamá Alejandra saca del horno el pastel de manzana y lo coloca en la mesa. Qué delicada, qué mujer tan hermosa, piensa papá Ovidio y atiende al llamado de la puerta. El vecino Juan Carlos dice que hoy es su día libre y que cortará el césped de toda la cuadra para que las familias, al volver del teatro, sientan el perfume verde de la hierba fresca. Eres muy amable. Amo a mis vecinos, dice Juan Carlos y Ovidio lo abraza con cariño. Sobre la mesa los pasteles están repartidos y el té servido en tasas blancas de porcelana china. Coman cuanto quieran, dice mamá, y papá besa en la frente a sus dos

mujercitas.

Papá Ovidio cierra la puerta de la casa y juntos, de la mano, caminan por la calle soleada hasta llegar al teatro. ¿Veremos a la abuela, mamá? Seguro, querida Marga. ¿Puedo besarte, cariño? ¡Mira los globos, Arístides!, ¡hay niños jugando con globos! Sí, Marga, camino al teatro te compraremos el que elijas. Mira, querida Alejandra, la familia Faber también asistirá al atardecer. Todos asisten por lo general al atardecer. Un globo nuevo en las manos de Marga y ahora las calles son un cuadro color pastel. Las familias caminan hacia el teatro tomadas de la mano, se saludan unas a otras con la sonrisa de quien ama a sus vecinos con sinceridad. Los niños llevan dulces, mascotas, globos de colores y en forma de elefantes o conejos. Las señoras, hermosas y perfumadas, caminan a la par de sus maridos cariñosos, que se reconocen unos a otros saludándose con la mano. ¡Hemos llegado, padre! ¡El teatro! Mira, madre, allí hay una anciana. ¿Podremos ofrecerle el lugar? Claro, querida, pero apresúrate Marga querida, dice mamá Alejandra, o alguien se lo dará antes que tú. Y entonces Marga, el vestido sedoso ajustando su talle, baja las escaleras del teatro. Oh, mi querida Alejandra, estoy tan orgulloso de nuestra hija, dice papá Ovidio mientras Marga toma la mano de la anciana. Yo la ayudaré a sentarse, abuela. Gracias, querida, pero ya tengo un asiento, ¿ves?, este niño me lo ha ofrecido. Alejandra, ¿qué pasa amor? ¿Por qué nuestra niña no sonríe? ¿Qué pasa abuela? ¿Por qué mi niña ha dejado de sonreír? Caballero, su niña es adorable, pero este niño ya me ha ofrecido su asiento y entonces... Señora, ¿cómo puede usted ser tan...? ¿Qué es lo que pretende? Un hombre se acerca. ¿Qué ocurre señor?, dice, ¿por qué molesta usted a mi madre? Yo no molesto a su madre, caballero, lo que ocurre es que su madre ha rechazado el cariño de mi hija... El hombre mira a su madre. ¡Madre!, ¿cómo pudiste hacer eso? Yo... Yo sólo quise... Señor, no deseo lastimar a nadie, pero este niño me ha ofrecido antes su asiento y yo... Lágrimas oscuras en los ojos de Marga hieren profundamente a Papá Ovidio. ¡Es su madre muy mala persona! Mi madre no es mala persona. No discutan, Dios Santo, dice otro hombre. ¡Su madre ha creado el primer disgusto en la vida de mi hija! ¡No ha sido culpa de mi madre! ¡Es usted un inadaptado, cómo puede decir eso! Algunos niños escuchan palabras que no entienden. Ten paciencia amor, no te exaltes, dice mamá Alejandra. Golpearé a este

hombre, amor, discúlpame, pero debo hacerlo, tengo que hacerlo. No, amor, no lo hagas. Un suave golpe llega a la sien del adversario. La anciana, indignada, escupe a Marga. Marga grita. Los hombres comienzan a golpearse. Otro hombre se suma a la riña. Marga corre hasta el niño adversario y pisa con su pie pequeño el pie pequeño del niño. La madre del primer niño dice cosas feas a Mamá Alejandra y la anciana cae al suelo haciendo que más gente se sume al conflicto. Los asientos demasiado juntos dificultan la pelea que agrega adeptos rápidamente y así dos jóvenes comienzan también un conflicto y otros dos más y una niña le ha robado un moño a otra y el locutor de la radio no entiende qué ocurre y entonces dice todos sean hermanos y en realidad quiere decir otra cosa pero qué otra cosa va a decir si no sabe otras palabras y no entiende lo que pasa porque lo golpean y ya no puede hablar ni escuchar y eso es una lástima porque hubiese aprendido un montón de palabras nuevas y hubiese visto a la vieja escupiendo a la niña y las manos de un hombre en una cartera ajena o en piernas ajenas más todos esos hombres uniformados haciendo marchar en fila a otros hombres más pequeños más oscuros más tímidos más resignados con sombreros negros distintos a los sombreros de los uniformados y para colmo el muro inmenso que montaron al instante para dividir cosas que creyeron debían ser separadas y personas que creyeron no debían relacionarse o verse y entonces una vieja dijo qué diferencias podía haber si igual de los dos lados se escribían los mismos graffitis estúpidos del mismo color y con la misma tinta y entonces qué tenía la tinta para que guste tanto de los dos lados y alguien empezó a asesinar a las que eran lindas y a las que eran rubias y a las que no le gustaban y entonces alguien de la primera fila que ya había perdido su asiento inventó un juguete con botón rojo que cuando uno lo apretaba hacía explotar todo y no se sabe por qué al botón lo apretaron otros hombres que no eran él y entonces él se enojó porque para qué tanto trabajo nuclear si después no le dejan apretar el botón y otro dijo que era presidente y se puso una flor en el ojal y al pedo dijo un chico porque mucha flor mucha flor pero nadie lo escucha al tipo ese y entonces uno se tiró desde el muro y otro y otro y no había lugar para enterrar a tantos y uno dijo que aunque no hubiese lugar había que matarlos a todos total los fotógrafos en vez de ayudar sacan fotos y por eso siempre hay uno que grita insensible o anarquista o ata a los demás a

un palo y no les da de comer y sin embargo llora porque el perro muerto de hambre y soledad en el charco de otro perro le parece peor injusticia que la ballena encallada o el pingüino empetrolado con sus manifestaciones de poca o mucha asistencia y lo que pasó al final fue que hubo más ratas que gatos y todo eran gritos y gente mordida y para peor todo por nada porque el tipo del botón rojo se murió sin haber podido apretar ningún botón y al muro lo tiraron para los dos lados y todos los gatos que faltaban en realidad estaban pero afuera y los hombres pequeños y oscuros nunca perdonaron a los uniformados y el perro ya estaba muerto y nadie recuperó su dinero aunque el locutor trató de orientar y persuadir sobre las nuevas corrientes de la amistad y el silencio sólo llegó pasada la tarde cuando todos ya estaban muy cansados o muy viejos y con los asientos destruidos no valía la pena sentarse en ningún lugar, así que más vale regresar a casa, dijo papá Ovidio, y mamá Alejandra, ya entrada en años, no opinó pero siguió sus pasos mientras desde el portal de la entrada al teatro Marga estudiaba los escombros con desolación, como si entre la basura y la ceniza aún pudiese encontrar a Arístides. Y nadie vio a la anciana, que se incorporó entre los cascotes y los asientos rotos y, agotada pero ajena al dolor, observó las últimas sombras rojizas de un atardecer que pudo haber sido hermoso.

La pesada valija de Benavides

Regresa al cuarto con una valija. Resistente, forrada en cuero marrón, se apoya sobre cuatro ruedas y ofrece con elegancia su manija a la altura de las rodillas. No se arrepiente de sus acciones. Cree que las puñaladas sobre su mujer son justas y de quedar algo de vida en ese cuerpo terminaría el trabajo sin culpa. Lo que sabe Benavides, porque así es la vida, es que pocos comprenderían las razones del asesinato. Entonces opta por el siguiente plan: evitar que la sangre chorree envolviendo el cuerpo en bolsas de residuos. Abrir la valija junto a la cama y, con el trabajo que implica doblar el cuerpo de una mujer muerta tras veintinueve años de vida matrimonial, empujarlo hacia el piso para que caiga sobre la valija y, oprimiendo sin cariño dentro de los espacios libres la masa sobrante, acabar de encastrar el cuerpo. Al terminar, más por prolijidad que por precaución, recoger las sábanas ensangrentadas y guardarlas en el lavarropas. Envuelta en cuero sobre cuatro ruedas ahora vencidas, el peso de la mujer no disminuye en absoluto, y aunque Benavides es pequeño debe agacharse un poco para alcanzar la manija, postura que no ayuda en gracia ni en practicidad, y poco colabora en la aceleración del trámite. Pero él, hombre organizado, en pocas horas está en la calle, en la noche, avanzando, pasos cortos y valija atrás, hacia la casa del doctor Corrales.

El doctor Corrales no vive lejos de allí. Benavides toca el timbre de un gran portón cubierto por plantas sobre el cual pueden verse los pisos más altos de la residencia. Una voz femenina en el portero dice *Diga*. Y Benavides dice *Benavides, necesito hablar con el señor Corrales*. El aparato hace algunos ruidos propios de un portero eléctrico que lleva allí varios años, y luego permanece en silencio. Mientras espera, Benavides se coloca inútilmente en puntas de pie y cada tanto espía entre las tupidas plantas de la

naturaleza que se asoma tras el muro de ladrillos, pero no logra ver nada. Al fin vuelve a tocar el timbre. La voz en el portero dice *Diga* y Benavides dice otra vez *Benavides, que quiere hablar con el doctor Corrales*. El aparato repite los mismos ruidos y luego vuelve a permanecer en silencio. Benavides espera unos cuantos minutos y después, quizá cansado por las tensiones del día, acuesta la valija en el piso y se sienta sobre ella. Esperar, piensa, y quizá ese pensamiento lo relaje, puesto que despierta más tarde, cuando el portón se abre y algunos hombres se despiden. Entonces Benavides se incorpora y mira a los hombres sin identificar, entre ellos, al doctor Corrales.

—Necesito hablar con el doctor Corrales —dice Benavides.

Uno de los hombres pregunta su nombre.

—Benavides.

El hombre le indica con amabilidad que aguarde un momento y vuelve a entrar a la casa. El resto de los hombres conversan frente al portón. Cuando Benavides se aleja un poco los hombres lo miran con curiosidad.

Minutos más tarde, el hombre que se había alejado regresa:

—El doctor lo espera —dice a Benavides, y Benavides vuelve por su valija y entra a la casa acompañado por el hombre.

No es extraño encontrar al doctor Corrales en pleno ejercicio de sus virtudes frente a sus discípulos. Erguido sobre el piano, rodeado de hermosos y jóvenes admiradores, se deja llevar por el tiempo que le demanda una sonata que lo obliga a duplicar su esfuerzo segundo a segundo. Benavides aguarda entre las columnas que recorren el centro de la sala hasta que la interpretación culmina y los hombres que antes rodeaban al doctor Corrales festejan y abren el semicírculo que formaban. El doctor Corrales recibe agradecido la copa de champagne que se le ofrece. Un hombre se acerca al doctor y le comenta algo al oído al tiempo que mira a Benavides. Corrales sonríe y hace a Benavides una seña. Benavides toma su valija y se acerca.

—Cómo le va, Benavides...

—Doctor, tengo que hablar con usted en privado.

—Dígame, Benavides, acá estamos en confianza...

—Decirle no es problema, Doctor. Lo que pasa es que... —Benavides mira su valija—, pasa que tengo que mostrarle algo.

El doctor Corrales enciende un cigarro y estudia la valija.

—Bueno, qué más da. Le doy cinco minutos, Benavides. Venga, sígame a mi consultorio.

Las escaleras que, seguido por Benavides, el doctor Corrales sube, conducen a las habitaciones del primer piso. Escalones largos y bajos, de liso mármol blanco, no dificultan demasiado el lento paso de Benavides, que carga con la inoportunidad de aquella valija demasiado grande. Pero la escalera que nace en el primer piso y que el doctor Corrales toma es diferente. Demasiado angosta, de altos escalones cortos y enmarcada por un corredor oscuro de paredes empapeladas con arabescos marrones, negros y bordó, hace del esfuerzo de Benavides una lucha desmesurada. Paso a paso, la carga de la valija va empapándolo de sudor a la vez que el cuerpo ágil y libre del doctor Corrales se aleja y se pierde escalones arriba. Y quizá sea esta soledad húmeda y oscura en la que Benavides se encuentra la que lo hace reflexionar y dudar del presente. No del presente inmediato, es decir, de la escalera, del esfuerzo y del sudor, pero sí sobre el asesinato. Quizá es aquí cuando se dice que todo podría ser un sueño, que otra vez ha estado fantaseando sobre la posibilidad de matar a su esposa y ahora sube las escaleras que lo llevan al consultorio del médico, a quien ha molestado a las dos y media de la mañana, arrancándolo de sus célebres y prestigiosos invitados, para decirle *mire doctor, lo siento, pero todo ha sido una equivocación*. ¿Qué hacer entonces? Mentir sería una insensatez y correr escaleras abajo sería inútil, puesto que en la próxima sesión debería decir la verdad de cualquier forma, y a esto habría que sumarle una excusa que justificara el haber escapado de su casa a las dos de la mañana con una pesada valija en la mano. Tras el último escalón, Benavides encuentra que el doctor Corrales lo espera junto a la pequeña puerta de su consultorio y lo invita a pasar. Dentro, el doctor enciende una pequeña lámpara cuya luz tenue apenas alcanza para iluminar el espacio que los rodea e invita a Benavides a sentarse del otro lado del escritorio. Sin soltar la manija de su equipaje, Benavides accede. El doctor se coloca un par de anteojos y busca en su fichero el apellido Benavides.

—Muy bien, ¿qué nos apura a adelantar treinta y ocho horas su próxima sesión?

Benavides se reacomoda en el asiento.

—Doctor, todo esto es un gran malentendido, le debo disculpas, verá...

El doctor Corrales lo observa por sobre sus anteojos.

—Es un sueño, quiero decir... Estoy confundido, por un momento pensé que había matado a mi mujer y que la había enroscado en la valija y ahora entiendo que en realidad...

El doctor Corrales lo interrumpe:

—A ver si entiendo, Benavides... Usted irrumpe en mi casa, en mi reunión íntima, a las dos y media de la mañana, con una valija en la que dice llevar a su esposa, asesinada y enroscada, y encima pretende convencerme de que todo es un sueño para irse así nomás, sin más ni menos...

Benavides se aferra a la manija y con espanto mira al doctor que le dice:

—Usted cree que yo soy estúpido, Benavides.

—No, doctor.

—¡Levántese!

—Sí, doctor.

Benavides se incorpora sin soltar la manija, obstáculo que lo inclina levemente hacia su derecha.

—Mire, Benavides, es evidente que usted está sumamente exaltado y fatigado por este asunto. Vamos a tratar de calmarnos, ¿de acuerdo?

—Sí, doctor.

—Deje a su mujer acá y sígame.

Corrales se incorpora y avanza hacia la puerta, pero Benavides es incapaz de soltar la manija.

—Relájese, Benavides. Usted necesita descanso. Le doy una habitación, duerma un poco, y mientras tanto yo pienso qué hacemos con su mujer, ¿le parece?

—No, doctor, yo preferiría...

Corrales toma a Benavides del brazo y lo insta a salir del consultorio sin la valija. Avanzan por un pasillo alfombrado en el cual cada tantos metros hay dos puertas enfrentadas hasta que al fin Corrales se detiene ante el tercer par y abre la puerta de la derecha.

—Su cuarto —anuncia—, descanse que mañana solucionaremos su problema.

Despierta Benavides en la luz de un nuevo día y por un momento cree encontrarse en su cama, junto a su mujer, en una infeliz mañana cualquiera. Pronto comprende la situación y se incorpora. ¿Qué hacer con su desdicha? Qué nostalgia, pensar que a pocos cuartos de distancia su mujer lo espera enroscada en una valija. Piensa que prever la manera en que terminarán las cosas le evitaría tomar decisiones equivocadas, pero la vida, y en especial la suya, se adecúa a la repetición monótona de estúpidos hechos espontáneos, como los que ahora lo hacen permanecer en la cama a la espera atenta del llamado del doctor Corrales. Confía escuchar tras la puerta la voz del doctor, *despierte Benavides, su problema ya está resuelto, o buenos días Benavides, aquí estoy con su mujer que ya se siente mejor*, o simplemente *despierte Benavides, todo fue un mal sueño, desayunemos juntos unas tostaditas con miel*, porque al fin, concluye Benavides, el modo importa menos que la pronta resolución del problema.

Pero el tiempo transcurre y nada sucede. Todo objeto se compone de millones de partículas que se desplazan y aun así Benavides no logra percibir en el cuarto nada que pueda ser considerado movimiento. Al fin se incorpora. Qué tema éste el del sueño en la mañana, piensa Benavides, cómo cuesta. Se ha acostado vestido, de modo que ahora se limita a colocarse y anudar sus zapatos. Abre la puerta, la luz de los ventanales al final del pasillo le molesta en los ojos, pero aun así decide avanzar hasta el consultorio.

Lo que hay allí, o mejor aún, lo que no hay, es angustiante. Dentro de la habitación abierta, nada que se parezca a una valija. Así, la desdicha encuentra a Benavides incluso en casa ajena, puesto que alguien se ha llevado a su mujer. A paso rápido, corriendo por los largos pasillos con breves descansos al aminorar el paso en las esquinas, recorre el final del primer piso, baja las escaleras, cruza el hall central hacia otros pasillos y recorre partes de la casa para él desconocidas: más pasillos, nuevas habitaciones, jardines de invierno repartidos caprichosamente por toda la casa, una gran cocina en la que irrumpe exhausto para que tres cocineras uniformadas con pulcritud lo miren sin sorpresa unos pocos segundos. Pero en ningún sitio el doctor Corrales, en ningún rincón la valija o cualquier otra valija, y de ninguna manera su mujer de pie y hablando. En la cocina las mujeres regresan a los quehaceres culinarios.

—Busco al doctor Corrales.

—Desayuna —dice una de las mujeres.

Benavides vuelve un momento su mirada a los pasillos vacíos y luego regresa al umbral.

—¿Dónde?

—Desayuna —repite la mujer—, no se sabe dónde.

—Podría ser en cualquier parte de la casa —agrega otra de las mujeres—. ¿No es así, Carmen? —agrega otra de las mujeres y enseguida todas vuelven a su labor.

Benavides comprende que no habrá más palabras, de modo que vuelve al pasillo para, detrás de sí, encontrar al doctor Corrales, que en su mano derecha lleva una humeante taza de café y en la izquierda un pan de queso a medio terminar. Benavides va a preguntar qué hacía usted, dónde estaba, pero ya imagina a Corrales contestar *desayunaba, aquí mismo*.

Dice Corrales:

—Usted anoche llegó en muy malas condiciones, Benavides, mucho alcohol. Lo puse a dormir y le guardé la valija en el garaje, ¿le pido un coche?

—No, usted no entiende; anoche hubo un incidente, un problema, en mi casa, verá...

—Yo entiendo, Benavides, usted sabe que acá no tiene que explicar nada, vaya tranquilo nomás —dice Corrales a la vez que divide el resto de pan de queso en dos porciones para ofrecerle a Benavides la más chica.

—No, gracias —dice Benavides refiriéndose a la oferta, y pronto vuelve sobre el tema—, se trata de mi mujer.

—Sí, ya sé, casi todo se trata de eso, pero qué va a hacer...

—No, no entiende, mi mujer está muerta.

—¿Por qué insiste, Benavides? Si yo le digo que lo entiendo... La mía está muerta desde que nos casamos. Cada tanto habla: se empeña en la idea de que estoy gordo, pero no hay que darles importancia...

—No, mire, deme mi valija y le muestro.

—En el garaje, ya le dije. Yo ahora lo dejo que tengo pacientes, ¿le parece bien?

—No, escuche...

—Vaya a su casa, Benavides: se ducha y antes de acostarse me toma estas pastillitas, ya va a ver cómo duerme.

Benavides rechaza las pastillas que le ofrece Corrales para decir:

—Venga, se lo ruego, tengo que mostrarle lo que traigo en la valija.

Corrales estudia un momento el implorante rostro de Benavides y al fin, decepcionado, asiente. No es médico de andar acompañando pero cada paciente tiene sus manías y al fin y al cabo para eso está.

Durante el recorrido la cruda verdad trepa por las piernas de Benavides con un cosquilleo que intensifica sus nervios. Salen por la puerta principal, cruzan el jardín e ingresan al garaje por el frente. Adentro está oscuro. Corrales enciende la luz y las mesadas de herramientas, las cajas de viejos archivos, los ordenados grupos de utensilios y artefactos, y su propia valija, sola y de pie en medio de todo aquello, permanecen estáticos bajo una nueva luz azul y escasa.

—A ver, muéstreme Benavides.

Benavides se acerca a la valija, que rodea a paso lento. Al acostarla para sacar las trabas tiene la esperanza de encontrarse con el liviano peso de los equipajes vacíos. Entonces todo sería una equivocación, como el mismo Corrales le había explicado anoche, cuando él había llegado, como Corrales asegura, borracho. *Disculpe, Corrales, le juro que esto no vuelve a pasar*, deberá decir en caso de que eso suceda. O quizá, al abrir la valija y encontrarla vacía, descubra la mirada cómplice de Corrales, quizá Corrales diga *ya está, Benavides, no me debe nada*. Pero al tomar la manija, el peso de una mujer como la suya le recuerda que las acciones tienen consecuencias. Su rostro empalidece, se siente débil y la valija cae sobre uno de sus lados con un golpe seco que mancha el piso de un oscuro líquido ya espeso.

—¿Se siente bien, Benavides?

Benavides responde *sí, claro*. No puede pensar en nada más que en ese cuerpo enroscado y en que, tras la caída, aun antes de quitar las trabas y abrir la parte superior, la valija ya despidе un olor putrefacto.

—¿Qué trae, Benavides?

Entonces Benavides descubre el error: confiar en el doctor Corrales, tener la esperanza de que aquel médico, un hombre que dedica su vida a la salud mental, lo rescatará de semejantes problemas. Así que dice *nada* y se aleja de

la valija.

—¿Cómo que nada?

—No, mire Corrales, otro día lo hablamos, ahora vaya a atender que yo me arreglo.

—No, no, cómo que se arregla, a ver, déjeme ver.

Corrales se acerca. Benavides se agacha y sostiene las trabas para que Corrales no pueda abrirlas, pero el médico se agacha junto a él y dice *déjeme, a ver, córrase* y con un simple empujón Benavides cae al piso. Corrales fuerza las trabas pero no logra abrirlas: exigidas por un contenido cuya masa es superior a la capacidad del equipaje, se muestran duras y resistentes.

—Ayúdeme —ordena Corrales.

—No, mire...

—Le digo que me ayude, Benavides, déjese de huevadas —dice Corrales indicándole que se siente sobre la valija. En la superficie de cuero irregular Benavides elige el sitio más propicio y así, con el peso de su cuerpo sobre el de su mujer y la fuerza ejercida por las manos de Corrales, logran al fin liberar las trabas.

Benavides se incorpora y se aleja de la valija que, aunque destrabada, aún no ha sido abierta. No quiere ver. Acelerados latidos comprimen su corazón. Corrales estudia la escena. Ya sabe, piensa Benavides al ver que el médico se incorpora y camina hacia él. Corrales se detiene y desde allí mira la valija. En voz baja, casi hipnotizado, le ordena a Benavides:

—Ábrala.

Benavides permanece en su sitio. Quizá piense que éste es el final, o quizá no piense en nada, pero al fin obedece y camina hasta la valija. Al abrirla olvida por un momento a Corrales: su mujer doblada como un feto, la cabeza torcida hacia adentro, las rodillas y los codos encastrados con esfuerzo dentro de la rígida estructura forrada en cuero, y la grasa que ocupa los espacios vacíos. Qué cosa la nostalgia, se dice Benavides, tantos años para verte así. Hilos de sangre que avanzan desde la valija hacia los lados comienzan a manchar el piso. La voz de Corrales lo devuelve a la realidad:

—Benavides... —y en la voz quebrada se vislumbra la angustia del médico—. Benavides... —Corrales, a paso lento, se acerca a la valija sin dejar de mirar su contenido. Los ojos llenos de lágrimas vuelven al fin su

mirada a Benavides—, maravilloso —concluye.

Benavides revisa la valija con la mirada, como si verificara su contenido, y en la duda permanece en silencio, con la cabeza torcida y la mirada de quien no entiende las palabras y ha perdido el valor para exigir que sean repetidas. De todos modos, Corrales vuelve a decir:

—Maravilloso —y niega con la cabeza, como si no alcanzara a comprender cómo Benavides ha podido hacer algo semejante, para agregar —: es usted un genio, pensar que yo lo menospreciaba, Benavides. Un genio.

Benavides vuelve a mirar el contenido de su valija, pero lo que encuentra allí es lo que hay: su mujer, morada, enroscada como un gusano en salsa de tomate.

—Un genio —insiste Corrales, y tras darle a Benavides cariñosas palmadas en el hombro deja descansar con amigable entusiasmo su brazo sobre la espalda de Benavides—, déjeme despabilarme, no es poco lo que plantea usted con esto —lo mira con cariño—, bueno, le invito a una copa. Aunque no lo crea, yo conozco a la persona que usted necesita.

Corrales suelta a Benavides y se dirige hacia la salida. *Un genio, realmente hermoso*, repite en voz baja cuando se aleja. Benavides tarda en reaccionar, pero en cuanto entiende que Corrales dejará el garaje, y que si no hace algo quedará allí solo, contempla por última vez su valija y corre tras los pasos del médico.

Aceitunas, trocitos de queso y de salame, papas saladas, galletas pequeñas sabor queso, cebolla y jamón. Todo prolijamente dispuesto sobre una gran bandeja de madera, en la mesa ratonera del living principal, junto a tres copas finas en las cuales Corrales sirve vino blanco.

—Donorio llegará pronto y estará encantado en conocerlo.

Benavides asiente. Aunque no comprende algunas cosas, el buen aperitivo lo relaja. Cuando suena el timbre, una de las empleadas que antes amasaba en la cocina ingresa al living vestida de mucama y se dirige a la puerta. Aunque desde allí no puede ver nada, Benavides escucha la frase buenos días Señor Donorio, y espera oír una respuesta que no se produce. Le inquieta no saber si el hombre, tras el saludo, habrá o no sonreído, o mirado a la mujer, u omitido por completo la presencia femenina y colgado por sí mismo su sombrero y su abrigo. Benavides cree que son estas menudencias

las que definen a las personas. Por eso mismo, la tardía aparición de Donorio le preocupa en exceso, al igual que la silenciosa actitud distraída de Corrales, o la de la mucama, que al fin reaparece para abandonar el living acomodándose la ropa, para dejar asomar al hombre alto y apuesto, ya sin sombrero ni abrigo.

—Donorio, le presento a mi amigo Benavides.

Donorio se acerca, estudia con curiosidad el cuerpo pequeño de Benavides y al fin estrecha su mano. Corrales sonríe, sirve más vino e invita a los hombres a comer algo.

—El señor no tiene idea de lo que está por ver —continúa Corrales, dirigiéndose a Benavides— ojo, no quiero ser arrogante, eh: Donorio ya tiene experiencia con grandes artistas, pero aun así no creo que se imagine lo que le tenemos preparado, ¿no es cierto, Benavides?

Benavides acaba su vino con la prisa de quien desea concluir un trámite obligatorio. Aún no comprende el plan de Corrales y la intromisión de desconocidos lo incomoda.

—Quiero verlo —dice al fin Donorio.

Corrales sonríe ansioso.

—Vio, Benavides, no se aguanta —y Benavides, que ya adivina la siguiente acción, asiente consternado. Los tres se incorporan. Nerviosos, cada cual con sus razones y esperanzas, se miran entre sí y pronto abandonan la mesa.

En la noche, cruzan de la casa al garaje. Delante va Corrales, que disfruta a paso lento el camino que los llevará al éxito, lo sigue Donorio con prudente desconfianza, pero así y todo con curiosidad. Detrás, retrasado, presintiendo la proximidad de la valija, los frágiles nervios de Benavides se aglomeran en grandes y fibrosos nudos.

Corrales hace pasar a los hombres a oscuras, puesto que prefiere el impacto de la imagen que surgirá repentina cuando encienda la luz.

—Benavides, guíe a Donorio hasta donde usted ya sabe y avise cuando esté listo.

¿Cuál era el plan de Corrales? ¿Qué podía hacer un hombre tan alto por otro tan pequeño como él? Benavides se detiene en el centro del garaje. A tientas en la oscuridad, guiado por los ruidos, Donorio comenta:

—Hay un olor extraño... como a...

—Ahí va la luz —dice Corrales y, en efecto, con la punta de los zapatos de Benavides y Donorio casi tocando el charco de sangre espesa, aparece frente a ellos, horrorosa, desafiante, auténticamente innovadora, la obra.

Qué es la violencia sino esto mismo que presenciamos ahora, piensa Donorio, y un escalofrío trepa por su vello rubio desde las piernas hasta la nuca, la violencia reproducida frente a sus ojos en su estado más salvaje y primitivo. Puede tocarse, olerse, fresca e intacta a la espera de una respuesta de sus espectadores.

Corrales se acerca a los hombres.

—Esto va a gustar —dice Donorio.

Corrales asiente. Junto a ellos, el cuerpo pequeño de Benavides tiembla. Su voz débil habla por primera vez en presencia de Donorio.

—No entienden —alcanza a decir.

—Cómo que no, Benavides —dice Corrales.

—¡Es extraordinaria! —dice Donorio—, ¡horror y belleza!, que combinación...

—Horror sí, pero... —balbucea Benavides mirando a su mujer—, me refiero a que...

—¡Va a hacerse rico, famoso! Frente a obras como ésta la competencia es nula, el público caerá rendido a sus pies.

—Usted confíe, Benavides, en este tema Donorio es el mejor.

—El mejor es Benavides —concluye Donorio—, yo soy sólo un curador, mi aporte es mínimo. Acá lo importante es la obra, «la violencia», ¿entiende?

—Mi mujer.

—No, Benavides, créame que yo sé de marketing y eso no funciona, el título es «la violencia».

Con angustia incontenible y llanto desesperado Benavides confiesa:

—Yo la maté, después sólo quería esconderla.

Corrales da unas palmadas cariñosas en la espalda de Benavides pero su atención se dirige pura y exclusivamente a las instrucciones de Donorio.

—Va a ser mejor conservarla en ambiente frío. ¿Tiene aire acondicionado en el garaje?

—Sí, sí, por supuesto.

—¡Yo la maté! —Benavides cae de rodillas al piso.

—Bien, entonces empecemos por refrigerar el lugar; yo voy a hacer un par de llamados. —Donorio da unos pasos hacia la salida pero pronto se detiene y con sinceridad se vuelve hacia Corrales—: Le agradezco que haya pensado en mí: la oportunidad es grande.

El llanto de Benavides obliga a los hombres a levantar la voz.

—Yo, yo la maté, así... —Benavides golpea el piso con los puños cerrados—, así la maté.

—Donorio, pida el teléfono y arregle lo que tenga que arreglar —dice Corrales mientras lo acompaña a la salida.

—Así la maté, así —arrastrándose por el piso, con el cuerpo abatido de quien hubiera corrido cientos de inútiles kilómetros, Benavides avanza sin dirección precisa y golpea contra el piso los objetos que va encontrando—. ¡Así!, ¡así!

—No se entretenga, Corrales —dice Donorio ya en la puerta—, ya habrá tiempo para la contemplación y el regocijo.

—No, claro, comprendo perfectamente, vaya tranquilo que ya lo alcanzamos.

Donorio asiente y sale al jardín. Cuando Corrales regresa, Benavides se encuentra golpeando, ya con desgano, el cuerpo de su mujer.

—Yo fui. Yo —musita Benavides. Corrales lo detiene.

—¡Déjela, Benavides! Así está perfecta, ya no insista.

—Es que yo la maté...

—Sí, Benavides, sí. Todos sabemos que fue usted, nadie le va a quitar lo hecho —dice Corrales al tiempo que ayuda a Benavides a incorporarse, y luego agrega:

—Confíe, Benavides, ya va a ver cómo se nos va al estrellato.

—Sí, sí —dice Benavides, y su cuerpo, a pocos metros del de su mujer, se desploma en el piso.

En la luz de un nuevo día, Benavides abre los ojos y despierta. Por un momento cree encontrarse en su cama, junto a su esposa, en una infeliz mañana cualquiera. Pero pronto recuerda la verdad y se incorpora. ¿Dónde

estará ahora su mujer?, ¿en el garaje?, ¿aún en la valija?, ¿se la habrá llevado Donorio?, ¿Corrales? Al fin se calza y sale de la habitación. Hace dos días que lleva la misma ropa y en la fuerte luz del pasillo comprueba que gran parte de las arrugas en saco y pantalón comienzan a adquirir tonalidades grisáceas. Aunque estima haber dormido una cantidad prudente de horas, aún no ha logrado descansar. Agotado y solo en el silencio de la casa, entiende que otra vez deberá recorrer las habitaciones en busca del doctor Corrales. Pasado un tiempo, tras haber revisado el consultorio, los ambientes del primer piso, el hall de entrada, el living, los pasillos que rodean los jardines de invierno, Benavides, de modo fortuito como el día anterior, encuentra la cocina y pregunta a las mujeres:

—¿Corrales?

Corrales desayuna y, como se sabe, eso puede suceder en cualquier sitio de la casa. Pero esta vez Benavides no irá a buscarlo, resolverá el problema solo. Con valentía, desanda camino desde el living a la cocina y pronto se encuentra en el jardín delantero. Mientras avanza hasta el garaje a paso firme piensa que en el mundo existen dos clases de hombres: los que aguardan impávidos la llegada casual de alguien que les dé indicaciones, y los hombres como él que, decididamente distinto, resolverá sus propios problemas sin la ayuda de nadie. Pedirá un taxi y volverá a casa con su mujer. A mitad de camino se detiene: frente al garaje, de puertas abiertas, se despliega activa una docena de hombres vestidos de azul. En sus espaldas, una publicidad reluce impresa sobre un rectángulo blanco: «Museo de Arte Moderno. Instalaciones y traslados». Ante Benavides el garaje es vaciado por completo, es decir, se retira de allí todo mueble, artículo u objeto que en algún momento formó parte del paisaje hogareño, para dejar ahora, en un espacio más grande y limpio, sola, única, original, la obra. Y allí están Corrales y Donorio, atentos, cordiales, dispuestos a acompañar los sentimientos del artista:

—¿Cómo durmió, Benavides?

Benavides tiembla y dice:

—Ésa es mi mujer.

Corrales mira a Donorio y en su voz se lee la lenta tonada de la desilusión progresiva:

—Le dije, Donorio, la exposición local no es del gusto del artista;

tendríamos que haber llevado la obra al museo.

—Ésa es mi mujer.

—Señores. —Donorio acompaña sus palabras con cortos gestos de manos —. Trabajo en esto desde hace años, les digo que el público lo prefiere así.

—Pero es mi mujer.

—Pero Benavides, usted no es artista del pueblo, no es artista de la gente de todos los días. Su obra apunta a un público seleccionado, intelectuales, ¿entiende? Seres que desprecian incluso las novedades de museo, hombres que admiran lo otro, el más allá de la simpleza de una obra, es decir...

Donorio abre un gesto hacia el garaje, Benavides y Corrales esperan la conclusión:

—... el contexto.

—Hermoso, preciso, qué absurdo poner en duda su táctica —dice Corrales.

—Pero es mi mujer.

—Pero Benavides, por favor, ese tema ya está hablado: no es «ésa es mi mujer» sino «la violencia»... El contexto, decía, de todos modos vamos a agregar algunos elementos. Salimos del museo es una opción novedosa, pero hay que mantener el nivel, el ambiente.

—Sí, claro... —dice Corrales.

Morado por la angustia anudada al cuello, Benavides repite una vez más lo que ya ha dicho cuatro veces y transformado por los nervios camina firme hacia la valija. Con una seña, Donorio alerta a los hombres de azul, Benavides corre. Corrales grita ¡que no la toque!, y todos dejan lo que hacían para ir tras los cortos pasos de Benavides que apenas alcanza a tocar la manija cuando la docena de pesados cuerpos azules se abalanza sobre él. Qué desgracia su desgracia, en la oscuridad del peso de otros hombres concluye que la muerte ha de semejarse a situaciones como ésta. De lejos, llega la voz de Donorio: instrucciones precisas a ejecutar sobre su persona, y ése es el fin de aquel corto tercer día.

Despierta Benavides en la luz de un nuevo día, pero lejos de su cama y de su mujer, y esta vez descalzo. Sin siquiera cuidar su cuerpo del frío, se incorpora

para sin más salir de la habitación, recorrer a paso rápido el pasillo, bajar la escalera que lo conduce al hall, salir de la casa y atravesar el jardín para llegar al garaje cuyas puertas hoy encuentra abiertas. Los hombres de azul ya no están, en el techo han colocado potentes luces, y allí, en el centro, la valija abierta enmarca el cuerpo enroscado de su abandonada mujer. El golpe es fuerte, quizá en la nuca, y allí acaba el cuarto día.

Despierta Benavides en la noche del cuarto día y sin dudarlo calza sus pies en los zapatos y sale de la habitación. La luz de la noche entra por las ventanas de los pasillos para guiarlo en el tenebroso recorrido. ¿Qué lleva a un hombre como él a escapar de la casa de su médico a esas horas de la noche? ¿Puede un profesional como Corrales, seguramente bajo órdenes estrictas de Donorio, negarle ver a su esposa? ¿Acaso las restricciones eran parte de un tratamiento de suma rigurosidad, una estrategia para curarlo de una enfermedad que, seguramente venérea, lo llevaba incluso a alucinar extraños asesinatos o a dudar de su propio médico? ¿O realmente ocurría lo que ocurría tal cual se iban sumando los hechos? Mientras con suma precaución baja las escaleras principales, Benavides se pregunta si querrán de su mujer algo en especial, si por alguna razón habrán visto en ella cosas que no encuentran en otras mujeres. Las noches de verano siempre le inspiran amor y romanticismo y los buenos recuerdos pronto le llegan como una ola de celos y deseos, puesto que al fin su mujer es su mujer y la de ningún otro.

En la oscuridad le cuesta encontrar la salida al jardín, donde los carteles intermitentes iluminan por segundos los alrededores. El avance cauteloso muestra a Benavides entre oscuridad y oscuridad bajo formas insospechadas: Benavides tras un árbol de flores, Benavides bajo una mesa de jardín, Benavides junto a un arbusto disciplinado. Pronto llegará al garaje, sacará de allí a su mujer, y regresará a casa en taxi, piensa Benavides, antes de descubrir que la gloria será corta, es decir, antes de abrir el portón y recibir, por segunda vez, pero un poco más a la izquierda, el segundo golpe de ese día.

—El hombre está mal, Corrales.

—Es la presión, el éxito no se asimila fácil en los cuerpos pequeños, habrá que darle tiempo.

—Pero mañana inauguramos.

—¿Y es necesario, Donorio?

—Sí. Si el artista falta al acto inaugural la obra pierde sentimiento. Lo que le hablaba del contexto, ¿se acuerda, Corrales?

—Sí, claro.

—Si el público se reconoce en el artista, el efecto de la obra se magnifica. Haga usted mismo la prueba, piense qué hubiera pasado si la noche del domingo, en lugar de Benavides, la obra se la hubiera traído un atlético fisicoculturista de pelo largo y zapatos a la moda...

—No, no, claro. Tampoco me tome por estúpido, la diferencia es... abismal.

—Violenta, Corrales, como la obra.

Desde la cama, al abrir los ojos, Benavides encuentra a los dos hombres sentados en los sillones de la habitación.

—¿Cómo se siente, Benavides?

Benavides cierra los ojos.

—Parece que ha recobrado la conciencia...

Benavides abre los ojos. En el interín el doctor Corrales se ha incorporado para sostenerle los párpados y estudiar su ojo izquierdo.

—Mmmm... ¿Se siente bien, Benavides?

Benavides grita:

—¡Yo mismo por mi cuenta y solo maté a mi mujer! —Y sin apartar la vista de los hombres se aferra a las sábanas transpiradas.

Corrales ensaya un gesto admonitorio. En los pensamientos de ambos hay dudas dispersas y algo que podría ser definido como un principio de desilusión.

La instalación terminada inspira a los medios a anunciar el evento. La gente

formula expectativas y reclama entradas anticipadas. El aire se contamina del murmullo de un público ansioso y llega a las ventanas de la habitación de Benavides que, por quinta vez en esa casa, despierta. ¿Qué hace un hombre como él en ese sitio, tan lejos de su hogar y de su mujer? ¿Puede un médico como Corrales entrar con un traje de noche doblado sobre el brazo derecho y un juego de ropa interior limpia en la mano izquierda, y decir *los zoquetes le van a ir holgados, pero el traje es justo para un hombre como usted*? Corrales se sienta a los pies de la cama, da unas palmadas en las piernas del paciente, quizá en nombre de un cariño que se ha formado hace tiempo pero del que Benavides no tiene memoria, y al fin sonríe y enuncia frases como *qué buen aspecto tiene usted, Benavides o cómo lo envidio, Benavides, un artista como usted, en un día como hoy, con el público ansioso y el periodismo enardecido o todo parece indicar que la inauguración será un éxito*. Pero Benavides no es feliz: personal nocturno, quizá el mismo Donorio, controla la entrada del garaje donde su esposa aguarda. La zona permanece iluminada, incluso en la penumbra de la noche, con dos potentes faros a cada lado del portón y carteles luminosos que, sin pudor, dan crédito del secuestro. Tanto es así que no puede Benavides distinguir la maldad de la bondad ni evaluar con certeza las actitudes de su médico. Aunque mira a Corrales estirar la planta de los zoquetes que le ha traído para comprobar que son de talla adecuada, sus pensamientos no se esclarecen, sino que, turbios, merodean por su mente y le dan al resto de su cuerpo una sensación de repentino malestar.

Horas más tarde, médico y paciente estudian frente al espejo sus cuerpos trajeados.

—¿Vio que era su talla, Benavides? Usted siempre preocupándose...

Benavides permanece inmóvil mientras Corrales le ajusta la corbata.

—Ya está, perfecto —señala en el espejo sus cuerpos—, va a ver cómo se ponen las mujeres cuando lo vean así.

Tras respetuosos golpes a la puerta se escucha la voz de una de las mujeres:

—El señor Donorio manda a decir que ya está todo listo, pero que si el artista necesita, él espera.

—De ninguna manera, avise que el artista ya baja.

La sala es grande, pero pequeña en relación con la multitud que ha concurrido. Gran cantidad de gente aguarda en el jardín delantero, espiando por las ventanas del salón o en fila tras el portón custodiado por los hombres de azul. Dentro, con la obra aún oculta tras la cortina de terciopelo rojo, el fervor del público se acrecienta.

Donorio toma el micrófono.

—Señoras, señores...

El público atiende al orador.

—Hoy es un día muy especial, para mí, para ustedes...

En la multitud los comentarios escapan tímidos y se pierden en la espesura de un silencio que crece.

—El arte es memorioso, querido público, y en las moléculas menos esperadas de ésta, nuestra sociedad, surgen, majestuosos, los verdaderos artistas. Señoras, señores, intelectuales, quiero presentarles a un soñador, a un amigo, pero por sobre todo lo demás, a un artista a quien el mundo no podrá darle la espalda... Benavides, por favor...

En medio de los estruendosos aplausos de la multitud, Benavides se abre paso hacia el gesto de bienvenida con que Donorio acompaña las últimas palabras. Cuando el artista sube a la tarima y descubre al público, el público descubre en él los cándidos rasgos humildes de la creación pura y sincera, dedicándole así una enérgica ovación que se calma en cuanto Donorio retoma el micrófono.

—Decía, señores, que el arte es memorioso. Se preguntarán ustedes adónde se quiere llegar con semejante afirmación...

Aunque el monólogo de Donorio continúa, el público no abandona la visión del artista.

—Éstos, nuestros días, son tiempos de gloria, y estamos agradecidos por ello.

El artista, en tanto, estudia el techo y las paredes. El público sigue expectante el recorrido creativo de ese hombre tan ajeno a los elogios.

—Pero algo queda del pasado en la memoria colectiva, en las brillantes mentes de nuestros artistas. El horror, el odio, la muerte, laten con fuerza en sus pensamientos hostigados.

El artista descubre a un lado del escenario la gran cortina de terciopelo

rojo tras la cual, se supone, aguarda la obra. Pero ¿qué es lo que inquieta al artista de tal forma? ¿Por qué en su rostro sencillo y genial se dibujan de pronto los pálidos rasgos del espanto?

—Ustedes se preguntarán entonces cómo se libera el artista de ese horror cotidiano. Pues bien, señores, lo que están por ver escapa a los sentimientos superfluos del arte común. En la obra que verán a continuación encontrarán la respuesta. Benavides, lo escuchamos —dice Donorio, y al fin se aleja del micrófono para ceder el lugar al artista.

Benavides mira el micrófono como quien estudia el grosor de una condena hasta que al fin sus propios pies pequeños, quizá arrastrados por su orgullo pero jamás por él mismo, lo encaminan hacia él. Donorio busca la mirada cómplice de Corrales, que permanece atento al artista como se reconoce a un hijo que ha crecido. El público espera. Benavides, inquieto, estudia las expresiones en los rostros que lo observan, volviéndose cada tanto hacia la cortina. Hay nervios, ansiedad, pero más que eso lo que hay es un silencio excitante. Al fin Benavides, con la mirada perdida y un sudor frío que le recorre el cuerpo, toma el micrófono para decir:

—Yo la maté.

El público demora en recibir el mensaje, pero cuando los más entendidos comprenden el significado de aquellas palabras y comienzan a aplaudir, el resto se une a la euforia que pronto se desata. *Dice que él la mató*, comentan entre sí, *El hombre es un poeta*, e incluso entre las expresiones de admiración y encanto se desprenden emocionadas las primeras lágrimas de la noche. Desde un costado del escenario, Corrales asiente complacido al murmullo general. Entonces llega el momento en que Donorio hace a un lado al artista para retomar el uso del micrófono. Dos hombres de azul suben al escenario para colocarse uno a cada lado del telón rojo. Y Donorio dice:

—Señores, la obra...

Y como el sol nos trae la luz, o como el artista descubre las verdades humanas, la cortina que antes cubría la creación ahora, lenta ante la ansiedad colectiva, cae al piso. Y allí está la obra: violenta, real, carnalmente viva. La voz de un Donorio que ha perdido toda la atención de un público estupefacto dice:

—«La violencia».

Y entonces la euforia es incontenible. El público empuja, intenta subir al escenario. Más de una docena de hombres de azul forman una barrera que impide el avance. Pero el público quiere ver. Excitación, conmoción, nada se compara a los sentimientos que surgen de las emanaciones de aquella obra, de la imagen soberana de la muerte a pocos metros. No pierden detalle alguno: la carne humana, la piel humana, los muslos gigantes de una mujer enroscada en una valija de cuero. El mismo artista, impresionado ante su obra, mira cómo el público se abalanza hacia ella. Pero su rostro único se distingue entre la gente: todos saben que él es el artista y pronto es alzado por la multitud, pasado de mano en mano, llevado en andas de un lado a otro de la sala. Cuando Corrales grita *¡El artista!, ¡el artista!*, algunos hombres de azul abandonan la barrera humana para rescatar a Benavides. El público, tras oír los gritos de Corrales, suelta a Benavides para que se pierda entre la gente como una perla en el agua turbia. Para él, hombre acostumbrado a la soledad y la quietud de la vida matrimonial, la experiencia es inédita. Escondido en la multitud, y de esa forma oculto hasta de la multitud misma, avanza entre los cuerpos eufóricos hacia el núcleo del disturbio. Hay gritos, empujones, gente que pelea por lograr una mejor perspectiva. Y entre cabezas y hombros ajenos, Benavides alcanza a distinguir, como un recuerdo que se esconde en el olvido, a la que alguna vez fue su mujer. Pero como ha sucedido ya varias veces, a pocos metros de la valija la suerte priva a Benavides del encuentro. Cuatro manos grandes lo toman de los hombros y lo apartan de la gente. Los hombres devuelven a Benavides al escenario. Sumamente irritado, el artista trata de zafarse de los custodios a la vez que grita *¡yo la maté!, ¡yo la maté!* Entre la multitud, un par de personas estudian la extraña actitud del artista. No son las palabras del creador las que los desconciertan, sino la actitud bruscamente violenta de un hombre que hasta hace pocos minutos parecía llevar en su interior la calma de quien ha vivido en la desgracia desde siempre. *¡Yo la maté!*, grita Benavides con lágrimas en los ojos, y entonces ya son varios quienes se detienen a mirarlo. Pero Donorio actúa rápido, y sin dudar lo presenta al médico del artista. Entre los gritos de Benavides y el estrépito general, Corrales sube al escenario y toma el micrófono. Gran parte del público son pacientes suyos, de modo que tras el primer pedido de silencio el alboroto disminuye sensiblemente. Los hombres de azul, bajo

órdenes de Donorio, intiman a un Benavides ya por completo desquiciado a bajar de la tarima, acallar y mantenerse en un rincón, apartado de la vista del público.

—Señores, señoras. En nombre de Benavides les ruego que nos disculpen. El artista es muy sensible a algunos hechos, y ha sufrido una descompensación —anuncia Corrales.

El público, quizá por respeto al artista, se deja ganar por la calma y en silencio abre paso a los hombres de azul. Tras las anchas espaldas de los custodios, el pequeño cuerpo de Benavides tiembla mientras sus ojos logran enfocar, por algún resquicio de la masa que lo aprisiona, la curiosa mirada de algún espectador. Sobre el escenario, Donorio se acerca a Corrales para decirle al oído:

—¿Se acuerda del «contexto» —hace un gesto hacia al público—, vio que yo tenía razón?

Por la puerta principal se retira un Benavides sujetado por la custodia y todos reciben con creciente entusiasmo sonrientes mucamas con champagne. La inauguración ha sido un éxito.

Agradecimientos:

a mis padres;
a mi hermana Pamela;
a Maxi;
a Alejandro Conte;

a Andrés Beláustegui y a Diego Mirás;
a Diego Paszkowski y a los chicos del taller;
a Vicente Batista.



SAMANTA SCHWEBLIN nació en Buenos Aires, Argentina, en 1978. Su primer libro, *El núcleo del disturbio* (2002), obtuvo los premios Haroldo Conti y Fondo Nacional de las Artes. El segundo, *Pájaros en la boca* (2009), fue distinguido con el premio Casa de las Américas y traducido a trece idiomas. Becada por distintas instituciones, vivió temporalmente en México, Italia, China y Alemania (Berlín), donde reside desde hace dos años. Fue seleccionada por la prestigiosa revista Granta como uno de los «mejores narradores en español» y ha obtenido recientemente el premio Juan Rulfo de Francia y el premio Ribera del Duero de Narrativa Breve por su último libro *Siete casas vacías* (2015).